

Ricky Drayton

PASION SANGRIENTA

RICKY DRAYTON

Pasión sangrienta

1.ª EDICIÓN
MAYO 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

GET A LOAD O'THIS

Traducción directa del inglés:
E. DONATO

 PRINTED IN SPAIN
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


Pasión
sangrienta
por RICKY DRAYTON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando la fiesta parecía agonizar, Jeff Leary propuso que fuésemos a la piscina a nadar a la luz de la luna. Creo que tal vez se sorprendió un tanto al ver que los concurrentes, aceptaban gustosamente aunque sus esperanzas de loquear desnudos se frustraron cuando Amanda Webster le dijo que allá bajo, en la piscina, abundaban los bañadores.

La reunión se daba en ocasión del veinticinco cumpleaños de Amanda Webster, y se celebraba en el jardín de la casa del coronel Webster, de gran estilo colonial, en las afueras de Nueva Orleans. El coronel era propietario y editor del «New Orleans Telegram» de cuyo periódico era yo el redactor principal para la sección de crímenes, y contaba con mi asistencia a la fiesta. También estaba allí Delysia Webster, la hermana menor de Amanda a quien llamaban corrientemente Dish y una damita llamada Sue Taylor que pertenecía al tipo de mujeres que siempre consiguen ser invitadas a las reuniones. Los demás invitados se habían ido a sus casas y el coronel se retiró inflexiblemente a descansar a las dos de la madrugada; pero nosotros cinco nos quedamos en el prado rebañando las escurriduras, en tanto que el cielo sonrosado nos anunciaba la proximidad del alba del nuevo día, cuando aun nos sentíamos abrumados por el calor del que acababa de pasar.

Entonces fué cuando Jeff propuso ir a nadar y todos se levantaron de un salto del césped corriendo hacia la piscina, allá bajo, al fondo del prado. La piscina estaba rodeada de arbolillos y arbustos en flor. El coronel había hecho construir esa mampara natural hacia la época en que sus hijas empezaron a desarrollarse. Viudo viejo, no había notado nada de esto, cuando sorprendió a su mayordomo y uno de sus jardineros sin trabajar y atisbando las

Webster mientras se bañaban.

El viejo coronel recordó que su mujer había sido guapa en sus tiempos y sonrió pensando que su belleza sobrevivía en sus hijas. No quiso consentir que sus sirvientes, desperdiciaran un tiempo que él pagaba, embobados con sus hijas. Por esto plantó los árboles y arbustos. Las plantas crecieron a la par que las jóvenes Webster, y estaban en flor lo mismo que las dos muchachas.

Amanda era alta y delgada, pero sus carnes estaban armónicamente distribuidas en sus cinco pies de altura. Cuando corrió hacia la piscina, su tenue vestido se arremolinaba en torno a sus piernas esbeltas bien delineadas y curtidas por el sol. Su espalda era erguida y sus hombros un tanto caídos. Su porte arrogante hacía que sus vestidos delataran la esbeltez de su cuerpo.

Siempre que contemplaba el rostro de Amanda, pensaba en el antiguo retrato del coronel Webster que había en el despacho del «Telegram». Representaba al coronel en uniforme de oficial de caballería, en la flor de su juventud, con lustrosos bigotes negros y patillas rizadas, a la moda de la época, una mata de pelo negro y unas cejas pobladas sobre un par de ojos obscuros y ardientes, que parecía desafiar al contemplador y sostener su mirada. Los ojos de Amanda eran iguales y aunque la sonrisa los hacía más suaves, en sus abismos pardos resplandecía siempre el mismo reto. Su cabello era negro como lo había sido un día, el blanco de su padre y sus orejas eran más bien gruesas; sus labios eran más abultados que los de su padre, pero rotundamente dibujados, y su barbilla era muy acusada sin dejar de ser muy femenina y adorable.

La hermana menor, creo yo, salió a su madre. Era casi una cabeza más baja que su hermana y las líneas de su cuerpo eran suaves. No tenía todavía los veinticinco y poseía aún las trazas de un cachorrillo encantador. Tenía los ojos de Webster, pero a pesar de ser estos profundos y brillantes de color, había algo en ellos que me hacía pensar que la raza bravía degeneraba. Esto ocurre a menudo con las viejas familias del Sur; durante generaciones la estirpe es de gentes vigorosas, bravas y luchadoras; pero luego, algo hay que se rompe, convirtiéndose el vigor en blandura, la bravura en timidez pudiendo llegar a extremos máximos de degeneración el espíritu de lucha.

La esposa del coronel Webster debió tener un cutis pajizo, pues

así era el de Dish. Los ojos negros, y la piel pálida, eran sus rasgos más salientes.

Sue Taylor no podía compararse con ninguna de las dos hermanas pues su rostro era muy distinto y también su atractivo. Por lo que respeta a su talla, era lo que suele llamarse una Juno, pues tenía el pecho saliente, grandes caderas y medía cinco pies y dos pulgadas. Su cuerpo era firme y sin blanduras y su piel blanca relucía como el marfil, recordando una estatua clásica de mármol, mientras no se miraba. La mata de su pelo rojo sobre la cabeza. Los vestidos de confección no le sentaban. Su cuerpo era más apropiado para la moda griega antigua. Aunque posiblemente las dictaduras de la moda no acertaban a favorecer su tipo, cuando descendía por el bulevard, con sus pasos suaves e indolentes, los muchachos, echando a un lado las reglas de la urbanidad, se volvían para mirarla de arriba abajo.

Los ringorrangos, volantes o las faldas serias, no se habían hecho para ella; pero, por su tipo en traje de baño, habría sido proclamada unánimemente *Miss* Universo.

Pasamos por un sendero que se ondulaba entre los arbustos conduciendo a la piscina. Ésta estaba recubierta de azulejos que el agua reflejaba. A un extremo manaba una fuente y en el lado opuesto había una hilera de casetas transportables. La parte trasera de éstas, estaba junto al seto vivo. Las casetas carecían de puertas en su parte anterior, pero la abertura se cubría mediante cortinas que se deslizaban sobre correderas. A unos dos pies de las casetas había un seto de zarzos de unos seis pies de altura, que formaba una especie de pasillo. Amanda entró por uno de los extremos de éste y corrió la cortina de la primera caseta.

—¡Aquí están los bañadores! —gritó, señalando un montón de ellos sobre un par de sillas.

Todos se precipitaron sobre el montón y allí fué Troya al tener que escoger cada uno su traje de baño. Jeff intentó ponerse, entre la risa de todos, sobre su camisa, la mitad superior de un traje femenino tipo «Bikini», tratando después de probárselo a Sue que le sacudió en las manos.

Como que lo que me hacía falta a mí, era muy sencillo, encontré pronto lo necesario: un taparrabos. Lo cogí llevándomelo a una caseta apartada donde, después de correr la cortina, me senté

quitándome los zapatos.

Me desvestí pronto y empecé a pensar en los reunidos y particularmente en Jeff. Nunca conseguí agregarme a él y esto me fastidiaba. A primera vista, era un muchacho divertido, pero tenía la sensación de que esto no era todo. Nadie parecía tener una idea exacta acerca del origen de su fortuna, la que, por aquel entonces, sólo poseía los restos. Algunos decían que se la había legado su padre, otros su madre, mientras que un tercer grupo lo atribuía a un tío suyo de las zonas petrolíferas. Por entonces Jeff se ausentaba durante largas temporadas de los lugares de diversión de la ciudad, hecho que él explicaba hablando de sus «negocios», sin que se aclarara nunca en modo alguno de qué clase de negocios se trataba. Por último, algunos de sus amigos eran camaradas alegres, que aparecían más por mi departamento de reporter de lo criminal que por los de la editorial del periódico.

Solía creerse que Jeff Leary estaba enamorado de Dish Webster y sin embargo, hasta donde yo pude observar, se pasó toda la noche hablando con su hermana mayor. Si hubiese desviado su camino, hubiese admirado su buen gusto. Aunque Dish habría acogido bien una proposición de matrimonio, no era de la misma madera, que su hermana y dudo incluso que fuera una mujer apasionada.

La pasión no es precisamente el sexo. Dish era muy femenina, lo cual nada quiere decir, pues la pasión es capacidad de sentir y sufrir intensamente, capacidad que alcanza los máximos niveles. Una mujer apasionada puede odiar como el mismo demonio, puede ser tan miserable como malvada y su felicidad puede ser tan breve como la duración de un día. Puede también amar como la que más. Una mujer sexual, por su parte, no tiene otro frenesí que la concupiscencia y nunca es posible ahondar en sus auténticos sentimientos, pues que carece de ellos. Mientras que una mujer sexual, se mueve, ríe y obra como si la vida entera fuese una broma indecente, una mujer apasionada puede enseñarnos el sentido real de la existencia y del amor y revelar, en la intensidad de su pasión, un elevado nivel de experiencia.

En cuanto a Sue, aunque al principio de esa noche me había juntado a ella, no me formé opinión alguna acerca de su carácter. Esperaba que constituiría una combinación singular de pasión y feminidad.

Me desnudé y me puse el bañador. Salí de mi caseta y me senté sobre los talones en el césped tupido que rodeaba la piscina. El aire tranquilo y caliente acariciaba con suavidad de terciopelo mi espalda desnuda y el agua parecía fresca y tentadora. Miré en torno con impaciencia, con la idea de que sería incorrecto echarme al agua antes de que apareciera la dueña de la casa.

Allí cerca, fuera de las casetas, estaba Sue. La sensible damita había resistido la tentación de embutirse en un traje de dos piezas, habiéndose puesto uno de una sola, de excelente raso, que le sentaba maravillosamente. Estaba anudándose su cabellera rojiza como la cola de un caballo, cuando le dije:

—Nada puedo imaginarme más bello en el mundo que tú con este traje de baño.

Se sonrió suavemente y se sentó a mi lado, sobre la hierba. Había esperado durante toda la noche la ocasión de estar junto a ella y ahora no pude reprimir la tentación de besarla, primero en la oreja y luego en la boca. Ella no se había resistido. En ese momento se oyó la vocecilla de Dish exclamando:

—Mejor haríais refrescándoos en la piscina.

Estaba ante nosotros; sus pies se acercaron silenciosos por el césped. Nos miró con intención a los dos, paseando varias veces su mirada de Sue a mí. Se contoneó riéndose y dijo:

—Tenemos que echar un párrafo, alguna vez, Ricky.

Luego se alejó cimbreante hasta el borde de la piscina. En su traje de baño era totalmente otra.

Luego llegó Amanda vestida con su traje de dos piezas.

—¿Todavía no está listo Jeff? —preguntó.

—Es tan lento… —quejóse Dish—. Ricky, ve a ver qué hace.

Dicho esto, se zambulló en la piscina, siguiéndole su hermana. Me levanté y agarrando las manos de Sue tiré de ellas para incorporarla.

—Nos están viendo —dije—. Voy a por Jeff.

Sue se separó de mí, dió una carrerilla y se arrojó al agua.

Retrocedí hasta el seto llamando a Jeff por su nombre. No obtuve respuesta. Me preguntaba en qué caseta estaría; pero mi vacilación duró poco. Por debajo de la cortina que tapaba todavía el frontis de la caseta central, se escurría algo líquido que brillaba a la pálida luz del alba. Antes de advertirlo lo había pisado y cuando

pasé por uno de mis pies desnudos, la punta de los dedos, me convencí, sin lugar a dudas, que se trataba de sangre.

CAPÍTULO II

Jeff Leary llevaba puesto un taparrabo amarillo. Estaba tumbado de bruces, atravesado en su caseta y tenía una cuchillada enorme en el lado izquierdo de la espalda. No sangraba y había muerto ya.

Estuve a punto de dar voces, pero soy un periodista y procedí según mi instinto. Entré en la cabina y descorrí la cortina. En el interior había una lámpara que seguía ardiendo. A la luz de ésta examiné el cuerpo y me aseguré de que efectivamente había muerto. Luego busqué el arma. La herida parecía causada por un instrumento cortante de hoja ancha, como un cuchillo de caza, pero la cabina estaba vacía y no contenía nada cortante, aparte las astillas que salían de sus paredes de madera. Hice girar el cadáver y lo incorporé mirando debajo de él: nada. Levanté sus piernas: tampoco ningún cuchillo.

En una de las tablas traseras de la caseta había un boquete de unas seis pulgadas de ancho y tres de profundidad, que estaba precisamente al nivel del corazón de un hombre. «Alta como mi corazón», rezaba el cumplido que un grupo de rapaces de la localidad, gustaba de hacerle a la diminuta Dish Webster. Pensé en Dish unos segundos y recordé luego una historia que corría sobre Jerry Keepsake y cuya publicación en el «TELEGRAM» hubo que impedir, a causa de ser el padre de Dish el editor de este periódico. Lo ocurrido fue lo siguiente: una noche Dish fué al apartamento de Jerry empleando la llave que éste le había dado, para sorprenderle «in fraganti» con una corista de un teatro próximo. Dish salió luego, creyendo Jerry, con satisfacción, que la había visto por última vez. Sin embargo no fué así, pues un par de días después ella lanzó su «Cadillac» directamente sobre Jerry cuando éste atravesaba la calle y sólo gracias a que saltó con rapidez, salió del trance con sólo una

pierna fracturada, en vez de romperse el cuello.

El accidente dió que hacer a la policía y fué la comidilla de todos. El viejo Webster tuvo que pagar una fuerte multa por causa de su hija, cuando ésta tuvo que defenderse contra un cargo de tan peligrosas consecuencias.

Interrumpí mi divagación mental, dándome cuenta que no ofrecía perspectiva alguna quedarme plantado y cavilando en una caseta de baño con un fiambre dentro. Salí al pasillo y me admiré de la inutilidad total de mis esfuerzos por encontrar el cuchillo.

Estuve husmeando en la caseta situada entre la mía y la de Jeff. Una ojeada al vestido escarlata que había dentro sobre una silla, me indicó que era la caseta de Amanda. Estaba interesado por ella, pero en aquel momento sentía mayor interés por Dish cuyo galán, el cual pareció haberse mantenido apartado de ella durante toda la noche, yacía ahora muerto en su caseta de baño.

Descubrí que Dish bahía ocupado la caseta a la derecha de la de Jeff. Su vestido negro y sus medias estaban sobre una silla. Levanté el vestido sacudiéndolo, chocándome que no llevara en absoluto ropa interior. El cuchillo que andaba buscando no apareció.

—Ahora que ya sabes cómo se viste mi hermanita. ¿Qué pretendes hacer? ¿Reñirla acaso? —preguntó la voz de Amanda a mis espaldas. Estaba en pie en el pasillo mojada y reluciente, recién salida de la piscina, las manos en las caderas y mirando al interior de la caseta.

—No corras la cortina de Jeff —le dije—. Ha sido asesinado.

Amanda no palideció ni chilló.

—Tengo que comunicar esto a tu padre y dar parte de ello —proseguí—. Transmite la noticia a los demás y no permitas que nadie entre en las casetas. El arma se ha extraviado.

—¿Extraviado? —preguntó intencionadamente, mirando hacia el interior de la caseta.

—No está entre sus vestidos —repliqué—. Sospecho que ella apenas podría esconderla entre la escasa ropa que lleva precisamente hoy.

—Perfectamente Ricky —dijo. Y dió media vuelta para marcharse, pero en un impulso súbito la así, recorriendo su cuerpo rápidamente con mis manos. Nada. Se libró de mí forcejeando, pero pude agarrarle la muñeca diciéndole.

—No seas injusta conmigo, Amanda. Se me ocurrió que este caso sería un quebradero de cabeza para cualquiera. Cuatro personas en traje de baño y un individuo apuñalado con desaparición del arma. Creí que lo más sencillo sería empezar por registrarlas.

—Tus métodos me parecen heterodoxos —dijo. Y añadió—: Por otra parte. ¿Quién me asegura que el arma no la llevas tú encima?

—Así con esta poca ropa, aunque quisiera no podría —contesté.

—Me imagino que te has excedido, Ricky.

Atravesé el pasillo y miré hacia la piscina. Dish estaba sentada al borde, chapoteando en el agua con los pies y Sue en lo alto de la palanca se disponía a lanzarse en la piscina. Luego me dirigí al pasillo que conducía a ésta y a su entrada me di cuenta de algo que casi no había advertido al llegar. Se trataba de un cinturón salvavidas arrollado en un poste y en el cual faltaba algo que había visto al entrar en el recinto de la piscina: un cuchillo de hoja ancha y mango de corcho como los que emplean los marinos para rasgarse los vestidos que les impiden nadar, en caso de naufragio.

Pensando que alguno de nosotros, camino de la piscina, podría haberlo sacado de la vaina sin ser visto, eché a andar por el sendero. En la parte alta del prado, apareció la casa sonrosada a la luz del alba. A ella me encaminé corriendo y a poco advertí que alguien me llevaba la delantera. Era el coronel, quien al verme dió una vuelta en redondo. Llevaba un pijama de seda azul y se apoyaba en su bastón. Su rostro me pareció gris incluso a plena luz y su mano temblaba sobre el puño del bastón. Sabía que estaba viejo, pero en esta ocasión se me figuró un centenario.

—¿Qué pasa Drayton? —exclamó—. ¿Algo grave?… ¿Qué hace usted ahí fuera?

—Creí que estaba usted acostado —contesté.

—Efectivamente; pero no pude dormir. He oído todas las risas y todo el ruido que metían ustedes en la piscina. Yo tenía calor en mi habitación en tanto que ustedes se refrescaban… Quería bajar y sentarme junto al agua, pero estaba más cansado de lo que creí y me volví a la casa.

—¿Por qué me da usted explicaciones tan detalladas, señor? —preguntó.

—Usted me preguntó, creo yo —dijo mirándome con extrañeza.

—Cierto, y en otra ocasión me habría dicho que me ocupara de

lo mío.

—Es posible que a mi edad me vaya volviendo mal educado.

—Creí más bien —dije— que se había asustado usted.

—¿Qué quiere significar? —preguntó.

—Jeff Leary acaba de ser apuñalado allá en la piscina. ¿Fué usted quien lo hizo?

Contestó con una sola palabra clara y firme, pronunciada con voz enérgica:

—No.

—Esto me basta —repliqué—. Voy a dar parte a la policía.

Minutos después hablaba telefónicamente con Jefatura:

—Me llamo Drayton. Estoy en la casa del coronel Webster. Se ha cometido un asesinato —dije. Y colgué para no tener que contestar a un chaparrón de preguntas.

Esperé al viejo coronel en el «*hall*».

—Atienda —le dije—. Cuando se presente la policía tiene que decirles que bajaba usted a la piscina, por si algún criado le hubiese visto ante la casa. Pero no le diga lo que a mí, pues los agentes no le quieren a usted como le quiero yo. Cuando yo me reuní con usted, estaba a más de la mitad del camino de la piscina, sin lo cual no se explicaría que se había cansado y regresaba. Otra cosa: Usted no pudo oír risas ni ruido alguno desde su habitación puesto que no habíamos llegado todavía a la piscina cuando usted bajaba las escaleras. Mejor: diga que salió usted sencillamente porque no podía dormir. Yo diré que al encontrarle estaba usted frente a la piscina. Esto simplificará las cosas.

—¿Por qué se inquieta usted tanto por mí? —preguntó.

—Porque, como le dije, le quiero a usted bien. Me dice que no mató usted a Leary y le creo. Usted podría matar fácilmente a un hombre, coronel, pero no podría estar tranquilo como lo está.

—¿Le mató usted, hijo mío? —preguntó.

—Corresponderé a su cumplido creyéndole —añadió al negar yo con la cabeza—. A no hay razón —prosiguió— para creer que ha sido Sue. Quedan mis hijas, pero ambas se interesaban por Leary. Soy viejo, Drayton, y quisiera que si alguien tiene que pagar por esto, sea yo antes que mis hijas.

—Estimo en mucho sus sentimientos, señor —dije—. Mas creo que tiene que pagar quien le haya matado.

—Cuando llegue usted a mis años —replicó— se dará cuenta que la justicia es algo abstracto y de escasa importancia en la vida práctica. Si la gente advirtiera que la justicia no tiene nada de divino y no es más que una invención de los sin fortuna, el mundo sería un lugar más habitable.

El coronel se retiró y al punto llegaban frente a la casa los coches de la policía. El capitán O'Rourke se apeó del primero de ellos y me reuní con él diciéndole:

—El cadáver está en una caseta de la piscina. ¿Quiere que vayamos a ella?

CAPÍTULO III

El capitán nos hizo sentar a todos reunidos en la hierba mientras examinaba el cadáver. Salió luego de las casetas dejando a un par de detectives que registraran nuestros vestidos y rastrillaran la maleza de detrás de las cabinas.

Dish temblaba de frío. Amanda y Sue se frotaban los brazos y las piernas. Las tres habían estado bañándose y no tenían con qué secarse.

—Por lo menos permita usted que nos traigan unas toallas antes de que pesquemos una pulmonía —se quejó Sue.

O'Rourke accedió y a poco, las tres muchachas se sentaban envueltas en gruesas toallas turcas como un grupo de pieles-rojas. Yo no sentía frío puesto que no me había mojado.

Después de una serie de preguntas O'Rourke hizo una tosca descripción de los hechos. Jeff había sido asesinado en lo que iba desde su entrada en la caseta y mi descubrimiento del cadáver. Había sido el último en encontrar un bañador que le fuera bien. Tuvo que ser apuñalado antes de que ninguno de nosotros se acercara a la orilla de la piscina puesto que nadie había pisado el charco de sangre.

O'Rourke trazó un plano de la piscina con las casetas y los nombres de los ocupantes, debajo del dibujo de éstas: De derecha a izquierda escribió: Ricky Drayton, Amanda Webster, Jeff Leary, Delysia Webster, Sue Taylor, Caseta con ropa de baño. Amanda y yo salimos por el extremo izquierda del pasillo y Dish y Sue por la derecha.

—¿Qué vino a hacer aquí Leary? —preguntó

O'Rourke.

—Tuvimos una fiesta —contestó Dish—. Jeff era mi novio.

—¡Ajá! —exclamó el poli sacudiendo la cabeza—… Y ¿Todo marchaba bien entre ustedes dos? ¿No intervinieron acaso los celos? ¿No se tomaría Jeff alguna libertad con otra?

—En absoluto —negó indignada Dish.

—Creo —dijo Sue— que para su informe debe tener en cuenta que Jeff Leary pasó anoche parte de su tiempo con Amanda.

—¿Es verdad esto? —preguntó el capitán.

—Sí —contestó Amanda mirando a Sue como a un mal bicho—. Pero se mantuvo correcto y la mayor parte del tiempo estuvimos hablando de Dish.

O'Rourke

tomó notas y volviéndose al coronel dijo:

—Usted dice que estaba cerca de la piscina cuando Drayton llegó corriendo con la noticia de que Jeff Leary estaba muerto.

—Me sorprendió mucho la noticia —dijo el coronel afirmando con la cabeza.

—¿Usted no aprobaba que Leary se viera con su hija? —preguntó inesperadamente

O'Rourke.

—Las amistades de mis hijas son cosa suya —contestó el anciano con firmeza.

Un detective salió de las casetas anunciando que no había rastro del cuchillo.

O'Rourke

ordenó que buscaran alrededor de la piscina y volviéndose al coronel, preguntó:

—¿Puede vaciarse la piscina?

—Ahí está la llave del desagüe —contestó el coronel señalando a un extremo.

—Levántense ustedes todos y suelten sus toallas —dijo

O'Rourke

y procedió a un examen visual de las tres muchachas en bañador—. No —dijo— aquí no se oculta el cuchillo. Y encarándose conmigo, añadió. —Claro que usted podría haberlo escondido en algún sitio entre la piscina y la casa.

—Estoy convencida —dijo Amanda— de que el señor Drayton

no tenía ningún cuchillo antes de abandonar la piscina.

El policía torció el gesto dirigiéndose luego al coronel:

—Ahora usted, por favor. Sólo por cumplir la formalidad.

El coronel desató el cordón de su pijama y
O'Rourke
le registró con manos expertas. De uno de sus bolsillos sacó un pedazo de papel. El coronel alargó la mano para cogerlo.

—¿Se trata de algo personal? —dijo.

—En una investigación policíaca no hay nada personal —contestó
O'Rourke.

Desdobló la nota y luego leyó en alta voz:

> «Papaíto: después de la fiesta de esta noche me iré con Jeff Leary. Sé que el muchacho no te gusta pero yo le quiero demasiado para estar alejada de él por más tiempo. No cometas ninguna barbaridad, por favor. Cariños de tu Delysia».

Siguió un largo silencio interrumpido por el chirrido de la llave del desagüe de la piscina.

—¿Cuándo recibió usted esta nota? —preguntó
O'Rourke.

—Cinco minutos antes del crimen —contestó el coronel—. No podía dormir. Me dispuse a salir fuera y la encontré junto a unas flores en el *hall*.

—¿Qué quiso decir al escribir que no cometiera ninguna barbaridad?

—Sería mejor preguntárselo a ella —contestó el viejo soldado, visiblemente molesto.

—¿Qué dice usted a esto? —preguntó el policía a Dish.

—Nada de particular —contestó ella mirándose las uñas sonrosadas—. Quise decir que no fuese tras de nosotros o algo parecido.

—¿Tenía usted miedo?

—Mi hija conoce mi carácter violento —dijo el coronel contestando por ella—. Esto fué para mí la primera indicación de lo

lejos que habían llegado las cosas entre Leary y mi hija.

—Déjeme dar un vistazo a su bastón.

Sin decir una sola palabra, el coronel le alargó su bastón. Su cabeza se mantenía arrogante sobre su cuello descarnado. Me pareció un gran soldado rindiendo su espada con dignidad.

O'Rourke desenroscó el puño del bastón apareciendo una hoja de acero de seis pulgadas.

O'Rourke exclamó gritando para que pudieran oírle los policías que estaban esparcidos aquí y allí:

—¡Eh, muchachos! No busquéis más el cuchillo.

Los policías salieron de la maleza polvorientos y desgreñados.

—Podéis cerrar el desagüe —añadió el capitán—. Ya no es preciso vaciar la piscina.

El coronel presentó sus manos con los puños apretados y juntos. El jefe de los policías dijo:

—No voy a humillarle esposándole, señor. Pero queda usted arrestado por el asesinato de Jeff Leary. Nada tiene que decir, si no quiere.

El anciano se bamboleaba como un árbol azotado por el viento. Puse mi mano sobre sus hombros.

—Gracias, hijo —dijo con acento de gratitud—. ¿Tiene usted un cigarrillo?

—No, pero iré a por él.

—No, no. Quédese aquí —dijo con insistencia.

No me gustó el timbre de su voz débil. Tosió y su piel perdió el color. Se llevó una mano sobre el pecho y su respiración sonaba como el viento entre las hojas secas.

—Me parece que se pone malo —dije al capitán O'Rourke.

En ese momento el coronel se desplomó sobre mí. Le sostuve agarrándole con los dos brazos y le tendí suavemente sobre el césped. Sus ojos estaban cerrados y sus labios con un hilo de espuma.

—Parece un ataque —dijo O'Rourke—. ¡Eh! —gritó—. ¡Eh!, doctor. ¡Venga usted!

El médico de la policía que estaba examinando el cadáver de Jeff en la caseta, salió secándose las manos en una toalla.

—Dé usted un vistazo al coronel —le dijo O'Rourke.

El doctor se arrodilló junto al coronel y puso su mano sobre el pecho del anciano.

—Está muy mal, capitán —dijo—. No puede movérsele, como no sea en una camilla para subirle a la casa.

—¿No se estará muriendo? —preguntó O'Rourke con brutal rudeza.

—No…, por ahora.

—Lo celebro, pues quiero realizar una prueba con él.

—¿Podemos ir a vestirnos ahora? —preguntó Sue.

O'Rourke accedió y yo me dirigí entonces al capitán:

—No me gusta desbaratar las cosas, pero vea capitán: en el estoque del coronel no hay sangre…

—¿Acaso no puede haberla limpiado? —cortó el policía—. Pudo hundirlo en el suelo y limpiarlo así.

—Si el coronel muere antes de que pueda usted efectuar su prueba —repliqué— cometerá usted un error si da por liquidado el caso.

—¿Usted cree que no ha sido él, eh?

—Sé muy bien que no ha sido.

—¿De dónde saca usted esta seguridad? —contestó O'Rourke.

No quise decirle que estaba seguro de ello por habérmelo dicho el coronel. Por esto me callé.

—Mi consejo —me advirtió el capitán— es de que no se meta en este asunto. No olvide que es usted tan sospechoso como los demás y que si tuviera que descartar al viejo, podría encartarle a usted en su lugar. Recuérdelo.

Fui a vestirme pensando en esto y en una porción de cosas a la vez. Cuando una pareja de policías llevaba a la casa al coronel en una camilla, seguía pensando en ello y contestándome a mí mismo que el coronel no había asesinado a Jeff Leary puesto que así me lo había asegurado.

CAPÍTULO IV

O'Rourke
admitió que el coronel había herido a Jeff con su estoque e ignoraba, porque yo no se lo había dicho, que del poste donde colgaba el cinturón salvavidas faltaba el cuchillo de marino con puño de corcho. Los policías habían sido interrumpidos por el capitán en su búsqueda del cuchillo antes de que ésta terminara. Por esto hablé al capitán como lo hice. El sol estaba ya muy alto en el cielo y era de cada vez más fuerte y más cálido.

Después de cinco minutos de búsqueda en la maleza, en las casetas y en su contorno, encontré parte de lo buscado. En el borde superior de la barra horizontal que corría a lo largo de la cima de la valla, descubrí una mancha de sangre. Nada más. La sangre había empapado la madera y estaba todavía fresca.

Subí a la palanca y allí sentado, los pies colgando sobre el agua, medité acerca de ello. Sólo cabía suponer que la mancha había sido producida por alguien que había dejado allí el cuchillo antes de hallar el momento propicio para recogerlo escondiéndolo en un lugar más seguro. Me imaginé así los hechos: Alguien hirió a Jeff Leary a través del boquete de las tablas traseras de su caseta —cosa que atestiguaba el suelo pisoteado—. Sacó el cuchillo de su cuerpo y lo dejó en lo alto de la valla. Luego tranquilamente, la criminal —tenía que ser una de las tres muchachas— se reunió con nosotros en la piscina… Y luego, entre mi hallazgo del cadáver y la llegada de la policía, había retirado el cuchillo de allá arriba y lo había escondido en otra parte.

Me preguntaba cuándo pudo escribir Dish la nota para su padre. Lo más probable es que fuera después de las dos de la madrugada, hora en que se acostó el coronel. Muchas circunstancias pudieron

hacerle cambiar los planes y cometer su locura entre las dos y las cuatro, por ejemplo, el hecho de que Jeff, cambiando de idea, prefiriera la hermana mayor de Dish. Y también pudiera ser que Dish hubiese escrito la nota deliberadamente como cortina de humo tras la cual ocultarse, pues difícilmente podrían imputarle el asesinato de un muchacho con el que estaba a punto de fugarse. Pensé, en consecuencia, que sólo ella podía haber sido.

Me dirigí hacia la casa y al subir las escaleras topé con O'Rourke que bajaba.

—¿Sigue creyendo en la inocencia del coronel? —me preguntó.

—Sí —contesté—, más que nunca. ¿Por qué?

—Pues el viejo ha cantado de plano y ha firmado su confesión. Después de leer la nota de su hija, cogió el bastón-estoque y les siguió a ustedes a la piscina con la idea de impedir la fuga de Dish con Leary. Se deslizó detrás de las casetas, vió a Leary a través de un boquete de la que éste ocupaba y le hirió con el estoque. ¿Sabe usted que el coronel en West-Point, había sido un gran espadachín?

—O'Rourke —dije— usted es tan viejo en la policía como yo en el periodismo. ¿Cuántas confesiones falsas ha obtenido durante su carrera? Usted sabe bien que el culpable rara vez confiesa y en cambio lo hace a menudo el inocente; para proteger a un tercero.

—Pero aquí asistimos a una excepción de la regla —contestó—. Las confesiones en el lecho de muerte suelen ser verdaderas.

Subí las escaleras al partir los coches de la policía. Al entrar en la habitación del coronel —en cuya puerta había un detective— apenas le distinguí en la gran cama en que yacía postrado. Estaba pálido y sólo sus ojos fulguraban, dando señales de vida, en ese cuerpo débil y abatido.

Me senté al lado de la cama y toqué una de sus manos. Estaba fría. No movió la cabeza, pero sus ojos se volvieron hacia mí.

—¿Qué se propone usted, coronel? —le pregunté.

—¿Qué quiere decir? —Su voz era un susurro áspero.

—Leary no fué asesinado con su estoque —dije—. El cuchillo falta de donde estaba en el cinturón salvavidas y hay una mancha sangrienta en la valla de las casetas. Allí lo puso el asesino antes de

descubrir un escondite mejor.

—Le maté yo —dijo el coronel Webster brevemente.

—A mí no me engaña usted —repliqué—. Usted quiere encubrir a las chicas. Una de ellas lo hizo. Tal vez llegó usted lo bastante cerca de la piscina para ver cuál fué. ¿Por qué no quiere decírmelo?

—Si salgo de ésta, no puedo ya vivir mucho —murmuró—. Soy viejo, querido. Mis hijas, son tan jóvenes… Sé lo que me hago. Déjeme usted tranquilo y no se inmiscuya en este asunto… Es una orden, Drayton —terminó acentuando la energía de su mandato.

Sus ojos se cerraron y su respiración se hizo rápida y pesada.

Yo conocía bien la distribución de la casa. Me dirigí a la habitación de Amanda y llamé a la puerta.

—¡Adelante!

Al abrir, Amanda, sentada al borde de la cama, se estaba anudando la faja de seda del batín.

—Intentaba dormir un poco —dijo.

—Lamento molestarte —contesté—. Te tomas con mucha calma lo sucedido con tu padre.

Amanda se dirigió a la ventana y miró hacia la piscina. De pronto, se volvió hacia mí:

—¿Qué adelantaría si me diese por un ataque de histerismo?

—¿Sabes quién mató a Leary? ¿Le viste? —pregunté.

—Mi padre le mató. Él mismo lo dijo.

—No, no lo hizo —repliqué—. Y creo que tú también lo sabes. Encubre a alguien y tú permites que proceda así.

—¿Crees acaso que es Dish? —preguntó—. ¿Y piensas —añadió, al asentir yo con la cabeza— que mi padre sufriría condena por esa pequeña vagabunda?

—¿No quieres a tu hermana? —pregunté a mi vez.

—No puedo creer que Dish sea mi hermana —contestó con lentitud—. Si yo creyera que Dish ha cometido este asesinato y que mi padre pretende encubrirla, me iría inmediatamente a la policía.

Entones decidí desviar el curso de mi interrogatorio.

—¿Cómo se explica que tú y Jeff estuvierais anoche tanto tiempo juntos? Supongo que no irías a la caza de ese muchacho…

—Sabía que Dish era una presa fácil para un aventurero como Jeff y sabía también que si ella caía en sus redes, esto desgarraría el corazón de mi padre. Por esto, decidí competir con Dish, esperando

que la inclinación de éste se enfriaría… No salió bien.

—¿Estás segura de que no salió bien? Es muy posible que esa nota fuese una paparrucha.

—Tal vez —murmuró Amanda. ¿Y por qué estás tan convencido de que mi padre es inocente?

Le conté la historia del cuchillo y la mancha de sangre en la valla. Cuando terminé, cogió un cigarrillo de la caja de cristal que había sobre su mesa y lo encendió. Echando una bocanada de humo hacia fuera, en la ventana, y dándome la espalda, dijo:

—Precisamente antes de que yo llegara a las casetas para buscarte, Sue andaba cerca de la valla y echó la toalla en lo alto de ésta. Después pareció cambiar de idea, pues tiró de ella de nuevo y subió a la palanca.

Recordé que Sue estaba en lo alto de la palanca cuando abandoné la piscina para telefonear a la policía y también que el detective a que había estado buscando por las orillas de la piscina, estaba subiendo las escaleras de la palanca, cuando fué llamado por O'Rourke
antes de que pudiera llegar allá arriba. Recordé, finalmente, que al reconocer los alrededores de la piscina busqué en el pie de la palanca, pero que no había subido a lo alto.

Cogí los hombros de Amanda con las manos y le besé la punta de la nariz.

—Estás maravillosa —dije. Y saliendo de la habitación y de la casa me dirigí hacia la piscina.

Capítulo V

La palanca de la piscina tenía tres pisos: «principiantes», «adelantados» y «experimentados». Sue había bajado del último piso. Un tramo de escaleras conducía a la primera palanca y a través del rellano de ésta, se llegaba a otro tramo que llevaba a la segunda palanca y, otro tramo aun, conducía a la tercera. Trepé hasta el segundo rellano y, estirando el brazo, tocaba sin esfuerzo la parte inferior del tercer piso. Recorrí con los dedos el interior de la viga más próxima y sentí el contacto de una hoja de acero.

Examiné la longitud del acero con las puntas de mis dedos. Tenía seis pulgadas de largo y era muy agudo. Seguía luego el mango de corcho. Cogiendo el cuchillo por la hoja, tiré de él hacia afuera. Mis dedos se habían manchado ligeramente con la sangre seca que lo cubría. Tuve buen cuidado de no tocar el mango pues debía tener huellas digitales. Lo envolví con mi pañuelo de seda y bajé hacia el subidero de la palanca.

Sue estaba en pie en la linde del subidero empuñando una pistola. Si hubiese apretado el gatillo, sin desviar la puntería, la bala me habría atravesado de abajo a arriba saliendo por mi cabeza.

—Mister Drayton —dijo—, estoy admirada. Nunca me hubiese imaginado que usted fuese un asesino.

Descendí. El arma que empujaba no vaciló un instante. Al llevar al nivel del suelo dije:

—Puedes tirar esto, querida… y decirme cómo el cuchillo ha ido a parar allá arriba, a la palanca.

—No sé de qué me estás hablando —contestó ella—. Fuiste muy hábil al ser el primero de encontrar el cuerpo de Jeff y también el primero en correr hacia la casa y llamar a la policía. Todo lo que tuviste que hacer fué tirar del cuchillo después de herir y salir con

él mientras los demás nos quedábamos en la piscina sospechando mutuamente del resto. Luego lo ocultaste en algún sitio entre este lugar y la casa y después, cuando el coronel Webster apareció llevando el bastón-estoque, esta circunstancia, feliz para ti te hizo comprender que el cuchillo era un estorbo. Tú creías que nadie había notado que no estaba en el cinturón salvavidas y resolviste lavar la sangre y lavarte los dedos, devolviéndolo a su sitio antes de que alguien lo echara de menos. Afortunadamente tuve mis sospechas y vine acá armada para impedirte que lavaras el cuchillo en la piscina.

—¿Y quién podría tragarse una historia semejante? —le pregunté.

—Creo que todos —contestó.

Tuve la desagradable sensación de que estaba en lo cierto. Para todos los interesados en el hecho, yo tenía que haber tenido la mejor oportunidad de matar a Leary y escabullirme con el cuchillo.

—¿Cuáles son tus planes para el futuro inmediato? —le pregunté.

—No creo que tú tengas ningún futuro, Ricky —contestó con voz normal—. Esto —añadió— es el último rollo de una película. El asesino descubierto por una intrépida detective, intenta hacer otra víctima al saltar sobre ella con el arma homicida. Pero la heroína, con gran aplomo y destreza, le dispara un balazo en el vientre y el asesino cae de espaldas en la piscina con el cuchillo, dejando en el agua un rastro de sangre.

—Es fácil adivinar quién escribió este guion —dije.

—Podría escribirlo con otro final, si quisieras.

—Por ejemplo…

—Así: La joven detective, en realidad, tiene cierta debilidad por el criminal y le permite que cambie su vida por el arma homicida. A condición de que deje ésta en el suelo, se vaya y no se detenga, ella se abstiene de disparar sobre él. Pero el muchacho accede: deja el cuchillo, se va sin mirar atrás y ambos olvidan por completo el enojoso asunto. Más tarde pueden encontrarse de nuevo y seguir siendo grandes amigos.

—El final es desastroso —dije—. ¿Para qué querría la muchacha el cuchillo?

—Digamos que para su museo del crimen; para hallarle un sitio

entre el disfraz de Al Capone y la botella de veneno de Crippen.

A través de las dos ficciones, quedaba clara por un lado que la amenaza de presentarme como el asesino de Leary, era una mera fanfarronada que no pondría en práctica y, por otro, que Sue deseaba entrar en posesión del cuchillo. Decidí probar suerte, valerme de una treta y tratar de averiguar qué maquinaba ese curioso cerebro femenino.

—No me gusta el final. Lo preferiría con un poco más de acción —dije.

—¿Cómo?

—Así.

Y dando dos pasos rápidos crucé la estrecha faja de césped que nos separaba. Entonces pudo haber disparado sobre mí, pero como me había supuesto estaba fanfarroneando. Fué una suerte para mí haberlo adivinado, pues pude agarrar su muñeca precisamente cuando iba a golpearme. Por un instante nos tambaleamos juntos. Como ya había observado, era una muchacha fuerte: pero yo también lo era. Le hice desviar el arma hacia un lado y le doblé la muñeca hasta que la dejó caer en el césped. Entretanto yo embutía en mi bolsillo el cuchillo envuelto en el pañuelo. Ella trató de alcanzarlo y sacarlo de nuevo. Me desembaracé de su mano agarrándola con la intención de mantenerla quieta durante un minuto y parlamentar. Pero ella se deslizó de entre mis brazos y volvió al ataque. Me arañó, me mordió y me castigó con sus rodillas como ninguna damita sabría hacerlo. No quería, de ningún modo, atizarle un directo sino sólo esquivar sus golpes. No había otra solución, pues luchar con ella cuerpo a cuerpo era meterse en un zarzal.

Al fin pude asir uno de sus brazos, lo doblé hacia atrás y, sin miramiento alguno, le hice una zancadilla con mi pierna derecha. Perdió el equilibrio, pero me arrastró en su caída. El topetazo me quitó el aliento al dar con todo mi peso en la hierba, junto a la chica.

Ella se recobró más rápidamente que yo, y su voz era normal al preguntarme:

—Bueno… ¿Y qué ocurre luego?

—Que te beso para irme en tu compañía —contesté uniendo la acción a la palabra.

Estaba en una posición adecuada para hacerlo y me pareció un medio eficaz para llevar el diálogo por el camino amistoso, que yo había dejado tan lejos.

Ella me devolvió el beso con interés fingido y en tanto que con una mano me enmarañaba el pelo, con la otra me daba golpecitos en la espalda. Estaba tan a gusto, que apenas advertí que sus dedos se habían desviado hacia abajo, hacia el bolsillo donde yo tenía el cuchillo con mango de corcho. Me volví hacia un lado súbitamente y su mano quedó inmovilizada debajo de mí.

—Vaciando mi bolsillo, no se soluciona nada —le dije.

—Valía la pera probarlo —contestó ella sonriente.

—Podríamos hacer un trato, querida —le dije dejando libre su brazo y rodeando mi cuello con él.

—Creo que podríamos, en efecto —contestó—. Después de todo tú eres mi tipo y yo el tuyo.

Yo acariciaba suavemente su rostro.

—Tú no mataste a Jeff —le dije—. Si lo hubieras hecho habrías disparado sobre mí en vez de amenazarme con hacerlo. Pero fuiste tú quien ocultó el cuchillo en la palanca. ¿Por qué lo hiciste?

Cogió mi mano obligándome a reanudar mis caricias sobre su mejilla.

—Tenía razones personales para hacerlo —contestó.

—Tenías prisa por conservar a toda costa el cuchillo —dije—. Tu conducta oculta algo, al parecer —añadí—. Tal vez sabes quién lo utilizó. Acaso sepas de quién son las huellas digitales que contiene o… tal vez te proporcione buenos dólares tu silencio sobre este tema.

Estaba tumbada en el césped a dos pies de mí. Me sonreía atractiva y con las puntas de sus dedos me acariciaba la cara.

—Tal vez… —dijo por toda respuesta.

—¿Quién utilizó el cuchillo, Sue? —pregunté—. ¿Y sobre quién pretendes ejercer chantaje?

—¿Y si no te lo digo?

Me levanté y saqué el cuchillo.

—Si no tratas de hacer ningún chantaje —dije— limpiaré este cuchillo y lo devolveré a su sitio. Entonces nadie sabrá, salvo tú y yo, que se haya utilizado jamás. Pero aclárame lo que sepas.

—¿Y si te lo digo, qué?

—Recuperarás el cuchillo. Sólo quiero que satisfagas mi curiosidad. Es el único precio que pido por ello.

Sue se incorporó sentándose y alargó la mano.

—Dámelo —dijo.

Arrojé el cuchillo al césped, fuera de su alcance y me senté a su lado cogiendo sus brazos, y volviéndola cara a mí, de espaldas al arma que había tirado.

—Cuéntame antes —le dije.

—Entré en la caseta de Dish para que me sujetara la espalda de mi traje de baño. Pero no estaba allí. Oí un ruido extraño en la caseta de al lado. Me asomé a su interior y allí yacía Jeff en el suelo con Dish a su lado arrodillada y con el cuchillo en la mano. Parecía muy asustada y agitada y cuando me vió, me pareció que estaba muy pálida. Luego dirigió su vista al cuchillo y después a la herida del pecho de Jeff, como si supiera lo que alguien podía pensar de esa escena. Le quité el cuchillo, sosteniéndolo por la punta.

—«Dame esto, querida» —le dije cariñosamente.

»Luego lo dejé en lo alto de la valla. Ayudé a aquella criatura a levantarse.

—»Sal a la piscina como si nada hubiese ocurrido y límpiate esa mancha de sangre que tienes en el hombro.

»Salió como un corderillo y debo decir que cuando apareció, al final, maldito si se le conocía nada. El gesto del viejo me impresionó de momento. Pero sin embargo, esto es lo mejor que podía ocurrir. Si el viejo muere antes de que puedan efectuar la prueba con él, Dish tendrá que pasarme una renta vitalicia. Por un lado entrará en posesión de gran cantidad de dinero, y por otro, con este caso siempre vivo, se cernerá sobre ella la amenaza… ¿Puedo guardar ahora el cuchillo?

—Desde luego —dije—. ¡Andando!

Se levantó y pegándose casi a mí, preguntó:

—¿Nos bañamos?… ¿Te parezco bonita?

—Creo que eres la belleza más perfecta que haya visto jamás —contesté con aire sincero.

Iba a agarrarla por los brazos cuando se escabulló huyendo con risa alocada y juguetona. Fui tras ella y antes de que pudiera alcanzarla, había corrido hasta las casetas. Allí se dejó coger y mirándome a los ojos preguntó:

—¿Me quieres, Ricky?
—Desde luego que te quiero.

CAPÍTULO VI

Es posible que algunos de los trazos de esta historia hayan sido escritos con cierta precipitación, de suerte que necesiten una explicación más detallada. Por lo que vi, en su hora, el coronel había bajado a la piscina con la probable intención de atravesar a Jeff Leary con la punta de su estoque, al tiempo que, a través del boquete posterior de la caseta, vió a su hija Dish «sondeando» el corazón del muchacho con el cuchillo de puño de corcho. El motivo que tenía Dish para agujerear a Jeff era muy claro: se trataba de una repetición de la historia de Jerry Keepsake. Había descubierto que la inclinación de Jeff por ella, se había enfriado en favor de Amanda y tomó por ello una drástica venganza.

El propósito del coronel era encubrir a su hija y aunque yo no lo aprobaba, reconozco que esto no me incumbía. Si el anciano iba a morir más feliz pensando que salvaba a Dish de la silla eléctrica, estimo que yo no tenía por qué entrometerme. Un anciano tiene derecho al respeto de su última voluntad. Pero una vez muerto el coronel, las cosas cambiaban; entonces sí, era asunto mío el procurar que Dish no eliminara algún otro muchacho que tuviera la poca fortuna de cansarse de sus adorables encantos. Y el mejor medio que conocí, era dejarla en manos de Sue que tenía excelentes razones financieras para atarla corto.



«...Cuando abandoné la piscina para telefonear a la policía...»

Si alguien cree que soy un atolondrado por el hecho de poner en juego a una damita perversa como Sue, no puedo desperdiciar mi tiempo discutiendo con él. Los que puedan objetarme algo no estaban en la piscina cuando yo estaba allí y si hubiesen estado y no hubiesen obrado como yo, les hubiera recomendado una visita al doctor.

Hasta aquí las aclaraciones y si a algún hombre o mujer no le complacen, tanto peor. El «Club Ricky Drayton» aceptará con pesar su dimisión, pero se reserva el derecho, sobre todo si se trata de una muchacha, de llamar a su número de teléfono.

Pero ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! A orillas de la piscina con Sue. Una hora y media después regresaba en coche a la ciudad pensando en el error imperdonable que cometía un hombre serio y excelente como el coronel, exponiéndose en favor de una pequeña vagabunda como Dish, lo vergonzoso que resultaba todo esto y hasta qué punto no me importaba nada si las cosas se producían tal como él pretendía.

En la oficina, lo sabía bien, me esperaban una serie de agotadoras conferencias a fin de ver cómo trataríamos el tema de esta historia, habida cuenta de que el criminal confesó era nuestro propio editor. Sentí que no podría afrontar esta situación, así que me apeé con calma y siguiendo la pedregosa calzada, me dirigí a la posada «THE DUCUM». Lo que me hacía falta, ante todo, era un recio desayuno con un ponche para recobrar el sentido de la realidad.

La posada era uno de los abundantes pequeños garitos que están pegados a las afueras de la ciudad. Consistía en una pequeña sala, iluminada pobremente, a las once de la mañana, por las lámparas que ardían sobre las mesas. En aquella hora no había nadie, a parte de Wilbur, el propietario, que estaba secando escrupulosamente los vasos; pero durante la noche la taberna debió haber estado animada por las parejas de baile danzando a la música de algún fogoso trío, que ocupaba un minúsculo tablado en un rincón de la sala.

Pedí un doble echando un largo trago para apagar mi sed. En el fondo de la sala había un traga-perras, una de esas máquinas en que se echa una moneda y se tira de una empuñadura. Un conjunto de ruedas, en las que hay pintadas una serie de frutas, giran a gran velocidad. El manejo de la máquina consiste en soltar la empuñadura de suerte que se detenga el movimiento de las ruedas, para obtener una ración de frutas iguales a las que se ven por la mirilla en ese momento. Si se tiene suerte, se puede uno hartar por poco dinero. Pero esto, que yo sepa, no ha ocurrido jamás.

—Prueba otra vez, tira y he aquí la ración. ¡Hay que quitar esa máquina! —dijo una voz de trueno.

Levanté la vista y tropecé con una cara como la luna llena,

pálida y redonda. De hecho, no tenía ni un pelo y las orejas planas y ajustadas a los lados de la cabeza favorecían la impresión de redondez del conjunto. Para verlo bien tenía que estirar el cuello. La cabeza estaba sostenida por un cuello tan grueso como el propio cráneo, siguiendo después las anchas espaldas enfundadas en un traje color azul eléctrico rabioso. El personaje en cuestión tenía delgada la cintura, sin caderas y sus piernas eran delgadas.

A sus espaldas y, como si se ocultara tras la mole del hombrón, había otro personaje. El rasgo más saliente de éste era la nuez y la recia barba. La nariz era larga y delgada y su boca mostraba en su parte superior una fila de dientes amarillentos, largos y ligeramente encorvados como los de una rata.

—Sí —dijo éste— hay que quitar esta máquina.

—¡No me digan que son ustedes policías! —exclamé.

—Ninguno de los dos —dijo el más grueso—. Representamos la firma «MACHINE NOVELITY COMPANY».

—INCORPORATED —terminó el otro.

—¿Esta máquina es de ustedes? —pregunté—. Precisamente me gusta hacerla funcionar.

—No —dijo el Cara de Luna— pertenece a un tío que ha dejado el negocio.

—Sí, ha dejado el negocio —repitió el otro como un eco.

Wilbur, el propietario del bar, se sumó al diálogo en ese momento.

—¡No hagáis eso, chicos! —exclamó—. Recordad lo que ocurrió hace poco. Dejad en paz la máquina, por el amor de Dios.

Cara de Luna dejó caer su mano, igual que un solomillo, sobre el hombro de Wilbur. Se trataba de un gesto amistoso, pero por poco no derriba a éste.

—No se inquiete usted por esto, viejo. Tenemos órdenes —prosiguió lentamente— de llevarnos esto y substituírselo a usted por el último modelo de la «FUTURIST» de la «MACHINE AND NOVELITY COMPANY».

—INCOPORATED —dijo el pequeño.

Cara de Luna apoyó su torso contra la máquina y empujó hasta tener los dedos debajo de la base.

—Empuja esto sobre mis espaldas —ordenó a su compadre.

Éste se apresuró a obedecer. Pero cuando estaba a punto de

ladear la máquina, Wilbur se agarró al testero de ésta tirando hacia abajo con la desesperación de una madre que defiende a su primogénito de los secuestradores.

—¡No la quitéis de aquí! —gritaba.

Yo estaba apoyado en la barra contemplando la distraída escena. Los dos «representantes» de la Compañía estaban actuando como en un verdadero vodevil y había algo de cómico en la resolución de Wilbur, colgándose de la astrosa máquina.

Durante unos momentos él y el pequeño forcejearon, en tanto que Cara de Luna permanecía agachado con una expresión de resignación en el rostro. Por fin se enderezó y dió a Wilbur un empujón en el pecho enviándomelo de espaldas a mis brazos.

—Por favor, déjenos cumplir nuestro cometido —dijo.

Entonces Wilbur se puso furioso y saltando hacia adelante trató de sacudir torpemente a Cara de Luna. Éste le contuvo, sin esfuerzo, con los brazos, empujándole en la cara. Seguramente que el gordo creyó haberle dado un empujón suave, pues por lo visto no tenía una idea exacta de su propia fuerza. Lo cierto es que Wilbur lanzó un gemido y fué a dar con la cabeza en el serrín amontonado al pie del mostrador sangrándole abundantemente la nariz.

Yo sabía que este asunto no me concernía, pero me repugnaba ver un individuo pequeño y viejo derribado por otro alto y fuerte; por esto dirigiéndome a Cara de Luna le llamé sin tapujos piojoso y bribón. Su rostro esférico adquirió un delicado matiz sonrosado y avanzó sobre mí con ánimo de pegarme. Me dió un golpe recio y me agaché disparándole un gancho directo en el vientre. Se quejó algo, propinándome, a su vez, una serie de golpes debajo de las costillas y arrojándome contra el mostrador. Viendo que yo no podía seguir retrocediendo, se vino hacia mí y cambiamos una serie de puñetazos. He dicho «cambiamos», pero aquello, francamente, no parecía un intercambio. Los golpes que yo descargaba apenas parecían incomodarle a pesar de que soy un individuo que sabe atizar con dureza, si bien al ser aporreado rudamente por él, me caí como si hubiese sido pateado por un elefante enfurecido.

Había allí un hueco por el cual me escabullí detrás del bar, poniéndome fuera de su alcance y antes de que pudiera alcanzarme, por encima del mostrador, yo estaba ya sentado en el borde de éste, pudiendo darle en el pecho un fuerte golpe con los pies. El golpe le

hizo retroceder dando de espaldas con el traga-perras y derribándolo en una confusión de ruidos discordantes de maquinaria y gritos insultantes. En ese momento Wilbur, que ya había vuelto en sí, gritó:

—¡Cuidado Ricky! ¡Detrás de usted!

Volví instintivamente la cabeza. Pero el Pequeño, antes de que yo pudiera evitarlo, me golpeó rápidamente en la sien izquierda, el caballete de la nariz y el lado derecho de la mandíbula. Me desplomé como si una bomba hubiese hecho explosión dentro de mi cabeza y di de bruces en el suelo.

Cuando recobré el sentido. Cara de Luna y su compadre se habían llevado el viejo traga-perras y un minuto después aquél volvió, ayudado de su compañero, con una máquina nueva a cuestas. La colocó donde había antes la antigua.

Wilbur y yo que estábamos apoyados al otro extremo del bar, asentimos con la cabeza.

—Esto es una máquina magnífica —dije yo en tono conciliatorio.

—Mis saludos de parte de la «FUTURIST MACHINE AND NOVELITY COMPANY» —replicó Cara de Luna con una sonrisa burlona.

Dió media vuelta y partieron ambos, oyéndose luego el ruido de su carruaje que se ponía en marcha y cuyo traqueteo se perdió paulatinamente en la distancia.

—Oiga Wilbur. ¿Qué es lo que ocurrió hace poco? —pregunté después de echar otro trago.

—Anteriormente tenía una máquina de la «FUTURIST» y fué despanzurrada y lo mismo aproximadamente ocurrió con el bar y casi conmigo. Luego mandé a buscar otra de la sociedad rival, que era la que esos dos bribones acaban de romper. Y así, en este orden, ocurren estas cosas una y otra vez.

Lo enojoso del caso es que esas máquinas son ilegales aunque las autoridades hacen la vista gorda con los que trafican con ellas al margen de la ley. El hecho es que en Nueva Orleans había dos «sociedades» que compelían en la colocación de traga-perras. Instalaban sus máquinas en diferentes bares y tabernas y cada semana recogían las monedas recaudadas. Los propietarios de las tabernas obtenían un rendimiento bastante crecido, con dejar un espacio en sus establecimientos, para las máquinas.

Wilbur me contó que las dos «sociedades» habían entrado en conflicto y que los que más pagaban los platos rotos en esto, eran los propietarios de los bares. La «sociedad» rival de la «FUTURIST», dirigida por un individuo llamado Quin Legatt, se había vuelto dura y de mala fe. Habían invadido todas las tabernas que trabajaban con máquinas «FUTURIST», atropellando a los propietarios, destrozando el mobiliario, sacando las máquinas a la acera y machacándolas a martillazos. Si se suscitaba alguna cuestión, decían que las máquinas eran ilegales. La policía no procedía enérgicamente y aunque arrestaba a individuos de las dos «sociedades» rivales, les soltaba al ver que, unos días más tarde, los muchachos de Legatt llevaban solapadamente una máquina para reemplazar la «FUTURIST» destrozada.

Según Wilbur, la banda de Legatt se había asegurado grandes beneficios con estos métodos de mano dura. Pero ahora parecía haber sucedido algo que invertía los papeles. Los de la «FUTURIST» parecían haber adquirido un aire soberbio y altanero. Recordé las palabras de los compadres cuando dijeron que sus rivales se «habían retirado del negocio». No había sido lo bastante listo para comprender lo que habían querido decir.

Tomé otro trago y pensé en todo esto. La historia de Jeff Leary había sido olvidada por mí durante ese lapso de tiempo. Pensé que el «TELEGRAM» necesitaba un delito de importancia y un buen titular, para eliminar de su primera página el nombre del coronel Webster, nuestro editor, como sospechoso de asesinato.

Utilicé el teléfono de Wilbur para llamar a Reagan, el corresponsal de la ciudad y le puse en conocimiento de los acontecimientos ocurridos en casa del coronel, de los cuales ya había oído hablar, y del papel principal que yo había desempeñado en el conflicto suscitado en la taberna con relación a la máquina traga-perras. Me dijo que siguiera adelante con este asunto de la máquina.

—Unas cuantas peleas, como en los tiempos de la Ley Seca, son precisamente lo que necesitamos para desviar la atención del público del caso Jeff Leary —dijo.

Bebí otra copa con Wilbur y salí para ir a visitar a Quin Legatt, si es que todavía seguía viviendo.

CAPÍTULO VII

Quin Legatt tenía una serie de oficinas en la ciudad. Las llenaba con escritorios, un refrigerador de agua y un conjunto de secretarias rubias y pizpiretas. Desde una de ellas dirigía un centenar de negocios sospechosos, so capa de comercio legal y realizaba todos los trabajos que requerían la presencia de alguien con personalidad. Era el cerebro y la fachada amable para todos los «socios» que trabajaban tras él. Si Legatt mandaba en los «socios» o éstos en Legatt, es un problema cuya solución requería mucho más que la intervención del Gran Jurado y un ejército de peritos mercantiles… Hasta tal punto, los intereses de unos y otros, estaban entretejidos.

Las grandes ventajas de Legatt se derivaban de que nunca había estado en la cárcel, ni parecía pertenecer a la clase de individuos que la frecuentaban. Conocía, además, a alguien, que en la ciudad tenía categoría y que sabía componérselas a través de alguien procedente del campo de los políticos tramposos, con un delincuente de alquiler a los dos minutos de llamar a su teléfono.

Vestía con elegancia y fumaba en pipa, por creer que esto le daba un aspecto de seguridad y confianza. Era socio de los mejores clubs de la ciudad, jugaba al polo y tenía las maneras y el habla de los caballeros del Sur. No había colgaduras negras en la puerta de su oficina, situada en un piso alto de la *Paramount Building,* de manera que me imaginé que todavía no lo habían mandado al otro barrio. Abrí la puerta y pude ver a Legatt en la oficina principal, en otra pieza, sentado con los pies encima del escritorio y hablando por teléfono.

—Quisiera hablar con el señor Legatt —dije a la secretaria, que después de cerrar la puerta del despacho del jefe me había preguntado qué deseaba.

—Veré si puede, recibirle a usted —contestó sonriente.

Y se dirigió hacia la puerta cerrada. Legatt le preguntó algo, dándose cuenta la secretaria de que se había olvidado de preguntarme el nombre. Miró en torno ruborizándose y yo penetré por la puerta abierta en el despacho de Legatt.

—Mi nombre es Drayton —dije— del «TELEGRAM».

Legatt me miró fijamente.

—Bueno, Maisie, sal y cierra la puerta.

Y luego dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿Qué desea usted Drayton?

—Esta mañana —dije— estuve en una posada. Llegó una pareja de vagos y sacó a la calle violentamente una de sus máquinas. Intervine y me atizaron. Luego reemplazaron la máquina por otra de ellos. ¿Conoce usted el motivo de esto?

—Yo no trato en traga-perras —dijo con rostro impasible.

—¡Oh, no diga esto! Usted sabe que lo hace, como lo saben también todos los policías y todos los periodistas de la ciudad. Dígame algo, amigo. No pretendo escribir una historia circunstanciada. Sólo tengo curiosidad por saber quién puede haberle hecho esto y por qué.

—Nadie me ha hecho nada a mí —dijo Legatt—. He hecho un trato con la «FUTURIST» vendiéndole un cierto número de concesiones. Esto es todo. Lamento los tortazos que ha recibido usted por causa de esto, pero… no tenía que haber metido las narices en lo que no le importa.

—¿Esto es todo lo que tiene que decirme?

—Esto es todo.

Cogí el sombrero y salí. En el despacho exterior la rubia secretaria, se estaba poniendo polvos en la nariz ante un espejito de su bolso.

—¿Quiere usted que comamos juntos? —le pregunté.

—Suponga que acepto —contestó ella con aire de reto.

—Va usted a comer un buen bifftec —le prometí.

—Tengo una cita.

—No acuda a ella —repliqué.

Me miró con ojos pensativos y cerró su bolso.

—¿Un bifftec de los grandes? —preguntó.

Separé mis dedos tres pulgadas indicando el grosor del supuesto

bifftec:

—… Y un huevo frito encima —le dije.

—Voy con usted —contestó.

Se levantó y cogiéndome del brazo, abandonamos juntos la oficina.

Tomamos un

cock-tail

y un consomé frío. Estábamos ya a mitad de camino de los bifftecs, que fueron tan gruesos como le había prometido, cuando le pregunté:

—¿Quisiera usted ganar algún dinero?

—¿Qué debo hacer para ello? —me contestó con la boca llena.

—Darme una pequeña información.

—¿Sobre qué?

—Sólo quisiera saber quién regenta la «FUTURIST».

—Esta información vale veinte dólares —contestó la muchacha.

Le di el billete. Al ver cuan fácilmente lo había obtenido pareció contrariada de que no le preguntara nada más. Manipuló con el billete por debajo de la mesa y disimuladamente observé que lo guardaba en un bolsillo interior.

—¿Qué hay de la información, pequeña? —le recordé.

—A los de la «FUTURIST» les llaman la banda de Miltie Scanlon. Pero no diga que se lo he dicho yo.

—No lo haré —dije—. ¿Y qué hizo Scanlon para intimidar a su patrono de usted?

—No sé de qué me está usted hablando —contentó palideciendo.

—Sí lo sabe. Legatt no hace funcionar esas máquinas de su propiedad.

Al terminar la comida y al ayudar a Maisie a ponerse el abrigo, se me acudió una idea. La cogí de la mano y la acompañé a la cabina del teléfono. Al marcar en éste un número, Maisie exclamó:

—¿Pero qué hace? Está usted llamando a la oficina de Legatt.

Una voz femenina contestó al cabo de un rato.

—Aquí el padre de Maisie —dije—. Le ha dado un fuerte dolor de muelas a la hora de comer y tiene que ir con urgencia a casa del dentista. No podrá ir a la oficina hoy.

—Se lo comunicaré al señor Legatt —dijo la voz.

Maisie tenía el día libre. Tomamos un coche y nos fuimos a mi

casa.

—Es una suerte no tener que ir a trabajar. Estoy terriblemente cansada —dijo medio tumbada en el diván de mi habitación. Fui a la cocina a preparar café. Al cabo de un rato regresé con él a donde había dejado a Maisie. Ésta estaba durmiendo.

—¿Qué haces? —dijo en sueños.

Este hecho de hablar dormida me sugirió una idea.

—Sin duda fué Scanlon quien lo despachó —dije conteniendo luego mi respiración.

—¡Oh, no! —dijo—. Nunca pude llegar a un acuerdo con él.

No añadió más. Salí a fumar un cigarrillo a la terraza y al volver Maisie seguía dormida. Sacudí sus hombros e incorporándose tomó una taza de café.

—¿Qué estaba diciendo en sueños? —preguntó.

La miré en silencio sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué? —pregunté fingiendo no entender.

—No sé, no sé. Tengo la impresión de que he estado hablando.

Luego terminó con otra taza de café y se levantó para dejarme. A poco la acompañaba al ascensor y nos despedimos.

Si Jeff Leary había vuelto a la empresa de Legatt y si los muchachos de Scanlon se hubiesen interesado en eliminarle, todo ello daba un sesgo muy distinto a la totalidad del asunto. Quedaba aún una posibilidad de reivindicar al coronel Webster sin necesidad de envolver a su hija en el crimen.

Salí inmediatamente de casa. Necesitaba ver a Miltie Scanlon.

CAPÍTULO VIII

Sorprendí al «*maître*» del «DANCING PANTHER» en un momento en que estaba distraído. Examinaba atentamente su máquina de cortar lonjas que, por lo visto, no andaba como era debido. Al dirigirme a él, lo hice por uno de los lados y hablando de forma que, absorto en su quehacer, no me viera la cara. Dando a la entonación de mi voz el aire de un viejo camarada, le dije:

—¿Dónde está Miltie?

El «*maître*» sin tan sólo volver la cabeza, indicó con su pulgar tendido y sacudiendo significativamente la mano, el lado donde se hallaba la habitación reservada en que se encontraba Miltie. Abrí la puerta indicada por el «*maître*» y vi una escena que me sorprendió por lo inesperada.

Había allí sentados alrededor de varias mesas, como una docena de individuos acompañados por sendas amigas. Al parecer, más de cuatro de aquellos mozos estaban bebidos. Todos contribuían a dar esta impresión: la postura displicente, los cuellos desabrochados, las corbatas sueltas y los cantos gangosos, que, sin ton ni son, salían de sus bocas de movimientos torpes. Además, tanto el suelo como las mesas estaban llenas de botellas vacías o a medio vaciar y vasos, algunos de ellos volcados. Completaban el cuadro el sonido estridente de un fonógrafo y una atmósfera pesada, densa de humo de tabaco y respiración.

Un muchacho coloradote, se movía entre los clientes y una gran mesa llena de botellas de bebida.

Al entrar yo, una chica que estaba sentada de espaldas a mí, ante una mesa no muy lejos de la puerta, volvió repentinamente la cabeza para verme. Por lo visto, su cabeza no debía estar muy firme, pues con la prontitud de su movimiento, perdió el equilibrio

con facilidad y se cayó al suelo, donde se quedó sentada hipando y con un aire de resignación en el rostro.

Lo que más me admiró, sin embargo, fueron Miltie y la chica que estaba con él. Miltie tenía la piel muy morena y una nariz aguileña.

Los ojos eran menudos, obscuros y profundos. Parecían más hundidos gracias a lo prominente de sus pómulos que sobresalían por debajo de aquéllos. Era de talla media y delgado: bien conformado, con manos flacas y dedos desmesuradamente largos. Su rostro era más bien estirado y terminaba, por abajo, en una barbilla puntiaguda. La enorme boca hacía aún más irregular la cara, y su labio superior era delgado como el trazo de una línea.

A su lado se sentaba una mujer y ambos bebían champaña en sendas copas de cristal. Ella vestía un traje de terciopelo negro que se ajustaba perfectamente a la línea de su cuerpo. Era Sue Taylor.

Levantó la vista y me vió en el preciso momento en que me vino la idea de marcharme y desaparecer. Con un movimiento lleno de gracia y felina elasticidad, se levantó de la silla y vino hacia mí. Agarró mi brazo con un gesto que parecía amistoso y me dijo:

—¡Qué agradable encontrarte aquí, Ricky!

Aparté de un suave tirón sus dedos de mi muñeca e iniciando media vuelta iba a dirigirme a la puerta.

—Agradable —dije—. El hecho es que estaba buscando a un amigo…

—Pues ahora que está aquí, querrá usted quedarse a beber algo con nosotros —dijo detrás de mí una voz, que me produjo el efecto de un estoque de acero metiéndose en una vaina de terciopelo. Giré sobre mis talones y me di cuenta de que Miltie Scanlon, se había escurrido de su asiento, interponiéndose entre la puerta y yo.

—No puedo detenerme —le dijo—. Tengo algunas cosas que hacer…

—Pero yo insisto en que se quede —contestó Scanlon—. Hace ya mucho que esperaba dar con usted.

Su voz era meliflua y fatigada, como la de un maestro de escuela, dirigiéndose a un alumno quietecito, después de un día de penosa labor docente.

Traté de seguir adelante, hacia la salida, encogiéndoseme el ombligo a la vista de la pistola que vi aparecer, de pronto, en una

de sus manos. Algunos de los demás individuos del reservado, parecían interesarse por lo que estaba ocurriendo y un rápido vistazo a sus rostros, me produjo la impresión de que estaban todos junto a mí.

Atravesando una maraña de brazos y piernas, apareció de pronto Cara de Luna, que apartó a un lado, en último término, a una rubia que le obstruía involuntariamente el paso. Su compinche, al que yo conocía por el nombre de «El Pequeño», apareció en el otro rincón de la pieza.

Ambos se acercaban a nosotros dos con paso firme y seguro y en su manera de hacerlo, con sigilo de reptil, palpitaban presagios de amenaza. De pronto, me invadió una sensación de malestar y experimenté el vivísimo deseo de hallarme en cualquier otra parte, lejos de allí.

—¿Qué pasa? —pregunté—: ¿De qué se trata? —añadí, dando a mi voz una jactancia que estaba muy lejos de sentir.

—Es usted listo, Drayton.

La voz de Scanlon era suave.

—Usted va atando cabos, sumando cosas… Es cosa mala, muy mala, que tome usted este camino…, mala para usted, quiero decir.

—Yo no sumo nada en absoluto —contesté con aplomo—. Mi aritmética no está hoy, que digamos muy en su punto.

Sue se acercó a Scanlon y colocándose a su lado le habló así:

—Deje salir al muchacho, Miltie. Nada puede descubrir, precisamente por habernos encontrado juntos a usted y a mí… Bien: ¿Qué decide?

—Esto es —dije como iluminado por la idea de Sue—. ¿Qué decide?

—Puede hacer una serie de pensamientos —dijo Scanlon un tanto abstraído—. Una serie de pensamientos que pueden conducir a nuestro amigo periodista a conclusiones un tanto peligrosas.

—¿Sí?… Bueno, pero usted no puede impedirle pensar —contestó Sue.

—¿Que no puedo? —repuso Scanlon con tono patentemente amenazador. Te asombrarías de saber lo que yo puedo hacer, muñequita. Puedo incluso cortarle la respiración.

Había oído ya más de lo suficiente y escuchando aquello, no experimentaba ningún placer. Tenía sensaciones parejas a las que

deben asaltar a un cadáver cuando un par de empleados de pompas fúnebres están discutiendo acerca de él.

Scanlon estaba en pie junto a mí, más cerca de lo que debiera haber estado, con su pistola barrenándome las costillas de mi lado derecho y mirando a Sue por encima de los hombros. Sus dos compinches se hallaban plantados a mi otro lado. Cara de Luna se apoyaba en la puerta. Las manos de los dos compadres estaban enfundadas en sus bolsillos, aunque, de hecho, se adivinaban en éstos las pistolas dispuestas.

Inesperadamente levanté con rapidez mi brazo izquierdo e hice saltar a distancia la pistola de Scanlon. Sin perder un segundo le martilleé el vientre con mi puño derecho, arrojándolo luego contra los dos guardaespaldas que obstruían la puerta de entrada.

Se produjo un confuso revuelo que duró muy poco. En ese instante cargué con mis hombros contra el grupo compacto de los tres y les hice bambolearse, arrojándolos lejos de la puerta, de la cual tiré con todas mis fuerzas para abrirla. Salí fuera de la pieza y detrás de mí pude oír claramente, al cruzar la sala principal del «Dancing Panther», una serie de gritos y ruidos de pies aporreando el suelo.

Para que el establecimiento rindiera mayores beneficios, la dirección del mismo había puesto las mesas tan juntas, que sólo los ágiles y culebrinos camareros sabían deslizarse por sus lados y andar entre ellas. Su distribución no está prevista en forma a permitir el paso apresurado de un hombre de mi corpulencia corriendo a todo correr. Las mesas salieren disparadas, los comensales fueron derribados de sus sillas y los manteles parecían enroscarse en torno a mis miembros de una manera misteriosa y perversa, como movidos por iniciativa propia, serpenteando por el suelo, tras de mí, y llevándose consigo toda una carga de cristalería, comidas y vajillas que, al caer producían un prolongado ruido de rotura y agudo tintineo. Precisamente para complicar todavía más las cosas, obstaculizando mi persecución, me detuve el tiempo suficiente para tumbar en mi furia, una mesa, dos sillas, una rubia y su asombrado novio; Scanlon juntamente con sus dos compinches, se estaban desembarazando ya de esa momentánea turbamulta, en el momento en que yo salía disparado, patinando sobre la pista de baile, pulida como un témpano de hielo.

Estaba tan distraído por ver, por encima de mis hombros, cómo se las arreglaban Scanlon y compañía, que no me di cuenta por dónde iba, hasta que di con mis espaldas de plano en el suelo, junto a una bailarina javanesa. Ésta exclamó indignada:

—Todos quieren tomar parte en la representación.

Luego, la bailarina se apresuró a desenredar uno de los flecos de su mantón de un botón de mi chaqueta, en medio de los aplausos de los espectadores que rodeaban la pista. Tiré al suelo a la javanesa, sin remilgos y me lancé a una carrera para alcanzar la salida; pero tropecé con la alfombra y esto dio otro giro a mis tratos con Scanlon, pues convirtió mi pelea privada con él, en una escapada pública. Un matón corpulento se plantó en jarras ante la puerta, cortándome el paso.

Corrí hacia él y, al pasar junto a la última mesa, me armé de una botella de vino que saqué de un cubo con hielo que estaba al lado de un cliente. Viéndome armado así, el matón sacó de su manga, dirigiéndome una mirada mortal, una cachiporra que blandió en forma amenazadora; pero yo, volteando rápidamente la botella con un ágil movimiento de mi brazo, la lancé contra él. La botella partió volando de mi mano y fué a chocar exactamente contra su boca. Sus ojos adquirieron un aspecto vitreo y cayó sin sentido de espaldas, en uno de los huecos de la puerta giratoria.

Entonces se me planteó un problema: la puerta no podía girar en modo alguno a causa del matón que yacía allí postrado y que impedía el movimiento con su voluminoso cuerpo. Le agarré por los tobillos y empecé a arrastrarle hacia fuera del hueco, pero en ese instante pude sentir el calorcillo del aliento de Scanlon sobre mi cogote o al menos me imaginé que lo sentía, lo cual no era mejor. De pronto me vino una inspiración y me puse a registrar el matón en busca de su pistola. Alguien debió oír mis plegarias en ese momento, pues descubrí el arma buscada en la pistolera que pendía debajo de su sobaco izquierdo. Me volví rápidamente y encaré la pistola hacia dentro embutiendo mis espaldas en el hueco triangular de la puerta. A la vista de mi «artillería» un pelotón de tipos que se habían agrupado, avanzando para agregarse a la trifulca, pusieron la retranca y retrocedieron manteniéndose al acecho, formando un semicírculo a una distancia respetable. Busqué a tientas en el suelo cerca de mí y topé de manos con el cuerpo del guardaespaldas

derribado.

Lo empujé hacia atrás haciendo añicos el cristal de la puerta giratoria que se negaba a girar.

—Quédense quietos donde están si no quieren que les pase algo —dije preparándome para hacer una rápida retirada de espaldas a la calle.

Habría sido más feliz si hubiese podido descubrir la presencia de Scanlon y sus gorilas amaestrados entre el grupo con el cual me enfrentaba, pero no me fué posible. En ese momento sentí que el matón me mordía. Todavía llevo hoy la marca de la cicatriz de la herida que me causó. El fiero mordisco junto con un ataque deprisa súbita que experimenté, hizo me levantara precipitadamente y me cayera de espaldas entre los cristales rotos de la puerta, blandiendo siempre mi pistola prestada contra el grupo del interior. Lo estuve haciendo sin dificultades ni estorbos, hasta que otra pistola incrustó su roma nariz en la base de mi espina dorsal. Oí la voz de Cara de Luna, aguda como un chirrido:

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa! ¡Le cortamos la retirada!

—Sí, la retirada —contestó el Pequeño, como si fuera su eco.

Después, un objeto duro y pesado golpeó mi cabeza provocándome la visión de multitud de chispas coloreadas danzando arriba y abajo y girando en torno cada vez más velozmente, hasta que todo el campo de mi visión se convirtió en un amasijo de círculos planetarios de luz coloreada; fué algo maravilloso de contemplar, durante los escasos segundos que duró, antes de que cerrara la obscuridad más absoluta.

Pero no me caí. Aun a través de las luces de color y la obscuridad que siguió luego, tuve consciencia de que estaba en posición vertical apoyado sobre mis pies, aunque no por mi propio y exclusivo esfuerzo. Manos poderosas agarraban mis brazos y me sostenían a plomo, disminuyendo la tensión de mis rodillas que sentía como dos colgajos magullados. Sentí, además, como mi pistola era separada suavemente de entre mis fláccidos dedos, siendo llevado luego a través de la acera, en tanto que mis piernas oscilaban como las de un maniquí inanimado. Se abrió una puerta y descendí sobre algo blando. Estaba sentado cómodamente y percibí un olor que me era familiar y que hacía sentirme como en mi casa. Traté de identificar dicho olor, pero no pude perturbado por el

hecho de haberme sumido en la inconsciencia.

Un poco más tarde pude hacerlo. Se trataba de ese olor mezcla de gasolina, aceite y cuero característica de los automóviles. No hay dos de ellos que presenten exactamente la misma mezcla y pude apercibirme de que estaba sentado dentro de mi propio coche.

Miltie Scanlon estaba sentado a mi lado, en uno de los asientos delanteros. Cara de Luna y el Pequeño, ocupaban los asientos de atrás. El Pequeño estaba inclinado hacia delante con los brazos perezosamente apoyados a lo largo del respaldo de mi asiento fingiendo —con miras a los transeúntes y policías— que estábamos en la pausa del supuesto diálogo que sosteníamos. Sólo para mis ojos era visible la pistola, que alojaba, bien oculta, en el ángulo de su brazo doblado y apuntando de manera que un apretón en el gatillo, hubiese mandado volando a la gloria, a mi oído izquierdo y también a mí mismo.

Scanlon tenía, igualmente, una pistola. Estaba cobijada en su regazo y la acariciaba cual si se tratara de un gatito con el que estuviese encariñado. Me imaginé que era, en efecto, un gatito que podía arañar en el caso en que yo me excitara.

Así pues, podía ver dos pistolas y no necesitaba ser un adivino para saber que Cara de Luna no asistía a esa jira sin haber traído consigo su equipo habitual.

Me dieron ganas de reírme. ¿Acaso no se trataba de la «despedida» usual, consagrada por la tradición y los métodos clásicos? En efecto, aquella jira no era otra cosa que el conocido «paseo». Con el pensamiento, deseé haber recibido un dólar por cada vez que había hecho un viaje «postrero» de ese tipo. Los granujas no aprenden nunca; lo sé porque tengo trato con muchos matarifes. Me acuerdo que la primera vez que pretendieron darme el «paseo», estaba tan enormemente asustado que tuve la sensación de que mi pellejo se iba a desprender de mi osamenta y se iba a encaminar hacia mi casa por su propia iniciativa. Hay que advertir que los chicos eran ladinos. Dar el paseo a un individuo metido en su propio coche, constituye el toque supremo del refinamiento en una técnica añeja. Pero estáis haciendo el primo, sin duda, pues las manos están demasiado ocupadas con el volante para entregarse a complicados juegos malabares y, al propio tiempo, proseguir la marcha a toda velocidad. Supone también una satisfacción para un

granuja hacer que un individuo conduzca su propio coche fúnebre hacia su propio funeral. La víctima sabe bien lo que está sucediendo, pero sus nervios no están entonados para gritar:

—¡Basta! No sigo más lejos.

Se limita a rodar hacia algún lugar donde reina la soledad obscura y tranquila. Se aparta del mundo y la gente como un chico bueno y dócil; se pone en pie contra un árbol y allí recibe en sus entrañas una buena carga de plomo. Éste es el camino que se corre supuestamente y ésta es la ruta que siguen nueve de cada diez individuos. Alucinado por el terror, el primo que está frente al volante, ofrece todas las facilidades para su propio asesinato. Pero yo formaba parte del uno, de cada diez. Y entonces, ambicionaba salir con vida de aquélla y por esto me daban ganas de reír.

—¿Cómo se encuentra usted? —preguntó Scanlon.

Levanté la cabeza con lentitud, como si me pesara una tonelada y pasé la mano por mis ojos.

—Bien, me supongo —contesté.

—¿Lo suficiente para conducir?

—Así lo creo.

—Pues agarre el volante.

Moví mis manos tardas y vacilantes hacia los controles, como si el golpe violento que había recibido me fastidiara más de lo que en realidad lo hacía.

Como si estuviera enajenado, me hice cargo del coche apartándolo del bordillo de la acera. Con mi rodilla izquierda, sentí el duro bulto de la pistola automática 32 amartillada, que solía guardar en la bolsa del lado derecho del asiento del conductor.

—¿Hacia dónde debo dirigirme? —pregunté.

—Siga adelante, sin más —dijo Scanlon con voz opaca—. Ya le diré cuándo tiene que virar.

Así empezó el viaje. El último viaje, como le llaman los granujas. O también la marcha fúnebre, o, aún, una visita al paredón. Tienen una variedad delicadísima de nombres para designarlo, pero para el desdichado que está detrás del volante uno y otros equivalen a la misma cosa: una pesadilla, serpeante y escurridiza, de un viaje en coche acompañado de un pasajero extra: el «Ángel Malo».

La víctima conduce despacio, muy despacio, alargando los

segundos que ha dejado ya en la tierra y esperando acaso vivir un minuto más, aunque ese minuto no transcurra en un ambiente de broma.

Baja el cristal de la ventanilla, dándole a la manivela, porque está sudando y luego, gira en sentido contrario subiéndolo, porque se estremece de frío. Pide un cigarrillo, pero no se aventura a cogerlo porque sus manos están temblando hasta tal punto, que sabe perfectamente que jamás lograría colocarlo entre sus labios y que si lo consiguiera, el pitillo no podría permanecer allí ni un segundo a causa de la forma en que se crispa la boca, moviéndose convulsivamente, lo mismo que el resto de los músculos de su cara.

Ve un policía en la esquina e implora al cielo que detenga el coche para pedirle al conductor su licencia o se de cuenta del brillo de una pistola en el interior, pero precisamente al llegar el auto a la altura del guardia, éste se vuelve de espaldas para decirle la hora a cualquier peatón.

No logra comprender por qué todo el mundo ignora que se le está llevando a dar el «paseo»; el terror de lo íntimo de sí mismo es tan enorme que tiene la sensación de que no cabe dentro de los estrechos límites de su cuerpo. Tendría que mandar ondas semejantes a las de los mensajes

S. O. S.

Su corazón late tan violentamente que debería ser oído desde los cuatro extremos de la ciudad.

El granuja que empuña la pistola, le dice dónde debe virar y él vira, con mansa obediencia, aunque ellos, lo sabe, lo llevan a su tumba particular y él rueda cerca de la acera de manera que cada vez lo hace más lentamente. Cuando procede así el granuja de la pistola, se ríe de ver cómo va de asustada la víctima; se ríe diabólicamente al ver como el sudor se le escurre ondulante por la cara y convierte su cuello en un guiñapo hediondo; y se ríe también cuando el condenado mueve torpemente las palancas de mando y se demora ante las señales del tráfico, porque adivina que aquél está ahorrando un minuto o acaso dos, en esa carrera, por más que de hecho ya está muerto desde hace rato.

Así me ocurrió a mí, la primera vez que hice un viaje parecido, y en lo que se refiere a Scanlon y a sus muchachos, ese viaje era también el primero. Yo pasaba delante de las señales del tráfico,

pero no las advertía porque la pistola 32 amartillada, es un buen camarada. Precisamente la había engrasado la última semana y sabía que si alguien iba a morir al término de ese paseo especial, no iba a ser yo precisamente.

—Pare —dijo Scanlon.

Habíamos llegado ya. Era un lugar delicioso para una jira campestre. Árboles y maleza compacta. Además el agua encharcada de los canalizos, brillando con tonos de verde limo en la espesura del bosque. Detuve el motor y fui sacudido por el efecto de la parada. Dejé caer mis manos péndulas, hacia los lados y mi cabeza se inclinó hacia adelanté, como si estuviese abatido y medio muerto sólo de pensar lo que me esperaba. Scanlon se rió de nuevo, pero no se habría reído tanto si hubiese sabido que en ese momento, mi mano agarraba la funda de mi 32.

CAPÍTULO IX

—Apéese —exclamó Scanlon.

Paseó lentamente su mirada desdeñosa desde mi rostro bañado en sudor hasta mis rodillas magulladas y luego, para hacer patente su desprecio, se volvió de espaldas, alargando la mano para alcanzar la empuñadura de la portezuela de su lado.

Aquello fué su error máximo… y su último error. Con mi mano izquierda, abrí la portezuela de mi lado y cuando salté sobre el pavimento de la carretera, disparé sobre Scanlon en la espina dorsal.

Sus pies estaban en el césped. Llevó sus dos manos hacia atrás, sobre su espalda, y arqueó el espinazo en una súbita contorsión agónica y grotesca al propio tiempo, como la de un individuo aquejado de pronto de un pinchazo en el lumbago. Se mantuvo de pie así, todavía un segundo, tenso como la cuerda de un arco y en equilibrio de bailarina, para caer muerto inmediatamente después.

No me entretuve en contemplar su agonía. Me ocupé enseguida de los otros dos compinches. La portezuela del otro lado se abrió de golpe y Cara de Luna descargó su pistola que desprendió un breve fogonazo. Yo ofrecía un blanco difícil, tumbado, como estaba, en la cuneta, casi por debajo del nivel de la calzada. En cambio Cara de Luna era demasiado corpulento para que se pudiera fallar el tiro. Disparé contra él, primero en el vientre y luego en el corazón.

Mi preocupación era el Pequeño. Se había deslizado por la portezuela y se encontraba, quién sabe dónde; pero en alguna parte, sobre el césped que se extendía del otro lado del coche. Yo estaba entonces tumbado de plano sobre el pavimento de la carretera y atisbé por debajo del vehículo. Por poco me echo a reír ruidosamente, al ver sus agudos zapatos saltando por aquel trozo de

terreno, como si tratara de decidir desde dónde debía atacarme.

Apunté cuidadosamente y disparé un tiro en su tobillo derecho. Amigos míos que han sido heridos de bala en el tobillo, me han contado algo del dolor endemoniado que esto produce. Sólo los que han sido heridos en la rodilla pueden hablar de un dolor más agudo.

El aullido que lanzó el Pequeño, pareció confirmarme que en el arte de la precaución pertenecía al grupo de los principiantes. Me levanté con toda rapidez mientras él danzaba gimiendo sobre un pie pidiendo desesperadamente un misericordioso remate. Le vi claramente a través de las ventanillas del coche y contesté a su petición con el envío de una onza de plomo caliente que, como las cosas que él aprendía en la escuela dominical, le entró por un oído y le salió por el otro.

En un claro inmediato, hice una rápida maniobra con el coche para darle la vuelta, y salí con dirección a la ciudad, dejando atrás los tres cadáveres en el camino, y sintiéndome como debió sentirse Wellington a su regreso de Waterloo, o cosa por el estilo. Me alegré que obscureciera ya, pues ello me evitaría invertir un tiempo precioso contestando a preguntas sobre los impactos que presentaban las ventanas de mi coche.

Me detuve en un callejón sin salida donde había un garaje cuyo propietario recibió favores míos en dos o tres ocasiones y al que ahora, en reciprocidad le pedí un favor para mí: nuevas ventanas para mi coche, que debían estar listas y puestas durante la noche y el préstamo de otro buen coche, para utilizarlo hasta la mañana siguiente. Ambas peticiones fueron admitidas y su realización garantizada de muy buena gana, de manera que, a poco, seguía mi camino rodando de nuevo hasta la residencia de Webster.

Al subir por el camino de coches de la casa del coronel Webster, todas las ventanas estaban a obscuras, pero centelleaba una luz en el *hall* cuando frené ante la puerta de la fachada cascando con la goma de los neumáticos, la gravilla del suelo.

Subí las escaleras y la puerta se abrió ante mí antes de que pudiera llamar.

Dish Webster estaba allí de pie, en el umbral. La luz que ardía dentro, en el *hall*, y detrás de ella, envolvía como en un halo su pijama de verano y la bata de seda que llevaba. Su cabello estaba mullido y su rostro parecía más suave y sedoso que nunca, libre

como estaba de todo rastro de maquillaje.

—¡Hola! —dijo—. Me imaginé que volverías.

—¿Y por este motivo has abierto tú misma la puerta? —pregunté.

Dish afirmó cándidamente con la cabeza.

—Entra —exclamó dejándome paso.

Atravesé el umbral y, al no haberme dejado espació suficientemente holgado, pasé rozando sus ropas y percibí el aroma fresco y suave de su piel.

Ella encaminó sus pasos hacia el diván, haciendo girar, de paso, un conmutador, que estaba sobre la jamba de la puerta. Se encendieron algunas lámparas, entre ellas una que estaba sobre la mesa obscura. La pieza quedó sumida en una penumbra tenue, que prestaba a la sala luz y calor de intimidad.

—¿Quieres beber algo? —preguntó dirigiéndose hacia el mueble-bar.

—Dame sólo un poco de *whisky* —contesté.

Me sirvió la bebida y para ella se compuso un combinado de color verde. Estoy seguro que habría preferido una soda de helado a la crema.

Se sentó en el sofá y, al hacerlo, dejó a su lado un hueco. Me hizo una indicación, invitándome con el gesto a que me sentara allí, a su vera. No me di por aludido y me acomodé en una holgada butaca de brazos que estaba sobre una alfombrilla, cerca del diván, donde se sentaba la joven.

—Dish —le dije— te debo una explicación.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, ensayando una mirada ambigua por encima del borde de su vaso.

—Tuve la convicción errónea de que tú habías matado a Jeff y que consentías que tu padre parara el golpe —contesté—. Anoche descubrí que no estaba en lo cierto.

—He aquí una buena noticia —dijo Dish radiante—. Ahora dejarás de mirarme como si fuera un mal bicho rastrero que ha salido de debajo de un tronco podrido.

Se levantó acercándose donde yo estaba sentado. Se sentó, a su vez, sobre el brazo de mi butaca, apoyando una de sus manos sobre mi hombro.

Una lámpara de mesa brillaba tras ella y su luz arrancaba

reflejos suaves a la seda de la bata que llevaba puesta. Su actitud era equívoca y confusa. No sabía a qué atenerme, ni tampoco acertaba a descubrir lo que ella se proponía.

Bebí un trago de *whisky* y le dije:

—Todavía tienes algo de esto que dices.

Dió un respingo como si el oír mis palabras le hubiese hecho el efecto de un bofetón, aunque no muy fuerte.

—Tú —proseguí— no asesinaste a Jeff Leary, pero sigues resignándote a que tu papá pare el golpe.

—Yo no hago tal cosa —dijo ella.

—Pues si no lo haces tú, nadie lo hace —repuse—. Oye corazoncito, a mí nadie me ha dado vela en este entierro. El coronel es ya mayorcito y tiene la edad suficiente para saber lo que se hace. Si él desea cargar con las consecuencias del crimen, esto es cosa suya; pero para mí satisfacción personal quisiera saber por qué bajaste ayer noche a la piscina. Estoy sumamente interesado en oír de ti una explicación de los hechos y ver si éstos cuadran con mis presunciones. ¿Qué puedes decirme sobre ese tema para mi información personal, muñequita? En mis ropas no llevo escondido ningún policía armado de carnet para notas taquigráficas. Puedes pues hablar libremente, decir cuanto desees y luego olvidarte de todo ello.

Dish se mordió el extremo de su dedo pulgar, como si estuviese meditando sobre algo. Yo había dado a mis palabras un tono en extremo cariñoso, confidencial incluso, a fin de darle ánimos. Me proponía sacarle algún dato para mi orientación. Pero ella, tal vez temiendo algo de mí, adoptó una extraña actitud de seducción premiosa, tal vez para ganarse mi discreción.

De pronto, se incorporó un tanto y dejó luego resbalar su cuerpo sobre mí, quedándose sentada en mis rodillas.

—Bésame, Ricky —dijo impulsivamente.

No quise seguir por ese camino, pues estaba decidido a ir a lo mío sin vacilaciones.

—Estás cambiando de tema —exclamé con severidad.

No me hizo caso. Me acarició el cabello, mirándome a los ojos sonriente, como dando a entender que mi cara seria no le causaba ninguna inquietud. Acercó su boca a la mía y me besó. Aparté mi cabeza e insistí en recordarle lo que yo pretendía de ella:

—La versión de los hechos —dije.

Dish exhaló un suspiro, desanudó sus brazos de mi cuello y reclinó su cabeza sobre mi hombro. Con la mirada vaga dirigida hacia el centro de la pieza exclamó:

—Fué algo horrible. Tan horrible que jamás lo olvidaré mientras viva. Después de mudarnos de ropa, me deslicé en la caseta de Jeff para… hablarle.

—¿Y creíste poderle hablar más cómodamente en traje de baño? —le pregunté con tono descortés.

Tengo la idea de que se sonrojó. Mas era imposible de apreciarlo con seguridad en la media luz que reinaba en la habitación.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Al no contestar yo, ella prosiguió su relato.

—Jeff y yo estábamos enamorados… y creo que esto justifica lo que a ti te admira. ¿No te parece?

Me encogí de hombros. Después de todo ¿quién era yo para adoptar posturas de moralizador con respeto a su conducta?

—Me besó —siguió Dish—. Estaba en sus brazos, Ricky cuando sentí que un temblor espantoso corría por todo su cuerpo, endureciéndose su rostro en una contracción dolorosa. Él estaba en pie y apoyado de espaldas en la pared del fondo de la caseta. Me soltó y apenas retrocedí un paso, vi como se deslizaba flácidamente, cayéndose al suelo, con los ojos enormemente abiertos y mirándome con fijeza. Creo que ya estaba muerto antes de caerse del todo. Me arrodillé a su lado y me di cuenta que debía evitar hacer cualquier ruido. Creo que el único que debió de haberse oído fué el gemido terrible y breve que se escapó de los labios de Jeff. Tiré de él a fin de volverle de cara al suelo y agarré con fuerza, sacándolo, el cuchillo que tenía clavado en la espalda. No me había dado cuenta de que estaba muerto y se me ocurrió la idea de que para salvarle, importaba mucho arrancarle el cuchillo. Y así lo hice, si bien fué algo tétrico de llevar a cabo. Al tirar del arma noté como si su hoja rozara con algún hueso, produciéndose además una especie de horripilante succión…

Dish se estremeció, ocultando su rostro en mi hombro. Le di unas palmaditas suaves en la espalda acariciándola suavemente, a la vez que mi mano derecha hacía lo propio con su cabeza abatida.

Yo trataba de consolarla diciéndole que ya todo había pasado.

—A partir de aquí, puedo continuar yo el relato, pequeña —le dije—. Levantaste la vista y te diste cuenta de que Sue estaba en el umbral de la caseta. Tú estabas abrumada, fuera de ti; y la dejaste hacer. Le permitiste que te quitara el cuchillo, que lo apartara lejos de allí y que lo escondiera. Y tú hiciste lo que ella te dijo que hicieras: salir a la piscina como si nada hubiese ocurrido.

Dish levantó la cabeza confirmando lo dicho por mí. Sus ojos azules estaban inundados de lágrimas.

—Es cierto —dijo.

—Y más tarde —proseguí para concluir—, te advirtió que guardases silencio sobre la totalidad de lo sucedido, puesto que tus huellas digitales estaban todavía sobre el mango del cuchillo y que, por tanto, para ella u otro cualquiera, eras tú quien había clavado el cuchillo en la espalda de Leary.

Dish asintió, una vez más, sacudiendo la cabeza.

Cogiéndola del talle la levanté del brazo de mi butaca donde había permanecido sentada. Me dirigí al mueble-bar para echar otro trago de *whisky* y me volví de nuevo hacia Dish:

—Y Sue. ¿Te ha dado ya algún mordisco? —pregunté.

—Sí —contestó Dish—. Le di trescientos dólares. No lo juzgó una cantidad suficiente. Pero conseguiré más dinero de mi propiedad, cuando cumpla los veintiún años. Sospecho que Sue me va a chupar la sangre cuando llegue ese momento.

—Esto es un pacto repugnante —le dije—. Ahora pagas rascándote los bolsillos, esperando que muy pronto te desprendas de todo para pagar el silencio de una mujer sobre tu participación en un asesinato del cual no eres responsable… Y, mientras, tu padre está cargando con las culpas del crimen.

Con el pulgar en la boca, Dish estaba confusa por lo que yo acababa de decirle.

—Sí —exclamó— es verdad. Es bochornoso.

—Es algo más que bochornoso —dije—. Lo que tú hagas con tu dinero, es un asunto completa y exclusivamente tuyo. Pero una palabra tuya a la policía, podría sacar a tu padre del trance que está pasando por su propia iniciativa, claro. ¿No crees que debes pronunciar esa palabra en favor de tu padre, puesto que él lo hace en beneficio tuyo, más que por otra cosa?

—Acabas de decirme que nadie te ha dado vela en este entierro

—me recordó Dish—. Me dijiste también que lo que hizo mi padre es cosa suya. Debo suponer que perseverarás en esta actitud. ¿Qué clase de escapatoria tendría yo, si le contara a la policía el relato que acabo de contarte a ti? A la policía le bastaría con descubrir mis huellas digitales en el mango del cuchillo homicida y yo estaría irremisiblemente perdida. En cuanto a papá, tiene que morirse de todas maneras y es improbable que la policía pueda efectuar la prueba. Yo soy joven y tengo que vivir toda una vida. ¿Por qué tengo que cometer un error imperdonable? Si hay alguien que deba aguantar el golpe quien mejor puede hacerlo es mi padre.

Miré a Dish reflexionado y le dije:

—Eres una mujercita perversa con un corazón muy duro. ¿No lo crees así?

—No, no lo soy —dijo encendida de indignación—. No es esto; es que soy joven. Me siento llena de vida y quiero seguir viviendo… ¡mírame! ¿Prefieres verme así, con mi juventud cara a la vida o sujeta a los brazos de la silla eléctrica? ¿Acaso no tiene que haber un poco de juventud y alegría en el mundo? ¿No valgo yo acaso más, que una docena de viejos?

Algo quise decirle acerca del esplendor del nombre de un anciano como de cosa de mayor valor que una docena de chicas jóvenes y hermosas; pero yo sabía que no podría expresar mis pensamientos con palabras que estuviesen al alcance de su inteligencia.

Empezaba a sentirme harto de todo este maldito asunto y me dispuse a salir.

Hice un movimiento hacia la puerta y Dish seguía en pie, ante mí, como si quisiera conminarme con el hechizo de sus encantos a declararme en favor de la juventud y la belleza y en contra del honor de la ancianidad.

—No me odies —me dijo en tono de súplica—. Tú lo sabes… lo comprendes. No luches contra ello.

Di un paso y otro hacia la puerta y ella se adelantó a mí, poniéndose de espaldas a la salida, obstruyéndome el paso, al tiempo que apagaba todas las luces.

—Esto no te hará ningún bien, Dish —le dije.

Avancé a obscuras, con las manos tentando el aire. Al llegar junto a la puerta, rocé con mis dedos la seda de la bata de Dish.

Tuve que deshacerme de ella a la fuerza. La empujé a un lado rudamente para abrirme paso. Por lo visto, Dish dió contra una mesilla que perdiendo el equilibrio, dió en tierra, chocando secamente contra el piso.

Sin perder momento, abrí la puerta y salí, cerrándola de golpe con gran estrépito. Ya fuera, pude oír todavía la voz de Dish llamándome por mi nombre.

CAPÍTULO X

Al atravesar el «*hall*», una cara roja y colérica apareció junto a la baranda, en lo alto de la escalera. Su cabello había sido cortado tan corto, y era tan parecido a un rastrojo extraordinariamente tupido, que el conjunto semejaba un coco con la pelambre revuelta. La cabeza estaba sentada sobre un cuello de toro que se erguía sobre dos anchos hombros y un pecho amplio y robusto cubierto de vello negro y tapado, sólo a medias, por una camiseta liviana.

—¿Qué es lo que pasa ahí abajo? —gritó la cara de allá arriba.

Pensé en Dish a quien había dejado acaso tendida en el suelo, en la obscuridad de la habitación que acababa de abandonar y temiendo que pudiese recurrir a alguna otra estratagema, contesté gritando a mi vez.

—Nada, compañero. No se preocupe. No baje usted que ya subo yo.

Trepé escaleras arriba y en el rellano me encontré cara a cara con el dueño de aquel rostro enrojecido. Vestía pantalones azules con los tirantes anudados en torno a la cintura. Detrás de él y en la parte exterior de la puerta del dormitorio del coronel, había, obstruyendo la entrada, una camilla de servicio. La manta estaba arrugada y en el suelo, al lado de la camilla, cuidadosamente doblados, había una camisa de la policía, corbata, gabán y gorra. En el jabalcón de la cabecera de la camilla y puesto en cabestrillo el correaje, colgaba una pistolera vacía. La pistola del policía estaba metida en un amplio guante afelpado.

Todos los policías de Nueva Orleáns me conocen. Por mis pecados y por los suyos. Sus ojos se entornaron cuando me acerqué a él.

—Drayton —gruñó—. ¿Qué hace usted aquí a estas horas de la

noche?

—Soy un antiguo amigo de la familia, Clancy —le contesté.

—¿Y cómo ha entrado? ¿Por la ventana?

—Buen perro de guarda está usted hecho —exclamó en tono de burla—. Si no hubiese usted estado roncando tan ruidosamente, habría oído a la señorita Dish cómo bajaba a abrirme la puerta.

—Bien; pues ahora ya está usted largándose por donde ha venido —refunfuñó.

—Cálmese, cálmese, Clancy —dije—. Aunque esté usted vigilando al coronel Webster, esto es todavía una casa particular y no el cuartel central de la policía.

En ese momento se abrió la puerta del dormitorio del coronel y Amanda salió al descansillo. Recordé que desde su dormitorio tenía acceso al de su padre y que la puerta de comunicación no se cerraba con llave mientras duraba la enfermedad del viejo, de manera que pudiera prestarle asistencia durante el tiempo que necesitase de algún cuidado.

—Ha despertado usted a mi padre —dijo a Clancy con tono de reconvención.

Y, luego, sonriente, se dirigió a mí:

—¡Hola, Ricky!

Correspondí a su saludo, sonriéndole a mi vez. Ella vestía una bata de noche de seda azul celeste.

—Si está despierto —dije— me gustaría hablar con él.

Vaciló un instante y añadí:

—Es importante, Amanda.

—¡Sea! —dijo—. Pero no le excites ni alargues demasiado la conversación.

Clancy no estaba en tan buena disposición.

—No se admiten visitantes —dijo.

—Esto no forma parte de las órdenes que ha recibido usted —le recordé—. El coronel no ha sido acusado oficialmente. En todo caso, está usted en esta casa porque se consiente su presencia aquí.

Estaba en una posición falsa y lo reconoció al decirme:

—Entre, pero no se entretenga mucho.

Amanda abrió la puerta y pasando por encima de la camilla de servicio, la seguí al interior de la habitación.

Una lámpara de pared al lado de la cama, proyectaba una pálida

lámina de luz sobre la almohada llena de arrugas y entre éstas se podía ver, apoyada, la cabeza del coronel Webster. Parecía estar aun peor que la noche antes. El fuego que ardía en su interior y que seguía brillando a través de sus ojos, parecía haberle quemado hasta convertirle en una cáscara hueca de tegumento fruncido y quebradizo.

—¡Hola, hijo! —cacareó cuando me acercaba.

Sus ojos me siguieron hasta que estuve sentado en una silla al lado de la cama.

—Puede usted abandonar su juego, coronel —le dije—. Me sé de memoria que cree usted proteger a Dish con su actitud, pero acabo de descubrir algo.

Su mano gris y cadavérica hizo un movimiento casi imperceptible por encima de la colcha.

—Sé de qué se trata —murmuró—. Ha descubierto usted que no lo ha hecho Dish.

Le miré a los ojos con aire confuso.

—Pero si usted sabe esto ¿cómo se explica que no diga usted nada?

—Esta mañana temprano tuve otra visita —dijo el coronel—. Sue Taylor vino a verme. Fué ella quien mató a Leary, pero tiene las cosas amañadas en forma tal, que mi hija aparece como culpable. Puede hacer detener a Dish en cuanto se lo proponga. Le estoy pagando dinero para comprar su silencio y que deje a la policía crea que yo soy el asesino. Y ahora, por favor, no me incomode más.

Sus párpados casi transparentes se cerraron sobre sus ojos encendidos y sus descarnados labios aletearon como papeles al impulso de su respiración. Busqué con los ojos a Amanda con una mirada circular en torno. Se había marchado y la puerta de comunicación con su dormitorio estaba abierta.

Entré y pude darme cuenta que Amanda se había vuelto a meter en la cama. La ropa le tapaba pudorosamente hasta la barbilla.

—He oído la conversación, Ricky —dijo—. Mi padre tiene razón. Deberías dejar que lleve las cosas por el camino que ha emprendido.

No pude aceptar la idea expuesta por ella. Eran muchos los que me habían dicho que el coronel llevaba razón, pero yo seguía creyendo que no era así. El carácter irónico de los hechos en su conjunto (el asesino real y efectivo recibiendo dinero de un hombre

inocente a fin de que éste se acusara a sí mismo para encubrir a una tercera persona igualmente inocente) era algo que me hacía reír o que provocaba mi indignación, o, tal vez, ambas cosas a la vez. Opté por comunicarle a Amanda lo que yo estaba pensando acerca del asunto y ella me acogió con una sonrisa amistosa.

—Ya sé que es algo duro de aceptar, Ricky —me dijo—. Pero éste es el camino que él ha escogido. El doctor dice que no vivirá más allá de una o dos semanas. Cuando haya fallecido podremos arreglar las cosas entre nosotros; pero, por el momento, y para lo que tiene que vivir, dejemos que se cumpla su voluntad.

—Creo que no dejas de tener razón; pero mis sentimientos no están de acuerdo con esto.

Amanda sacó uno de sus brazos de debajo del cobertor y me alargó la mano estrechando una de las mías:

—No dudes en absoluto de que tengo razón —dijo.

Le contesté al apretón de manos con uno de mi parte e iba a despedirme:

—¡Buenas noches, Amanda! —dije.

Quise retirar mi mano, pero ella la retuvo bajo la presión de la suya.

Vacilé un instante, desorientado por el sentido enigmático de su gesto. ¿Qué podía querer? ¿Por qué pretendía retenerme?

—Ricky, —dijo—. No te veo muy tranquilo. ¿Qué te pasa?

—Pasarme, nada…

Me miró sonriente a los ojos. Mas en los suyos no vi reflejada la fingida expresión de sus labios pálidos. Algo me advertía que en su cerebro se forjaba algo que no sabía encontrar palabras adecuadas para exteriorizarse claramente.

—Ya te he dicho —murmuró, por fin— que me parece muy duro, efectivamente, dejar que papá se acuse a sí mismo de la muerte de Jeff. Tan duro, que me temo que tienes por ello una especie de remordimiento de conciencia que no acabas de manifestar de una manera franca y sin paliativos…

—Estás en lo cierto, Amanda.

—No me interrumpas, por favor, Ricky —repuso ella—. Ya te he dicho cuál es mi actitud. Papá tiene sus razones para callarse y dejar las cosas como están. Y tal vez las razones que tiene no sean las que tú y yo nos figuramos.

—¿Tú crees? —pregunté, sin entender con exactitud lo que pretendía insinuar.

—Tal vez a quien cree encubrir papá no es a una persona inocente…

—Pero ¡por Dios! No digas esto.

—Lo digo, no como cosa de que esté absolutamente cierta, sino como mera sospecha.

—Habla con claridad, Amanda. Tú crees que Dish es culpable. ¿No es esto?

—No lo creo. No puedo creer que lo sea, pero puedo sospecharlo. Y lo mismo de Sue. Tampoco a ésta la excluyo de la posibilidad de que sea ella quien mató a Jeff. Por esto creo que hay que dejar las cosas como están. Después, cuando mi padre haya muerto, ya veremos de saber más cosas y arreglarlo todo entre nosotros y reivindicar, si es preciso, el honor de papá.

—Tengo mis dudas sobre todo esto. De lo que no las tengo ya es de que Sue sea quien mató a Jeff, pero, desgraciadamente, todas las circunstancias parecen acusar, por ahora a Dish. De esta forma, y tal como se han producido los acontecimientos Sue tiene la sartén por el mango y es, aparentemente, el árbitro de la situación. Pero no me parece bien dejar las cosas como están; tu padre pasando por un asesino oficialmente, Sue aprovechándose de su situación y ejerciendo un chantaje indecoroso cerca de tu padre y cerca de Dish, que es, a mi entender, absolutamente inocente.

Al terminar me levanté para marcharme.

—No precipites nada, Rick —me dijo Amanda al despedirse.

—Veré de hacerlo, Amanda. Hasta la vista.

CAPÍTULO XI

Salí. Eran las seis de la mañana y, al pasar por el *hall*, pude oír los ronquidos de Clancy, que dormía a pierna suelta en su camilla de servicio, frente a la puerta del dormitorio del coronel.

Me dirigí en el coche prestado hacia el garaje donde debían haber reparado ya los desperfectos del mío. Al llegar dejé el auto estacionado en una pista en forma de media luna para la maniobra, que estaba situada enfrente del garaje. Me apeé y me dirigí al taller, penetrando por una puertecita, que me obligó a agacharme y que permanecía abierta cuando estaba cerrada la gran puerta de dos batientes de la entrada principal.

El suelo del garaje estaba manchado de grasa. Había cuatro o cinco coches en grados distintos de reparación. Los cilindros compresores de aire estaban con los émbolos levantados, al lado de la banqueta de las herramientas. Todo presentaba un aspecto desordenado, y el local estaba sumido en un profundo silencio. El pequeño escritorio estaba a obscuras.

Una vez que hube pasado por debajo de la mancha de luz de una lámpara que iluminaba débilmente el conjunto, percibí en un extremo del local la forma obscura del propietario del garaje metida en su blanca blusa de trabajo completamente manchada de grasa.

—¡Eh, Mac! —exclamé—. ¿Está eso arreglado?

—Sí, Ricky. Ya está listo lo de usted —contestó.

Su voz sonaba a opaca y cansada. Volvió la cabeza como si no quisiera encontrarse con la mirada de mis ojos.

En ese momento sonó una voz detrás de mí, con duro acento:

—¡Manos arriba, Drayton!

Y al propio tiempo un policía uniformado empuñando una pistola salió de detrás de mi descapotable. Levanté las manos como

se me había ordenado y miré por encima del hombro. El individuo que había detrás de mí era otro policía y ambos pertenecían a la brigadilla de lo criminal al mando del capitán
O'Rourke.

—¿Y cuál es el motivo? —pregunté, aunque sabía de antemano de sobra cuál era la causa de mi detención.

—Tres cadáveres en la carretera 17 —dijo entre dientes el primero de los policías—. Ésta es la causa. Huellas de neumático en la hierba del borde de la carretera. Estuvimos molestando todos los garajes de la ciudad, esta noche pasada. Su coche presenta impactos de bala en las ventanas y manchas de sangre en los neumáticos delanteros. El jefe desea hablar con usted.

—Es natural —dije—. ¿Quieren ustedes esposarme ahora o más tarde? —pregunté, presentando mis manos juntas.

—Más tarde, me parece —contestó el otro policía—. Como ya hemos andado mucho la noche pasada, usted nos llevará en su auto hasta el cuartelillo central de policía.

Hice lo que me mandaban. El paseo no fué nada agradable. Había una razón: mi pistola 32 no acusaba su presencia en la bolsa lateral de la portezuela del volante, presionando con dureza sobre mi rodilla izquierda. Y tampoco estaba ya en mi bolsillo, donde la había metido al dejar, la noche antes, el auto en el garaje; los policías se habían encargado de ella. Uno de éstos estaba sentado a mi lado y su pistola estuvo en todo momento muy cerca de mis costillas. El otro iba sentado en la parte de atrás fumando un cigarro que apestaba con su olor.

Detuve el coche frente al edificio del cuartel general de policía y el primero de los guardias, desde la puerta trasera, me tiró con fuerza del cuello de la camisa y me obligó a saltar a la acera, de manera tan brutal que tropecé con el bordillo. Por pura casualidad, me encontré, al caer hacia adelante, que mi boca estaba al nivel de las rodillas del otro guardia y ocurrió también por mera casualidad, que el primer guardia que me había arrojado sobre la acera, me pisó los dedos con su enorme pie, cuando yo me estaba incorporando.

—Le rogamos que se muestre usted dócil y quiera colaborar, cuando vea usted a nuestro jefe —me dijo este último en tono de fingida afabilidad.

Tuve que hacer esfuerzos inauditos para contenerme y no enzarzarme con los guardias en una ruidosa discusión acerca de la grosería con que era tratado. Y lo hice porque de haber escandalizado, precisamente allí, ante las escaleras del Cuartel General, hubiese atraído sobre mí las iras del departamento entero de la policía, lo cual era naturalmente superior a mis pobres fuerzas.

Dejé que me llevaran a empujones escaleras arriba y a lo largo de los malolientes pasillos de la casa, hasta llegar al departamento del capitán O'Rourke, ante cuya puerta respiré con alivio.

Uno de los policías que me acompañaban, llamó con los nudillos de los dedos.

—Aquí está Drayton —anunció.

Dentro resonó la voz áspera del capitán contestando a la llamada:

—Adelante.

El otro guardia, después de abrir la puerta, me introdujo de un fuerte empellón, encontrándome, de pronto en el pequeño y austero despacho del capitán O'Rourke, de la brigada criminal.

—Descúbrase usted —gruñó uno de los policías que me habían conducido allí. Levanté la mano para obedecer la orden recibida, pero por lo visto al parecer del policía, no fui lo suficientemente rápido en la obediencia ya que recibí de él un tremendo manotazo que, además de mandar mi sombrero a un rincón de la pieza, me dió en la cabeza un buen golpe.

—O'Rourke —dije con toda la calma que pude— dígales a ese par de monos que si me juegan otra de sus estúpidas pasadas, voy a pegarles aunque sea esto la última cosa que haga en mi vida.

El capitán miró con cierta severidad a sus subordinados. Luego esbozó una sonrisa fugaz:

—Bueno muchachos, ya basta —dijo en tono suave y apacible—. Ya podéis retiraros.

Uno de los guardias sacó de su bolsillo mi pistola ciudadosamente envuelta en un pañuelo blanco y la depositó encima de la mesa del despacho ante la cual estaba sentado el capitán:

—Llevaba esto encima cuando le detuvimos. El arma ha sido disparada recientemente.

—Perfectamente, muchachos —dijo O'Rourke.

Los guardias se marcharon dejándonos solos. Entonces el capitán se dirigió a mí:

—No vaya a creer que he hecho salir a estos muchachos por causa de sus amenazas, ni mucho menos, Drayton —dijo—. Lo hice sencillamente, porque deseaba hablar con usted a solas.

Desenvolvió la pistola, desdoblando el pañuelo que tenía arrollado y después de abrirlo, aplicó sus narices en el cañón oliendo característicamente:

—Ha sido disparado no hace mucho —dijo—. Seis cápsulas vacías. Y el cirujano policial dijo que los cadáveres de la carretera fueron heridos con balas del 32. Deme usted una explicación a estos hechos, usted que se pasa de listo.

—Yo fui, en efecto quien disparó esta pistola —dije—. Y lo hice matando a Scanlon y a sus dos guardaespaldas.

Busqué despacio en el bolsillo de mi chaqueta y saqué mi pitillera y ofrecí un cigarrillo al capitán. Éste denegó con la cabeza:

—No, gracias —dijo.

Yo encendí entonces un cigarrillo para mí y me quedé mirándole.

—Entonces —dijo—, usted confiesa de plano.

—Desde luego.

—Debo entender que asesinó usted a tres hombres.

—Cierto. Pero en defensa propia —repliqué.

—¿Sí?

—Todos ellos iban armados con pistolas ¿sabe? Supongo que las encontrarían. Se me llevaron a la fuerza para darme el «paseo».

O'Rourke me miró con fijeza, mientras masticaba con calma con sus robustas quijadas un chiclé de goma. Luego me preguntó con acento de incredulidad:

—¿Y por qué hicieron tal cosa?

Comprendí lo capcioso de la pregunta y estuve a punto de caer en la trampa que me tendía como un gaznápiro, sin reparar en nada.

—Pues… supongo que porque no les gustaría mi cara —dije.

—Bien, pues o me cuenta usted otro cuento mejor o tendré que encartarle como presunto homicida.

—No es posible que hable usted en serio, capitán —exclamé.

—No saque a relucir los privilegios de su profesión —replicó el capitán—. Yo estimo la Prensa, Drayton. Tengo la idea firme de que se trata de una institución admirable —añadió—. Pero debo confesarle que me fastidia sobremanera cuando se mete a actuar como si fuera el cuerpo de policía, el juez, el jurado y el ejecutor oficial de la justicia, todo a un tiempo. Ya sé… Ya sé que Scanlon y sus dos gorilas no eran gente decente y que serán bien recibidos en el petate del depósito judicial de cadáveres, pero ello no justifica que se los lleve usted a las afueras, les meta una bala en el cuerpo y luego ponga en sus manos sendas pistolas, Drayton. Yo no puedo aprobar una conducta semejante.

—¡No exagere, capitán! —repliqué—. Usted sabe demasiado bien que yo no he hecho tal cosa, ni soy capaz de ello. El llevárseme para darme el «paseo», es el tipo de juego que se puede esperar de un truhán como Scanlon y suerte tuve de haber podido salir con el pellejo a salvo. Usted no puede pensar, en modo alguno, que yo hice lo que hice sólo para satisfacer a la justicia a mi modo y en una forma bastante grosera.

—Es posible, pero yo voy a hacerlo constar así en mi denuncia de homicidio contra usted —dijo
O’Rourke
con mucha calma—. A no ser que pueda usted presentar otra versión de los hechos que me convenza más que la que me ha ofrecido. ¿Por qué esos individuos se lo llevaron a usted en coche, para darle el «paseo», si es que esto es lo que realmente ocurrió?

—¿Qué quiere usted que le diga? —dije a mi vez.
O’Rourke
abrió y separó sus manos con un gesto de inocencia.

—Yo no quiero que me diga usted nada, como no sea la verdad —contestó—. Si Scanlon y sus compinches se le llevaron a usted

para darle el «paseo» sería por algún motivo que usted conoce; por alguna causa que usted no me ha dicho hasta ahora. Estoy cansado y asqueado de su manera de obrar escamoteando las pruebas y esta vez, estoy dispuesto a cortar por lo sano, aunque tenga que encartarle a usted por asesinato triple. Le voy a presentar los hechos tal y cual yo los veo y me imagino que se han producido y usted puede llenar las lagunas que tenga mi exposición con los datos que yo deseo saber. Esto o no tendré más remedio que hacer lo que le he dicho.

—Un momento —dije—. ¿Me sería permitido sentarme?

—Siéntese —dijo—. Y ahora he aquí mi teoría: Para empezar: el coronel Webster no ha matado a Jeff Leary.

Al oír estas palabras incliné súbitamente mi cabeza hacia adelante, como si algo me hubiese pinchado en la espalda, entre las dos paletillas.

—Si usted sabe esto —dije—. ¿Por qué mantiene una guardia en su casa y permite que ese anciano se muera con la idea que pende sobre él una condena por asesinato?

—El coronel sabe lo que se hace —dijo
O'Rourke
— o, por lo menos, así lo cree. Cree que está encubriendo una u otra de sus dos hijas, no sé cual. Y yo también sé lo que me hago dejándole en esta creencia, en la esperanza de que por algún otro sitio va a presentarse algo. Admito que en un principio creí que era culpable. Luego más tarde dejé de creer que lo era, pero pensé que lo era una de las dos chicas. Y he aquí que ahora se presenta la muerte de Scanlon a iluminar la solución.

—Bueno, siga adelante —le dije premioso.

—Estando en el departamento de policía (para el caso de que lo haya olvidado usted) supe ya hace algún tiempo que Leary se había retirado del tinglado comercial de traga-perras de Quinn Legatt. El capitán Haggerston de la Brigada de Represión del Vicio lo sabe también, pero, sea dicho entre nosotros, éste recibió dinero en abundancia de Leary para hacer la vista gorda. También sabemos que la firma Scanlon está en oposición con su rival, la firma Legatt, de manera que una teoría plausible sería la de que Leary hubiese sido mandado al otro barrio por alguien de la firma Scanlon.

—Es una teoría perfectamente aceptable —concedí—. ¿Y qué

más?

—Esto deja de ser una teoría para adquirir la solidez de un hecho cierto, al presentarse el caso de la muerte de Scanlon —prosiguió
O'Rourke
—. El tipo de conflicto entre gentes de baja ralea, se percibe aquí a la legua. Lo que ocurrió aquí fué lo siguiente: alguien (llamémosle X, por un momento) que trabajaba por cuenta de Scanlon, apuñaló a Jeff Leary en la piscina del coronel Webster, para conseguir así el control absoluto del tinglado de los tragaperras en favor de aquél. Y luego «X» se pasa de listo en su propio beneficio. El —o ella— manda a Scanlon al otro barrio, de manera que él o ella puede hacerse con la totalidad del negocio.

—Puede usted suprimir el «él o ella» de toda esta historia —le dije—. El señor «X» tiene conmigo un embarazoso parecido.

—Esto es lo que yo pensé —dijo
O'Rourke
complacido—. Creo que esta versión daría más en el clavo que aquella relativa a la justicia expeditiva que antes concebí. ¿Qué me dice usted, Drayton? ¿No tiene usted una versión mejor?

—Desde luego que la tengo —contesté—. Tengo otra versión más aceptable. El eslabón perdido que usted anda buscando, es decir, la persona que pone en relación Jeff Leary y Miltie Scanlon, es Sue Taylor.

—¿Y esto es lo que se ha imaginado usted? —preguntó
O'Rourke
esbozando una sonrisa.

—Si Sue asesinó o no a Jeff Leary efectivamente, no lo sé —dije
—. Creo que sí. Tuvo muchas oportunidades para hacerlo y ella es quien ha amañado las cosas para que Dish Webster aparezca como presunta culpable. Además ha sabido convertir en dinero contante y sonante el hecho de que el coronel Webster se acomodara a dejarse acusar para encubrir a Dish y ahora está haciendo chantaje con los dos. Añádase esto el hecho de que cuando visité el «Dancing Panther», anoche, me encontré allí a Scanlon y Sue Taylor muy amartelados.

—Esto no prueba absolutamente nada —dijo
O'Rourke.

—No —concedí—. Pero, como dijo el propio Scanlon, ello podía dar lugar a una serie de peligrosas reflexiones. Lo suficientemente peligrosas para él, para creer que valía la pena desembarazarse de mí, mandándome al otro barrio, para asegurarse mi silencio. Y ésta es la verdad y sólo la verdad.

A propósito omití, al hablar, manifestar para nada, que aquello era toda la verdad. Me reservaba todo lo que sabía con relación al cuchillo porque me gusta, cuando juego con O'Rourke, guardarme en la manga dos o tres triunfos por lo que pueda ocurrir.

—¿Quiere saber lo que pienso? —dijo O'Rourke—. Creo que el coronel Webster es el único individuo que sabe a ciencia cierta todo lo que ocurrió. Pudo haber presenciado todo, emboscado en la maleza de los alrededores de la piscina. Y si sigue conformándose con mentir en su lecho de muerte en compañía de una acusación por homicidio, nada podremos sacar en claro. Lo que necesita este caso es una violenta sacudida, algo que lo mueva enérgicamente de nuevo. En el momento presente, todos y cada uno de los posibles autores están perfectamente atrincherados y a salvo.

—¿Y qué se propone usted hacer? —pregunté.

—Váyase a casa y aféitese —dijo O'Rourke, sin contestar a mi pregunta—. Vuelva usted por acá a las diez y media de la mañana. Voy a celebrar algo que sólo celebro muy raramente… Voy a celebrar una conferencia de Prensa.

CAPÍTULO XII

«Ah, señores. ¡La Prensa!

»Hermanos: Ustedes deben habernos visto ya. Nos han visto ustedes ciertamente; nos han visto sin afeitar, con una barba de tres días, con los ojos somnolientes y, tal vez, llenos de legañas, con caras inequívocas de dispépticos, provistos de potentes mandíbulas y con una calvicie más que prematura.

»Nos han visto ustedes con un amplio repertorio de tics nerviosos, fruto de las últimas ediciones de la neurosis aguda. Han oído ustedes nuestras voces roncas, ásperas, carraspeantes, resultado del humo del tabaco fuerte, de los riegos de ginebra y de los gritos estentóreos frente a las boquillas de los teléfonos. Nos han visto ustedes con los dedos consumidos y desgastados y con las cejas fruncidas de arrugas de tanto rumiar y barajar temas fantásticos con que llenar hojas y más hojas de papel blanco. Nos han visto ustedes, sí, con las lenguas congestionadas y los globos de los ojos hinchados y ardientes a causa de la vigilia y después de la bebida que mata a la vigilia y al insomnio… y así sucesivamente.

»Nos han visto ustedes con el cuenco de los oídos atiborrados de confesiones de las madres de asesinos que se plañen atribuladas de su desgraciada suerte, aturdidos por los berrinches y pataletas de las jóvenes estrellas de cine, sacudidos por el lamento quejumbroso de los que padecen manía persecutoria, cansados de los gritos declamatorios de los que están trastornados por una manía de grandezas, de los trenos deprimentes de los hipocondríacos y demás anormales de las cuatro esquinas de la nación.

»Nos han visto ustedes con los ojos cerrados a la piedad, los oídos sordos al llanto de los afectados por penas privadas, las bocas absolutamente muertas e insensibles para la degustación de la

podredumbre social.

»Tinta en las venas, en vez de sangre; armaduras de papel impreso con noticias, en vez de un buen esqueleto de huesos, y cifras de tiraje en nuestro corazón. Esto somos nosotros. Más todavía: en vez de nombres propios, renglones de tipos de imprenta; en vez de memoria y de recuerdos, un legajo monstruoso de recortes de periódico; en lugar de conciencia y de pensamiento un resumen sumario de las leyes contra la difamación; en vez de un hogar cálido y acogedor, la frialdad hostil y arisca de una oficina sin alma; en vez de voz sonora, un puñado de tipos de imprenta y en vez de corazón sensible y palpitante… un periódico inánime e indiferente.

»Ya les he presentado a ustedes a los dignos caballeros de la prensa y compañía. Ahora, ya pueden ustedes celebrarles.

Respondiendo a la convocatoria de esa mañana temprano, allí estábamos nosotros con el disgusto en el alma, pero llenos de interés a pesar de nuestros hábitos tediosos e indiferentes, para saber lo que el capitán O’Rourke sacaría de su magín, cuando nos sentáramos en la gran sala de identificación personal del cuartel general de la policía.

Al dar la media para las once, el capitán O’Rourke entró puntualmente por una puerta que se abría sobre la tribuna. O’Rourke permaneció en pie frente a los trazos horizontales que estaban pintados en la pared y servían para determinar la talla de los sospechosos y bajo las lámparas automáticas de Klieg, entre las pilas de tipos clasificados de huellas dactilares.

—Buenos días, muchachos —dijo.

Un coro desentonado de voces sin entusiasmo alguno contestó el saludo del capitán O’Rourke.

Éste dió una mirada abarcando todo el grupo de periodistas que estábamos sentados en la sala y, después de carraspear, dijo:

—Les he llamado a ustedes para decirles algo acerca del caso del asesinato de Jeff Leary.

Estas palabras provocaron un movimiento general de curiosidad.

Un estremecimiento de expectación colectiva recorrió el grupo de reporteros sentados en los duros bancos de la sala. Los periodistas se inclinaron hacia delante, con señal evidente de que lo dicho por O'Rourke había tenido la virtud de encender en ellos la llamita del interés.

—¿Cuándo va a hacer usted la prueba con el coronel Webster? —preguntó Mankowitz.

Spike Mankowitz era el corresponsal del «Sun-*Express*». Su periódico era el rival más destacado del coronel Webster.

—No voy a efectuar tal prueba —dijo lisa y llanamente el capitán.

Las palabras de O'Rourke fueron acogidas por un movimiento de sorpresa. El capitán pareció recrearse en ello, pues hizo una pausa para proseguir después:

—Voy a eximir al coronel Webster de todos los cargos que pesan sobre él.

Durante dos breves segundos la sala permaneció en silencio. Sólo se oía el monótono tic-tac del gran reloj de pared y los ruidos sordos y prolongados que procedían del barrigón de Spike Mankowitz.

Después, con alboroto, bullicio súbito y exclamaciones de voces excitadas, los reporteros se apresuraron a lanzarse hacia las cabinas de los teléfonos, para mandar premiosamente esta primera noticia, que después de todo no dejaba de ser una buena información.

Cuando la momentánea agitación remitió, restableciéndose algo el orden, O'Rourke prosiguió con voz clara y serena:

—La confesión que del crimen ha hecho el coronel Webster, desde el punto de vista de este departamento, no es otra cosa que un trastorno mental que se ha producido en el cerebro de un hombre viejo y enfermo. Tengo la certeza firme de que el coronel Webster no asesinó a Jeff Leary.

—¿Quién lo hizo pues? —preguntó una voz a mis espaldas.

—Esto —dijo O'Rourke

— sólo podrá saberse cuando se descubra el arma homicida. Sé donde debe ser buscada y creo poder asegurar que la tendré en el término de una semana. Y luego, con el arma, tendremos al asesino. Y esto es todo, por hoy caballeros.

Los reporteros, insatisfechos, bombardearon todavía, durante unos minutos, al capitán con una serie de preguntas. Pero éste se mantuvo rigurosamente reservado: no añadió ni pío.

Yo me admiré de la fanfarronada que constituía la afirmación del capitán. Fanfarronada, hasta cierto punto, pues aunque lo fuera, en efecto en su noventa por ciento, contenía un no sé qué, que la presentaba como algo inquietante, muy inquietante, por cierto.

Aquella tarde se produjeron dos acontecimientos notables: el capitán O'Rourke desapareció y el coronel Webster dejó de vivir.

A Clancy se le notificó oficialmente que quedaba relevado de sus obligaciones de vigilante en casa del coronel. Asimismo se le comunicaba el motivo de la resolución oficial.

Al enterarse de la noticia, tuvo un estremecimiento de sorpresa. Sin perder momento se precipitó en la habitación del coronel Webster y le dijo a éste sin rodeos:

—Bien, muchacho. Puede quedarse tranquilo. El jefe ha retirado los cargos que pesaban sobre usted. Cree que ha sido otro quien asesinó a Jeff Leary.

El viejo soldado se incorporó de pronto en su lecho. Se irguió, enhiesto, y dijo, con voz opaca:

—¡Dios mío!

Luego llamó a Amanda que llegó justo a tiempo para ver cómo su padre caía casi fuera de la cama.

Entre ella, Clancy y la muchacha de servicio, levantaron al coronel dejándolo acostado de espaldas. Su cabeza descansaba sobre la almohada y su rostro presentaba un color púrpura encendido. Había muerto.

Llamé a O'Rourke por teléfono al cuartel general de la policía, pero no pudo o no quiso ser hallado en ningún departamento de aquel edificio.

Durante los tres días que siguieron a la muerte del coronel, la

prensa llamó con insistencia a
O'Rourke
por conducto telefónico y no hubo manera humana de poderle localizar.

Vino luego el día del triple entierro. Los cadáveres en cuestión eran los de Miltie Scanlon, Joe Sachs y Oscar Washington Bixbee.

Me enteré de que Sachs y Bixbee eran los dos picaros que yo conocía por los nombres de Cara de Luna y Pequeño.

El entierro fue un espectáculo realmente bello y toda la ciudad se volcó a la calle para presenciar su paso. Fué un desfile mortuorio tal como no se había visto desde los tiempos de la Ley Seca. Es un acontecimiento que no se produce todos los días este del entierro de tres canallas a la vez, con un acompañamiento de ex colegas despidiéndose de ellos con toda solemnidad.

Las tres fúnebres carrozas abrían la marcha con el féretro de Scanlon en cabeza. El coche mortuorio de éste apenas era visible al desaparecer materialmente cubierto por una pirámide de flores. Todas las coronas y guirnaldas tenían amplias cintas con pomposas inscripciones en letras doradas.

Algunas de éstas, tales como «Gloria al gran camarada Miltie…» de los muchachos del «DANCING PANTHER» y «Adiós, Joe… Recuérdanos a Capone», no eran tal vez un modelo de gusto selecto, pero hacían muy bonito.

Los plañideros distinguidos iban en un automóvil fuertemente blindado, con más flores encima de la capota. Allá dentro pude ver precisamente a Sue Taylor envuelta en un gran velo negro junto a un par de conocidos compadres llamados Willy Twitty y Ansen Coglin.

Seguían todavía como una docena más de coches, con ejemplares de toda especie de aventureros de la ciudad y de sus alrededores. Los que no habían podido subir de gorra en ningún coche, marchaban a pie apretujados a todo lo largo del fúnebre cortejo y me parecían una masa enorme de trajes bamboleándose al peso de las armas que llevaban ocultas.

El último coche del cortejo, seguía al final y un poco separado de la fúnebre procesión. Me sorprendió sobremanera ver que contenía un conjunto selecto de personajes tales como Hammertoe Swinfold, Walleve Lingaard, Sven Rasmussen y Happy Poldino,

conocidos todos como tropa de choque de la empresa de Quin Legatt.

Una porción de caras sombrías se repartían a todo lo largo de la procesión, desde la cabeza hasta más atrás de este último coche, pero el trayecto estaba tan estrechamente vigilado por innumerables policías, que nada anormal ocurrió desde la salida del cortejo hasta su llegada al cementerio.

Los tres cuerpos fueron alojados en tres tumbas contiguas. Una vez en ellas, las coronas y las flores que habían cubierto materialmente los coches mortuorios, se amontonaron ahora lentamente sobre los féretros, de manera que no quedó apenas sitio para la tierra que debía llenar los hoyos.

Entre los guardianes de Scanlon corrió la versión de que éste había dejado quinientos dólares para celebrar una especie de velada fúnebre en el «DANCING PANTHER», con asistencia de todos sus dolientes amigos. Aunque no pude cerciorarme de la verdad de tal rumor, decidí asistir a dicha reunión, en el caso de que fuera cierto lo que se decía.

Aparte otras razones, quería hacer una reseña del acto para el diario del día siguiente, con miras a silenciar una vez más el asunto del asesinato de Jeff Leary.

No esperé hasta que terminaran las ceremonias de ritual, sino que abandoné el cementerio Natchez, regresando a pie y sin prisas a la ciudad.

No obstante, sólo estaba a la distancia de una manzana de casas del «DANCING PANTHER» cuando me alcanzó el cortejo que regresaba del cementerio.

Sue Taylor descendió del coche que iba en cabeza. La acompañaban como montándole estrecha guardia, Twitty y Coglin. Los tres entraron en el «DANCING PANTHER».

Los coches que les seguían vaciaron sus ocupantes y éstos siguieron de cerca los pasos de Sue y sus compañeros. No bien habían acabado de bajar las escaleras los últimos ocupantes, hizo su aparición el auto que conducía a Swinfold, Lingaard y los demás muchachos de Legatt. Se apearon todos ante el bar y dirigiéndose sin rodeos hacia la puerta del «DANCING PANTHER», desaparecieron en el interior del local.

Entonces yo corrí hacia el bar y me iba a dirigir hacia el interior,

pisando casi los talones de Happy Poldino, cuando éste, volviéndose hacia mí, me empujó hacia atrás, hasta tenerme de espaldas a la pared. Pero, al dar un traspiés, se cayó, quedándose sentado sobre el pavimento.

Al punto se levantó con movimientos torpes y echó mano a su pistola. Me di cuenta que no era oportuno ni prudente poner obstáculos y me retiré, calle abajo, a un lugar más seguro, en la puerta de un establecimiento.

Poldino era un italiano alto y corpulento con abundante pelo negro ensortijado y semblante lívido. Sostenía la pistola como si fuera una prolongación natural de su puño derecho. Inmediatamente bajó con rapidez las escaleras del bar, con la elástica agilidad de un tigre.

El resultado de la irrupción en el bar de los muchachos de Legatt, fué algo así como arrojar una cerilla encendida en un polvorín subterráneo.

Se produjo una terrible baraúnda y una confusión tan enorme que la misma acera parecía temblar. Se oían voces ahogadas, gritos, alaridos y el ruido ensordecedor de muebles y cristales que se rompen con gran estrépito, todo ello punteado por el ladrido seco de las pistolas que unían sus voces al concierto con ruda insistencia.

Luego, del otro extremo de la calle se acercaron a toda prisa los coches de la policía atronando el espacio con el lamento prolongado de sus sirenas. Repentinamente se produjo en el interior del bar un silencio de muerte.

Poldino y Lingaard salieron disparados del antro como conejos perseguidos por un hurón, arrastrando con ellos a Hammertoe Swinfold que andaba renqueando.

Rasmussen, el corpulento sueco, calvo como una bola de marfil, fue el último en salir. Llevaba un brazo colgante y sangriento como un pájaro con el ala rota.

Precipitadamente se amontonaron todos en su coche y desaparecieron a toda velocidad, calle abajo, en medio de una nube de humo y polvo, sin que ninguno de los que habían quedado en el interior del bar saliese a despedirlos.

Segundos después llegó la policía. Los guardias entraron en tromba en el bar y yo me metí con ellos en el local.

Todo estaba tranquilo y en calma. Unos cuantos individuos que

estaban sentados a las mesas o apoyados en la barra del mostrador, vieron entrar a los policías mirándolos con caras aburridas. Y cuando el sargento que conducía a los guardias, pidió detalles sobre el alboroto a uno de ellos, un individuo muy bajo, con una hendidura sangrante en la cabeza, les dijo que se había herido al caer y dar de cabeza contra una esquina del mostrador. Afirmó que había una docena de chicos de los que allí estaban, que podían jurar que esto era todo lo que había ocurrido.

Los guardias abandonaron el establecimiento, dejándome a mí allí dentro. Si yo hubiese tenido un poco más de prudencia me habría retirado con los policías, pero iba a tener lugar una especie de velatorio de Miltie Scanlon y preferí quedarme para presenciarlo.

Discretamente, me metí en lo más espeso del grupo que se apelotonaba junto al mostrador, agotando hasta los posos un vaso de *whisky*.

Ed Musgrove, dueño principal del bar hacía el papel de presidente del velatorio y estaba invitando a varios de los concurrentes a tomar la palabra de acuerdo con lo que «el espíritu les dictara» o como «la inteligencia» les diera a entender. A medida que iban siendo llamados iban hablando y hasta el último mono, subiéndose a una silla o saltando sobre una mesa, celebró el carácter y elogió las hazañas de uno de los tres amados difuntos.

Después de cada parlamento de este tipo, todos los presentes gritaban. ¡Aleluya!, con todas sus fuerzas y volvían a llenar sus vasos. Nunca, en ninguna sesión fúnebre de los bajos fondos, los discursos adquirieron tonos más salvajes ni los recuerdos fueron evocados de una manera tan violenta y lacrimosa a un tiempo. Y todo ello guardaba parejas con el alcohol ingerido en abundancia.

Finalmente Ed golpeó con estrépito el mostrador con su grueso vaso de cerveza y gritó:

—¡Hermana Sue! Hermana Sue, ¿estás inspirada?

Una multitud de manos ayudaron a Sue Taylor a subir sobre una mesa situada en el centro de la sala del bar. Estaba allá arriba, en pie como sobre un «plinton», lo mismo que una diosa griega vuelta a la vida para celebrar una bacanal junto con sus compañeros de ese bajo Olimpo.

Sus cabellos leonados colgaban en indómitos mechones sobre su rostro y su vestido negro de amplio escote descubría, en sus

movimientos, ora uno ora otro de sus bien tallados hombros.

En una de sus manos, levantada sobre su cabeza, tenía un vaso de licor y se expresaba con voz gangosa de emoción y de alcohol.

—Amigos —dijo en tono declamatorio— nos hemos reunido en este lugar, para llorar la muerte de los tres grandes camaradas: de los tres personajes que dejaron en esta ciudad el rastro de una profunda huella.

—¡Bravo! ¡Bravo! —interrumpieron algunas voces roncas.

—Hoy, llenan tres tumbas del cementerio de Natchez, pero antes de su muerte habían llenado tal vez tres veces este número de tumbas.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritaron los muchachos—. ¡Viva Sue! ¡Aleluya!

—Y yo me pregunto: ¿Acaso vivieron y murieron en vano? —exclamó Sue, poniendo en su voz un marcado tono retórico, al tiempo que levantaba el brazo, en forma tal que la bebida se derramaba sobre las cabezas bienaventuradas de los que la escuchaban.

—Ahora —prosiguió Sue— nos han dejado por una morada apacible y tranquila. Pues bien: ¿es que ahora que cambiaron sus herramientas por arpas, nosotros sus amigos, les vamos a abandonar en el olvido?

—¡No! ¡No! ¡No!

—Nosotros tenemos el deber de continuar su obra benéfica —gritó Sue desgañitándose—. Miltie Scanlon era un bienhechor venerado por esta comunidad. Scanlon proporcionó a los aburridos concurrentes de los bares de Nueva Orleans, los mejores instrumentos de placer y de diversión que la civilización ha producido: ¡los traga-perras! Seríamos infieles a su amistad y traicionaríamos los vínculos que a él nos unieron, si dejáramos sin terminar la obra que él inició.

—Pensad tan sólo, mis queridos amigos —continuó Sue con voz llorosa—, pensad, tan sólo que en esta ciudad existen todavía un gran número de garitos pobres y miserables que no disponen de ningún traga-perras.

—¡Una vergüenza! —exclamaron algunas voces.

—Y esto no es todo. La situación es aún más trágica de lo que pensáis. Existen aún algunos establecimientos en donde se exprime

a los borrachos hasta el último centavo mediante el empleo de las pestilentes y putrefactas máquinas de la «FUTURIST», que regenta ese enemigo de la sociedad que se llama Quin Legatt.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Nuestro deber está claro! —gritó Sue—. Consiste en continuar la gran tradición que Miltie nos ha legado. ¿Quién se pone a mi lado para proseguir la gran labor empezada?

Grandes vítores acogieron estas últimas palabras al tiempo que en el aire se agitaban multitud de manos enardecidas. Todos se apretujaban en torno a Sue Taylor. Una voz exclamó, de pronto:

—¡Sue presidente!

Y el resto de los concurrentes repitieron una y otra vez el mismo grito.

Willy Twitty saltó sobre la mesa y poniéndose al lado de Sue, levantó la mano reclamando silencio. Cuando el vocerío remitió, dijo gritando:

—Propongo que el grupo denominado hasta ahora Miltie Scanlon, sea llamado de ahora en adelante, equipo de Sue Taylor.

—¡Voto a favor de la proposición! —gritaron cuatro individuos casi a coro.

Sue Taylor fué bajada de la mesa y paseada en hombros por toda la sala al compás de una tonada que decía:

«El cuerpo de Miltie Scanlon yace, en la tumba y vuelve al polvo…»

Willy Twitty gritó de nuevo, desde su tribuna improvisada, reclamando otra vez silencio:

—La primera tarea del equipo Sue Taylor, está muy cerca de aquí —exclamó a voz en grito—. ¡Atrapar al piojoso que mandó al otro barrio a Miltie, Joe y Oscar! —añadió en tanto que apuntaba hacia mí con el brazo extendido y el dedo tembloroso—. ¡Allí le tenéis!

Entonces, aunque demasiado tarde, tuve la sospecha de que había cometido un gran error quedándome.

¿Han oído alguna vez el ruido especial que producen una serie de bribones medio borrachos cuando advierten la presencia de un individuo al que quieren matar? O aún mejor: ¿Ha sido uno de ustedes alguna vez el tal individuo? Es un sonido pavoroso el que se produce. Es un rugido que brota de cincuenta gargantas a la vez,

una ola de odios encrespados que avanza contra la víctima y le produce en la boca del estómago la impresión de un choque contra un iceberg.

Un centenar de ojos se volvieron despiadadamente hacia mí y me sentí como quien está poniendo trampas en el bosque y se encuentra, de pronto, rodeado de lobos.

Tiré de mi pistola y me retiré rápidamente, poniéndome de espaldas a uno de los rincones del bar. Se produjo un susurro seco, semejante al que produce el viento al pasar por un maizal y vi que todos los individuos que me acechaban habían sacado sus pistolas apuntándome.

En medio del silencio sonó la voz del dueño del bar:

—¡No disparar! —gritó.

Nadie hizo el menor movimiento. Entonces, de alguna parte de mi campo de visión, partió una botella volando, que al dar violentamente contra mi muñeca, me hizo soltar la pistola que cayó al suelo.

Un individuo la recogió, pasándosela a Ed, que se la metió en el bolsillo de su mandil blanco.

—¡No disparar! —gritó de nuevo.

Las pistolas volvieron lentamente a sus bolsillos o a las pistoleras que pendían de los sobacos de aquella chusma.

La voz de Willy Twitty, resonó con furor loco:

—¡No disparéis! ¡No disparéis, compañeros! ¡Despedazad a este pobre hombre con vuestras propias manos!

El rugido colectivo se renovó como el bramar de un océano embravecido y los bravucones venían hacia mí, como las olas devastadoras hacia los rompientes de la costa.

Capítulo XIII

Una fuerte sacudida de escalofrío me invadió, al ver que todos iban a acometerme a la vez. Sentía doloridos los dedos de mi mano derecha. Alargué el brazo y alcancé una botella de encima del mostrador, a manera de arma defensiva, y la rompí contra la dentadura de uno de los individuos que estaban más cerca de mí.

La botella se había hecho migas, pero yo seguía empuñando con mi mano derecha, unas cuantas pulgadas del cuello roto con un denteado de pinchos agudos como puñales.

Di un brinco y me quedé sentado sobre el escurridizo mostrador. Dos o tres individuos me acometían por mi lado derecho. Antes de que pudiera pensarlo, me encogí de piernas hasta que mis rodillas tocaron mi mandíbula inferior y giré en redondo, igual que una peonza, apoyado solamente sobre las nalgas que obraron a manera de eje de rotación y estirando súbitamente las piernas aporreé de pleno con mis pies al conjunto de mis atacantes. Los tres vacilaron por efecto del golpe y antes de que pudieran recobrarse, giré de nuevo describiendo un círculo completo y les hice despejar, ganando el sitio suficiente para poder levantarme.

Luego un individuo gordo y corpulento me agarró por los tobillos. Pude deshacerme de él con un salto rápido que me permitió aplastarle los puños bajo mis talones. Lanzó un rugido de dolor y levantó las manos doloridas, al tiempo que yo, sin darle tregua descargaba una fuerte patada en su boca.

Sabía muy bien que no podría sostener la lucha durante mucho tiempo, pero mientras ésta se prolongaba la cosa no dejaba de ser divertida.

Allá abajo, en el otro extremo del bar, se produjo algo así como un tumulto. Ansen Coglin acababa de trepar sobre el mostrador, de

manera que estaba a mí misma altura, aunque al otro extremo. Mientras se encaminaba hacia el mostrador había perdido o se había quitado la camisa, poniendo al descubierto su torso de color moreno, curtido, duro como una tabla con las protuberancias apelmazadas de su musculatura. Las fibras de sus brazos se destacaban como cuerdas de un látigo. Su cabeza era pequeña, redonda y lisa como la superficie de una bala y se asentaba sobre un cuello corto y potente. Se adelantaba hacia mí con el semblante enfurecido y por las hendiduras rojizas de sus ojos me fulminaba con la excitación de un toro enardecido.

—¡Bravo, Drayton! —gritó—. ¡Allá voy por usted!

Me alegré interiormente al advertir la ronquera alcohólica de su voz y darme cuenta de una leve vacilación de su cuerpo al arremeter contra mí.

—¡Cuidado con su botella! —le previno gritando una voz.

El corpulento adversario tendió una mano hacia el grupo. Se oyó ruido de vidrio roto, después de un choque seco contra una mesa. Alguien alargó una botella rota como la mía a Ansen Coglin y éste la agarró empuñándola, con mano temblorosa. Dió un paso hacia mí y después otro, a lo largo del mostrador. En su camino había un vaso lleno de cerveza que él, impaciente, apartó de una patada, mandándolo a un rincón del local. De pronto se quedó quieto.

Entonces me encaminé hacia él, recorriendo la mitad de la distancia que nos separaba; no quedaban ya entre él y yo más que un par de yardas, cuando Coglin, con la cabeza gacha, el cuerpo doblado hacia adelante y la botella rota pendulando en una de sus manos, vino hacia mí, embistiendo como un toro.

El mostrador era demasiado estrecho para hacerse a un lado y para esquivar su arremetida. De haberme quedado allí de pie para detener su avance, él habría podido destrozarme el vientre con toda seguridad, valiéndose de su botella rota, sin importar lo más mínimo lo que yo hubiese podido hacerle después.

Me encogí, esperándole con las rodillas dobladas y cuando vi que estaba ya encima de mí, me encogí más adelantando un paso y alojando mi cabeza, protegida con mi mano izquierda, debajo de su cuerpo. Sentí que su pie se clavaba en mis costillas con ruido seco de desgarradura de ropa y una sensación aguda de dolor físico que recorrió mi espalda. Entonces me incorporé, avanzando con la

botella rota en mi mano derecha. Sentí todo el peso de su cuerpo sobre mis espaldas y el cuello roto de la botella que empuñaba se hundió como un puñal en la carne de su muslo.

Resonó un clamor procedente del grupo que contemplaba la pelea e inmediatamente un grito penetrante de Coglin. Finalmente siguió el estrépito atronador de rotura y tintineo prolongado al caer éste sobre la estantería llena de botellas de detrás del mostrador después de ser proyectado en el aire por encima de mis espaldas.

A partir de ese momento, me atacaron todos a la vez. Un conjunto de manos se estiraban hacia mí, para agarrarme las piernas; pero pude mantenerlas a distancia con sólo sacudir unas cuantas patadas. Parecía que me atacase una manada de pulpos.

A poca distancia delante de mí y pendiente del techo, había una lámpara de estilo antiguo y pasó por mi pensamiento la idea de querer actuar a la manera de Douglas Fairbanks, ése era el momento oportuno para probar de hacerlo.

Mis dedos tentaron a través de los prismas de cristal de la lámpara, enroscándose con firmeza en el armazón de acero. La lámpara se balanceó y como un columpio soportó todo mi peso con el flexible eléctrico reforzado por una gruesa cadena. La lámpara oscilaba de dentro a fuera, en dirección a la salida, describiendo amplios arcos. Las cabezas de los concurrentes y las caras alarmadas que tenía debajo de mí, estaban vueltas bacía arriba y seguían con sus movimientos mi oscilación pendular. En un momento dado, cuando había alcanzado la cima de uno de mis vaivenes, sentí estremecerse en mis manos la lámpara que me servía de columpio. Ésta se había desprendido y me lanzaba proyectándome hacia afuera aparatosamente.

Volé por el aire al soltar la lámpara, cayendo lejos, al otro extremo del bar y cerca de las escaleras de la puerta de salida. Al mismo tiempo se produjo el ruido ensordecedor de algo que se rompe en mil pedazos al desplomarse la lámpara. Uno de los individuos que estaba debajo, antes de caer, lanzó un grito y quiso apartarse. No tuvo tiempo: todo el peso del armazón y los cristales se le vino encima, aplastándole contra el suelo. Unos cuantos individuos de los que estaban apelotonados debajo del armatoste que se había caído, se revolcaban por el suelo gimiendo y retorciéndose de dolor.

Desgraciadamente todo ello no fué más que un alto fugaz en mi pelea, pues sólo una parte de mis adversarios habían quedado fuera de combate.

Si yo hubiese sido un auténtico Douglas Fairbanks habría terminado mi vuelo a través de los aires, aterrizando con una espada entre los dientes, pero al no ser más que un pobre periodista como otro cualquiera, que apenas puede correr de tan gordo, tan empapado de alcohol y tan saturado de tabaco, todo lo que hice fué aterrizar de espaldas sobre una mesa, que al impulso de mi caída y de mi peso, se desplomó hecha trizas.

Me levanté de entre los destrozos y me dispuse a abrirme paso hacia la puerta de salida armado de una de las patas desgajadas de la mesa, pero pronto me di cuenta de que me había jugado la última carta.

Los muchachos se habían agrupado en torno a mí y de cada golpe que podía descargar sobre ellos con el cacho de madera que tenía en mis manos, recibía yo cuatro o cinco trastazos.

Con mi palo y con mis brazos podía parar algunos de ellos, pero con sólo los golpes indirectos, si son lo suficientemente fuertes, se puede mermar las fuerzas de un individuo acorralado.

Sentí que me flaqueaban las piernas y se doblaban mis rodillas comprendiendo que, si no ocurría un milagro, al cabo de unos segundos me caería al suelo y estaría a la merced de mis adversarios que me machacarían con sus pies.

Mi cerebro insensible me hacía revivir pretéritas imágenes al recordar una vez que visité el depósito judicial de cadáveres de la ciudad para ver a un individuo que había sido pateado hasta morir por un grupo de bandidos en un callejón. El espectáculo era horrendo y me fué difícil reconocer en aquel cadáver los restos de lo que había sido un ser humano.

Un médico del cuerpo de policía, informándome, me había mostrado algunas muestras de las entrañas de dicho individuo que habían sido hechas trizas, retorcidas y aplastadas. Me describió luego con gran lujo de detalles gráficos, la agonía del pobre diablo antes de que llegara la muerte.

Yo no deseaba morir de esa manera, pero por el aspecto que presentaban las cosas, a buen seguro, que tendría mucho que contar sobre este tema.



Les encaré la pistola.

Entonces sobrevino el milagro. Fué algo inesperado y, para mí, providencial. Todo el centro del piso del «DANCING PANTHER» saltó volando. Los individuos que estaban en torno a mí, vacilaron y se tambalearon como si una pesada viga les hubiese golpeado de pleno en las espaldas.

Algunos cayeron al suelo, de bruces y se retorcían sobre el vientre, en tanto que la sangre manaba de las desgarraduras que

presentaba la espalda de sus chaquetas.

La puerta que había al final de la escalera se abrió y una corriente de aire modeló en la atmósfera del interior graciosas espirales de humo. Por un momento vi a Happy Poldino y me di cuenta enseguida de que lo ocurrido no había sido un milagro sino un episodio de la lucha entre los grupos de Legatt y Scanlon. Happy había arrojado a bulto una bomba en medio del grupo que se había reunido para celebrar las honras fúnebres de Scanlon.

Poldino se abrió paso a codazos hacia la puerta y fué reemplazado por Sven Lingaard, que plantado al final del tramo de escalera que daba a la calle, estaba dando un concierto con una pistola ametralladora. Fué una sonata seca y «fogosa» y unos cuantos de los individuos que no habían recibido en sus espaldas la granizada de metralla de la granada caía ahora bajo el fuego de la pistola ametralladora.

Me estiré en el suelo completamente y repté hacia atrás, empujando todos los cuerpos y destrozos de muebles que pude entre Lingaard y yo.

Entonces sentí que una mano agarraba mi tobillo y tiraba de él. Fué un tirón amistoso. Algo así como una indicación. Miré hacia atrás. Sue Taylor estaba allí tumbada, y reptando ella a su vez para llegar a la puerta que se abría en la pared del fondo del bar.

Me acerqué a ella. Nos arrastramos los dos y atravesamos el umbral sin levantar la cabeza. Yo cerré la puerta dejándola entornada. La pistola ametralladora seguía cantando, pero ahora no se oía ya un solo. Los muchachos de Sue rellenaban con los estampidos de sus pistolas los breves huecos de silencio.

Sue se incorporó y yo la imité. Sus vestidos estaban desgarrados por todas partes y sus cabellos en completo desorden. Mechones retorcidos le colgaban sobre la frente y las espaldas. Además tenía un ojo amoratado. En su conjunto parecía una figura de un cuento barato de pieles rojas.

Me miró con ojos afligidos y después de carraspear para limpiarme la garganta, seca, le dije:

—Bueno, y ahora, ¿qué? ¿Me vas a abandonar en la orilla?

Ella sacudió la cabeza, denegando.

—No; tú y yo saldremos ahora de aquí pitando —contestó.

Inclinándose hacia adelante, cogió mi mano y me condujo a

través del cuarto hasta llegar a un armario arrimado a la pared. Lo abrió, y pude darme cuenta que la plancha del fondo podía correrse hacia un lado dejando paso abierto a un estrecho pasadizo iluminado eléctricamente.

¿Qué podía perder? Me dejé conducir adelante, y después de dos o tres vueltas en ángulo recto, llegamos a otra puerta que se abría sobre la acera de la calle paralela a la en que estaba la puerta principal del «Dancing Panther».

Ella llamó un taxi, en el cual la introduje dándole la mano a la manera de los rancios caballeros del Sur.

—Sube también tú —dijo ella.

Le obedecí. Luego ella inclinándose hacia adelante dió al chófer las señas a donde debía conducirnos.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó.

Le di un pitillo y encendí otro para mí.

—Lamento infinito que quisieran matarte —dijo ella—. Has sostenido una buena pelea, Ricky. No dejé un momento de hacer votos por que salieras con bien.

—Bien podías haberme prestado algo de ayuda —repliqué.

—¡Oh, por favor! —exclamó Sue—. Yo no podía ponerme claramente de tu lado. Los muchachos estaban, en cierto modo, en su derecho pidiendo ver tu cabeza en una bandeja, aunque yo no simpatizo en absoluto con sus anticuadas ideas sobre la justicia del hampa… En realidad me hiciste un señalado favor mandando al otro barrio a Scanlon y a sus dos lugartenientes.

—Y Poldino con Lingaard, ¿te están haciendo otro favor señalado en estos momentos en que hacen una carnicería entre tus muchachos?

—Me están ayudando en la misma forma —dijo Sue—. ¿Quién ambicionaría estar al frente de una turba de cincuenta individuos vigorosos, violentos y bravucones? Entre ellos están todos los quincenarios, los licenciados de presidio y los forzadores de cajas fuertes. No estará de más que se haga un expurga entre ellos. Todavía podría admitir en mi organización a Poldino y a Lingaard cuando las cosas vuelvan a la normalidad.

El coche de alquiler nos llevó al departamento de Sue, situado en un barrio elegante de la parte alta de la ciudad.

El chofer nos miró con ojos llenos de curiosidad al reparar en

nuestros vestidos hechos tiras y nuestras caras magulladas. Al pagarle le di una fuerte propina para evitar todo comentario inoportuno.

—Puedes subir conmigo y asearte un poco, si quieres —dijo Sue.

Acepté el ofrecimiento sin reparos. Esta mujercita me tenía intrigado vivamente. En el ascensor no dijimos nada puesto que el ascensorista nos contemplaba con la boca tan abierta y los ojos tan admirados que por poco pasa de largo frente al piso de Sue.

A través del pasillo me llevó hasta sus habitaciones. En el interior todo revelaba un lujo discreto, pero costoso.

—Te lo pasas bien, muñequita —le dije yo, dando una mirada en torno.

—Todavía tengo que poner mejor todo esto —dijo.

Y su afirmación sonaba a seguridad absoluta. No tuve otro remedio que admirarla, aunque de mala gana.

—Ya te sientes como una zarina del hampa en esta ciudad, ¿no es cierto? —le dije sonriente.

—Después de la muerte de Scanlon y Leary, alguien debía tomar las riendas. ¿Por qué no había de ser yo?

—Parece una broma pesada —contesté—. Pero yo en mi papel de periodista siempre me encuentro del lado de los que apuntan contra ti cada vez que te dispones a «trabajar». Sin embargo, ahora sugiero la idea de una tregua entre los dos.

Sue clavó en mis ojos una mirada llena de dulzura sonriente que sostuvo unos segundos antes de contestarme.

—Me parece una magnífica idea, Ricky —dijo por fin.

Y siguió mirándome como si pensara que la tregua propuesta podría ser prolongada indefinidamente.

Sirvió bebida para los dos, y después de haber brindado por nuestra amistad, dijo:

—En casa tengo precisamente alguna ropa de caballero. Creo que te irá bien. Ahora, si quieres, puedes tomarte un baño y cambiarte luego de traje. Y esto es todo.

Acepté el ofrecimiento. Un baño caliente me aliviaría el dolor de mis magulladuras y cardenales y podría limpiarme la sangre coagulada que me incomodaba la piel.

Me miré al espejo que colgaba de la pared encima del manto de la chimenea y pude comprobar que no estaba en situación de

merecer ningún premio de belleza. Uno de mis ojos estaba amoratado y mi rostro todo era la cara de un pobre diablo a quien en el suelo de un bar había sido pateado de mala manera.

Mi vestido estaba reducido a tiras que colgaban por todas partes, mi corbata pendía debajo de mi oreja izquierda, y mi camisa había perdido completamente la forma.

—Entra por aquí y sigue derecho, al fondo —dijo Sue, indicándome el camino del cuarto de baño.

Atravesé un amplio dormitorio femenino. Estaba profusamente adornado con vuelos y cortinas de gasa de color de rosa y azul claro. El cuarto de baño estaba tras una puerta que comunicaba con el dormitorio.

Llené el cuenco profundo de la bañera de lapislázuli, vertiendo en ella la mitad de los cristales aromáticos de uno de los tarros de Sue. Me quité los vestidos destrozados amontonándolos en un rincón y me sumergí en el baño, donde permanecí durante un largo rato. Experimenté una sensación deliciosa y el cuerpo magullado agradeció con una impresión de bienestar general la blanda caricia del agua tibia sobre la piel maltratada.

Salí del baño secándome con una gruesa toalla turca, al tiempo que oí la voz de Sue, que me decía desde su dormitorio:

—Aquí te dejo alguna ropa que he escogido para ti.

Envuelto en la amplia toalla salí a pie desnudo, dejando en el suelo las huellas mojadas de mis dedos. Sobre la cama del dormitorio había un traje color gris, limpio, con una camisa blanca y una corbata también gris claro. El género de las ropas era superior. Abrí la chaqueta del traje y encima del bolsillo interior descubrí el anagrama «M. S.»: Miltie Scanlon. Arrugué el entrecejo pensando que, en fin de cuentas, el propietario ya no lo necesitaría en el sitio donde estaba.

Me metí de nuevo en el baño y me vestí. Luego salí afuera, cruzando el dormitorio, y allí encontré a Sue esperándome.

—¿Listo? —me preguntó.

—Listo —contesté—. No sabes el bien que me han hecho el baño y la limpieza. Me siento enteramente otro, aunque siguen doliéndome todos los huesos.

—Efectivamente, tienes otro aspecto. Has entrado hecho un mendigo y has salido transformado en un caballero.

—No lo dirás por el traje de Miltie, a no ser que le tuvieras por un caballero de industria.

—Dejemos esto ahora. Descanse en paz Miltie, y espérate aquí, pues ha llegado mi turno de limpieza.

Dicho esto se metió en el dormitorio, atravesándolo en dirección al cuarto de baño. La puerta de éste se cerró, tras ella. Minutos más tarde oí como llenaba la bañera y chapoteaba en ella.

Al cabo de un buen rato, Sue salió del baño completamente transformada. Limpia la cara, maquillada, y con un vestido claro y vaporoso que se adaptaba a su cuerpo esbelto con la gracia de una clámide.

Se acercó con mirada sonriente y provocativa.

—Supongo que ahora te gusto más que hace una hora —me dijo cuando estuvo junto a mí.

Un vaho imperceptible de suave perfume se desprendía de sus ropas.

—Me has gustado siempre, Sue.

—Entonces, ¿por qué no convertimos nuestra tregua en una reconciliación definitiva? —preguntó con voz muy dulce, deliberadamente tentadora.

La miré reflexionando durante unos segundos. Pensé en los extraños caminos que sigue a veces la voluntad femenina. En aquel caso sobre todo tenía motivos sobrados para creer que la tregua que me ofrecía Sue tenía mucho de añagaza hábilmente preparada.

—Por mí… —balbuceé.

Pero fingiendo acordarme de algo que fuera de allí reclamaba mi inmediata presencia, me quedé con la palabra en suspenso.

—Bueno, Sue —dije—. Creo que podemos hablar de esto otro rato. Lo siento, pero la batahola del «Dancing Panther» me ha hecho perder más tiempo del que yo disponía… Y ahora tengo que salir pitando si no quiero perder mi empleo. Gracias por todo, Sue, y hasta otra.

Ella no esperaba que la dejara tan pronto, a juzgar por la cara sorprendida que puso al ver que yo le cogí una de sus manos apretándola en la mía y salía al pasillo sin esperar ni un segundo más.

—¡Espera! —gritó Sue.

Volví la cabeza y ella me indicó que entrara en el dormitorio.

—¿Por qué no contestarme ahora? —preguntó, una vez dentro.

La puerta se había cerrado y Sue apoyaba sus manos en mis hombros mirándome con expresión de súplica.

—¿Qué pretendes, pequeña? ¿Qué firmemos un tratado de paz perpetua?

—Esto desde luego, pero no basta.

—¿Qué más deseas?

—Que te enteres de una vez que me gustas y que te quiero.

Me sonreí con aire de incredulidad. Pero ella insistió en su afirmación, terca y obstinadamente.

—¿No me crees? —preguntó.

—Sí. Y no me importa hablar de esto, pero en otro momento, querida. Ahora no tengo más remedio que marcharme.

La dejé otra vez con la palabra en la boca, y, dando media vuelta, me dirigí apresuradamente hacia la puerta de salida.

CAPÍTULO XIV

Antes de que alcanzara con la mano el pomo para abrir sentí sobre mis hombros la cálida presión de las manos de Sue. Me había seguido los pocos pasos que había dado y ahora reclinaba su cabeza sobre mis espaldas.

Me volví lentamente hacia ella. Sus ojos estaban mirándome entornados y en sus labios se dibujaba una sonrisa triste. De nuevo me pregunté qué podría ocultarse tras de esa extraña actitud. Porque, sin duda alguna para mí, se trataba de una actitud fingida.

—¿Te vas sin darme un beso, Ricky? —preguntó con voz suplicante.

La besé en los labios y cogiendo sus brazos, que tenía anudados en torno a mi cuello, la separé de mí suavemente.

—Bien —dije—, ya te besé. Ahora déjame salir. Te prometo volver a verte.

Di la vuelta al pomo de la puerta y tiré de ella, abriéndola. Al salir advertí que junto a la pared opuesta, al lado donde estaba el diván, había un rostro contraído por la sorpresa de ser atrapado «in fraganti». Era un individuo alto y delgado, con una nariz aguileña y casi sin barbilla.

Llevaba un sombrero de fieltro hundido, con el ala caída sobre su cara, y vestía un impermeable sujeto con un cinturón.

Detrás de él, en la pared, había un garfio sin cuadro, y debajo del garfio, la puerta abierta de una pequeña caja fuerte empotrada.

El individuo en cuestión tenía en la mano algo envuelto en un pañuelo blanco. El objeto envuelto era más largo que ancho, pero no mediría más de nueve pulgadas.

Durante el espacio de un segundo nos miramos mutuamente, sin movernos. Luego, el intruso embutió apresuradamente en uno de

los bolsillos exteriores de su impermeable el objeto envuelto en el pañuelo, e hizo un movimiento para alcanzar una pistola que estaba en el suelo y a sus pies.

No bien la hubo cogido, yo me adelanté. Entre él y yo había una distancia de unas quince yardas cubiertas por una alfombra. La salvé rápidamente en dos zancadas y de un salto me lancé hacia él, como lo habría hecho para lanzarme en una piscina, alcanzándole la cara con mi puño cerrado y empujándole con mi impulso, de espaldas contra la pared, al tiempo que su pistola hacía fuego y sentía como el fogonazo me chamuscaba la manga de la chaqueta que la bala había rozado.

Abalanzado enteramente sobre él, mi mano consiguió sujetarle la muñeca desviando la pistola. A pesar de su apariencia de hombre desmedrado, aquel individuo tenía la dureza y la resistencia de un alambre de acero y dominaba las tretas de la lucha de especie vil.

Su mano izquierda estaba abierta sobre mi rostro y sentí la presión de dos dedos de acero que avanzaban en la dirección de mis ojos. Con un esfuerzo conseguí apartar la mano con que presionaba mi cara y traté de alejar de mí la suya propia. Entonces él, con un movimiento rápido, levantó su cuerpo encogido, con lo cual estuvo a punto de derribarme al suelo. Sin embargo, yo no soltaba la muñeca de su mano armada. Al contrario, atenazándola fuertemente, hice sobre ella toda la presión que me fue posible doblándola hacia atrás, hasta que sus nudillos tocaron casi su antebrazo. Súbitamente sus dedos se aflojaron y la pistola cayó al suelo.

Entonces solté su muñeca para coger la pistola caída, pero él trató también de alcanzarla. Nuestros brazos chocaron y al estirarse en dirección a la pistola, ésta salió patinando por la orilla de la alfombra, escurriéndose sobre la pulida superficie pulimentada del entarimado y quedando fuera del alcance de nuestras manos.

Lentamente doblé la muñeca y el brazo de mi contrincante hacia atrás y los sostuve así con una de mis manos. Planté mi otra mano extendida sobre su cara y por encima de mis hombros grité a Sue:

—¡Recoge la pistola, niña!

Un silencio absoluto acogió mis palabras.

Sorprendido, volví la cabeza para buscarla con la vista. Lo que vi debió conmoverme tanto que debí aflojar la presión que ejercía

sobre mi adversario. Fué sólo un momento, pero lo suficiente para que éste, dando una sacudida oportuna, viera libres sus delgados brazos y escabullóse rápidamente hacia la puerta.

No hice ni un solo movimiento por detenerle. Me había quedado mirando a Sue.

Ésta había caído de espaldas en forma tal que apoyaba la cintura sobre un taburete bajo, de manera que sus talones y sus cabellos tocaban al suelo. Su cuerpo estaba cruzado sobre el taburete como un puente.

Sus brazos colgaban hacia atrás inermes, y su boca estaba abierta. La extraña postura en que había caído daban al conjunto de su cuerpo la forma de un arco boca abajo, tenso como el de una ballesta.

Sus pies estaban separados y las piernas abiertas. La piel de sus brazos y de su escote era intensamente pálida.

Cuando me acerqué a ella pude ver su rostro y observé que sus rojos labios pendían fláccidos dentro de la abertura de la boca, ocultándole los dientes y las encías, que sobrepasaban, en una mueca horrenda.

Sus ojos estaban completamente abiertos y dirigían al techo su mirada inánime. Las ventanas de la nariz se habían ensanchado enormemente y entre los arcos de las dos cejas se abría un agujero de aspecto horrible que manaba continuamente una sangre espesa cuyo color carmesí contrastaba patéticamente con el naranja ardiente de su cabellera embebida.

La contemplé durante unos segundos, y luego, con dos dedos cerré sus párpados sobre sus ojos vidriosos.

Me quedé solo el tiempo suficiente para recoger del suelo la pistola del bribón, que había huido, y ordenar un poco mi traje y mi corbata, torcida en el transcurso de la pelea.

Luego salí del departamento de Sue, y una vez en el pasillo me dirigí al ascensor. Sólo había perdido unos segundos. La aguja indicadora del ascensor señalaba el piso once, es decir, la mitad del camino del descenso. Aunque bajaba rápidamente, no quise esperar y eché a correr hacia el final del corredor en busca del ascensor de servicio. En el camino iba rogando que ese edificio fuese exactamente igual que la mayoría de los que me eran conocidos. Y, por suerte, así fué, pues, en efecto, el ascensor buscado estaba al

extremo del pasillo. Además, de una manera providencial estaba detenido en aquel mismo piso cargado de cajones con peladuras y desperdicios.

Me embutí entre los cajones y cerré la puerta, pulsando el botón de descenso a la planta baja.

Me pareció que el ascensor tardaba una eternidad, y cuando por fin llegué abajo y salí del ascensor, desde la pared del fondo del vestíbulo de entrada alcancé a ver como el sombrero de fieltro hundido hasta las orejas del individuo que había sorprendido en el cuarto de Sue desaparecía al final del tramo de la escalera que conducía a la calle.

En el vestíbulo había un cierto número de personas que, con el conserje, no se habían repuesto todavía de la sorpresa de haber visto pasar al ladrón como al que lleva el diablo, cuando tuvieron una sorpresa mayor al verme aparecer a mí y echar a correr como un gamo hacia la puerta en la misma dirección que el que había salido hacía unos segundos.

Cuando llegué al final de la escalera vi a mi hombre sentado al volante de un «Chevrolet» negro, en el mismo momento en que el coche arrancaba separándose rápidamente del bordillo de la acera.

Inmediatamente detrás de donde había estado el «Chevrolet», un individuo joven de pelo rubio, con chaqueta a cuadros, acababa de apearse de un auto de carreras bajo y con todas las trazas de una buena marca inglesa.

Iba a cruzar la acera volteando en molinillo su llave de contacto al extremo de una cadena, en tanto que hablaba con su compañera, una morenita que llevaba un vestido de punto liso de una sola pieza.

El joven me miró, alarmado, al verme bajar la escalera en un par de saltos. Pero luego dió un grito desmayado al arrebatarle yo la llave de contacto, que pesqué al vuelo, y verme saltar al asiento del volante de su coche.

Había accionado sobre la palanca de embrague, y estaba por apretar el pedal de puesta en marcha antes de que él pudiera darse cuenta de lo que pasaba y se acercara a preguntarme qué demonios estaba haciendo.

¡Pobre muchacho! No tenía contra él el menor resentimiento, pero tampoco disponía de tiempo alguno para darle prolijas

explicaciones; de manera que me volví, incorporándome a medias sobre mi asiento, y le propiné un directo debajo de la mandíbula. Se cayó de espaldas en brazos de su amada, y antes de que tuviera tiempo de incorporarse para pedirme satisfacciones, el auto de carreras salía roncando tras el «Chevrolet» negro.

Sabía perfectamente que en Nueva Orleans disponía todavía de unos tres minutos aproximadamente antes de que tuviera detrás de mí, persiguiéndome, los coches de policía que dan caza a los ladrones de autos, con empleo de la violencia, y me proponía dar con mi amigo el bribón que se me había escurrido de entre las manos, antes de que tal cosa sucediera.

Al llegar al primer cruce, éste viró apartándose de la avenida principal, y tomando una de las calles humildes y estrechas que en esta mi ciudad natal se adhieren con tanta frecuencia a los viejos bulevares.

Corrí tras él, ahorrando segundos de tiempo en el viraje puesto que el coche prestado que conducía maniobraba mucho mejor que el suyo y, por lo que fuere, yo conducía mejor que aquel truhán.

Al entrar en la calleja se produjo un movimiento general de dispersión. Los niños abandonaron inmediatamente sus juegos en la calzada y se escabulleron refugiándose en los portales al pasar nosotros a toda marcha.

A mano izquierda se alineaban una serie de puestos de mercado que, al principio, me impidieron darle alcance al «Chevrolet». Pero cuando los hube dejado atrás pude poner a prueba mi auto de carreras y lanzarme libremente. Y os diré algo acerca de los ingleses: cuando ellos construyen un coche para correr, el coche corre de verdad.

Me puse al mismo nivel que el «Chevrolet» hacia la mitad de la manzana de casas. Cuando ya le pasaba la distancia de la mitad de la longitud de mi coche tiré rápidamente del volante virando hacia la derecha. Se oyó el chirriar agudo de los dos coches al rozar violentamente y a toda marcha. El «Chevrolet» subió a la acera. Yo apreté el pedal del freno y sospecho que también el otro lo hizo. Rodamos lentamente hacia abajo y la capota del «Chevrolet» fué a dar con estrépito contra un poste de incendios.

El otro no salió disparado a través del parabrisas, tal como yo me había figurado. Al tener lugar la colisión de los dos coches, él

estaba ya más o menos de pie y saltó o voló, o ambas cosas a la vez, por encima de la capota, yendo a caer de gatas en la acera por efecto del violento topetazo. Yo, por la misma causa me vi lanzado fuera del coche, aterrizando en medio de la calzada.

La gente empezaba ya a agruparse en torno a los coches, al tiempo que en la lejanía se oyó el gemido de las sirenas de la policía.

El individuo seco y alto estaba ya en pie y arrancaba a correr. Saqué su propio revólver de mi bolsillo y disparé contra él, apuntando bajo.

Fué un buen tiro o, cuando menos, un tiro afortunado. Parodió una especie de danza cosaca y cayó al suelo con una de las piernas doblada en forma nada normal. Me levanté y fui corriendo hacia él.

Mi disparo le había herido en la pantorrilla, que la bala había atravesado por completo. A juzgar por la forma en que se quejaba, el proyectil había salido a través de la espinilla.

Frente a nosotros había un pasaje abovedado que conducía al patio interior de un gran bloque de viviendas dotados de una escalera formada por sólidos travesaños entrecruzados y viguetas de hierro, con una serie de accesos al interior abiertos en el muro. Cargué sobre mis espaldas el flaco individuo herido, con el cañón de la pistola firmemente enclavado en su vientre y atravesé corriendo el pasaje.

En los descansillos de hierro empezaron a agruparse curiosos, pero yo sin darme por enterado subía de dos en dos los escalones de metal y abría de una patada la primera puerta que encontré.

Me encontré en una habitación pequeña, obscura y maloliente, en donde, sin duda, la miseria y la pobreza se habían instalado a placer. Una mujer de color con la cara arrugada como una mona centenaria y sin dientes, levantó sus ojos hacia mí abriéndolos con espanto.

Le encaré la pistola, gritándole:

—¡Salga de aquí!

Al propio tiempo dejaba caer en el suelo al herido.

La vieja se escurrió hacia la puerta, pegada, mientras lo hacía de espaldas a la pared.

Cuando hubo salido rasgué precipitadamente la parte delantera del impermeable del rufián y saqué lo que había robado de la caja

fuerte de Sue. No tuve necesidad de desenvolverlo para darme cuenta que se trataba del cuchillo con mango de corcho envuelto en mi propio pañuelo.

—¿Por cuenta de quién trabajas? —le pregunté a voz en grito.

Estaba tumbado en el suelo y me miraba con los ojos llenos de odio y dolor a un tiempo.

Le pegué una fuerte patada en la espinilla. El hueso, hecho astillas a causa del tiro de su pistola, se rompió con un chasquido. Pude ver los agudos cantos de la fractura marcándose a través de la tela de su pantalón pegada a la carne y manchada de sangre.

—Acabas de matar a una mujer —le dije—. Sea como fuere, te van a pringar por ello. Pero la silla eléctrica será un juego de niños comparado con lo que voy a hacerte yo si no cantas ahora… y si no cantas deprisa.

Y ya tenía la pierna encogida, a punto de darle otra patada, cuando gritó con las fuerzas que le quedaban:

—¡No! ¡No!

Esperé un momento, invitándole con el gesto a hablar.

—¡La señorita Webster! —exclamó de un tirón—. Ella fué quien me mandó a por el cuchillo.

—Bien —contesté—. Sigue.

—Esto es todo —sollozó.

—¿Esto es todo? —rugí yo, al tiempo que le hacía tragar tres dientes golpeándole la boca con la culata de su pistola. Al hablar nuevamente lo hizo con un torpe balbuceo.

—Tenía que ir a su encuentro con el cuchillo —cacareó.

—¿Dónde?

—En la esquina de la calle Duncan con la de Beauchamp, esta noche a las siete.

En ese momento oí ruido fuerte de pasos en la escalera de hierro y un conjunto de voces que gritaban:

—Entraron ahí.

Al otro lado de la habitación se abría una ventana. No sabía a dónde daba, pero lo que sí sabía es que no era excesivamente alta.

Cogí una silla y la arrojé contra los cristales. Después salté hacia fuera, precisamente en el instante mismo en que la puerta se abría violentamente y un pelotón de policías penetraba en la habitación a paso de carga.

Capítulo XV

Mi caída, si no otra cosa, fué cuando menos muy espectacular. En mi vuelo hacia abajo atravesé el cristal de una claraboya y fui a dar de pies sobre una mesa de juego.

Las débiles patas de la mesa se abrieron hacia fuera, como las puntas de un compás, saliendo disparadas hacia las cuatro esquinas de la pieza. Me encontré plantado en medio de un grupo de jugadores de la canasta que me miraban con ojos de asombro y sorpresa. Eran dos parejas de edad media que en este momento tenían las espaldas pegadas a los respaldos de sus sillas de palo, con el cuerpo hacia atrás y con los ojos admirados puestos en mi facha. Porque hay que decir que después de la pelea en casa de Sue, mi caída del coche al final de la persecución del revientapisos y mi reciente violento descenso a través de los cristales rotos de la claraboya, mi traje, es decir, el traje de Scanlon que llevaba puesto, estaba hecho un guiñapo lleno de rasgaduras.

Había aterrizado, cruzando la claraboya, a un sótano bajo perteneciente al grupo de viviendas y ocupado, probablemente, por el portero y su familia.

Esgrimí la pistola encarándola a las mujeres y conminándoles que me dijeran dónde estaba la salida. Una de ellas se levantó como una sonámbula y, todavía con los naipes en la mano, me señaló una puerta.

De un garfio clavado detrás de la puerta indicada por la mujer, colgaban una serie de chaquetas, sombreros y corbatas. Me volví de espaldas y avancé un paso hacia el grupo. Mi pie hizo saltar las esquirlas de vidrio roto que cubrían el suelo. Les encaré la pistola.

—Estense quietecitos, por favor —dije.

Y retrocediendo hacia la puerta de salida cogí con la otra mano

libre un sombrero de los que había allí colgados y una americana. El sombrero me lo había puesto ya y la chaqueta la colgué sobre mi hombro para poder abrir la puerta sin estorbos.

En ese momento resonaron los pasos de los policías sobre el techo del sótano. No esperé un segundo más, y abrí la puerta y salí al descubierto.

El pasaje se extendía a derecha e izquierda. A mi derecha, al final, había una media docena de escalones que subían, conduciendo, por lo que pude juzgar, a la puerta frontal ligeramente inferior al nivel de la calle, que se abría, tal vez, ante una especie de sótano o algo parecido. Al otro extremo del pasaje, a mi izquierda, por una puerta entreabierta se podía ver el brillo de piezas de vajilla; se oía, a su vez, el gotear de una canilla de agua, y se percibía además una mezcla de olores que indicaban claramente la presencia de una cocina.

Me decidí por seguir este camino. La desordenada cocina, con restos de comida esparcidos sobre la hundida tabla de la escurridera, tenía una estrecha ventana que daba a un patinillo que rodeaban los otros tres muros interiores pertenecientes al bloque de viviendas. Abrí el ventanuco y, embutiendo mi cuerpo en él, salí a presión y con no poco esfuerzo. Luego entorné la ventana.

Crucé el patinillo pasando por encima de los desperdicios que a lo largo de los años habían sido arrojados desde lo alto de las ventanas que daban a la escalera, avanzando hacia una ventana obscura que se abría en la pared de enfrente.

La ventana estaba cerrada y con el pestillo puesto por dentro. No quise llamar otra vez la atención sobre mí rompiendo más cristales.

Pero la ventana que se hallaba encima de esta última estaba abierta. Me puse la chaqueta, que todavía llevaba colgando del brazo, después de haber alojado en uno de sus bolsillos la pistola y me encaramé por una gruesa tubería que pasaba por el lado de la ventana. Me fué fácil abrirla por completo y deslizarme en el interior.

La cerré detrás de mí y corrí las cortinillas, cruzando la habitación para dirigirme a una puerta que se abría enfrente. Una vez allí, localicé el interruptor eléctrico, que hice girar.

Me encontraba en una habitación humilde y pequeña que era a la vez sala de estar y dormitorio, y que en este caso pertenecía con

toda seguridad a un hombre.

Había, en efecto, una serie de prendas masculinas, chaquetas, pantalones, camisas y corbatas que Colgaban de unas perchas, y en una cómoda asomaban por un cajón medio abierto otras camisas y cuellos y corbata.

Encima de un escritorio había el retrato enmarcado de una linda muchacha de color llevando su mejor vestido de danza de terciopelo. A su lado había una botella destapada de brillantina, otra de agua de colonia y un par de cepillos.

En el suelo había, esparcidos en el mayor desorden, todos los avíos para limpiarse los zapatos: cajas de crema, las botellas de tinte, una de ellas sin tapar, un cepillo basto y dos trapos para sacar brillo.

Todas las cosas que se veían en la pequeña habitación donde me hallaba y la forma en que estaban abandonadas, me daban a entender que el ocupante de la pieza había salido a toda prisa, después de acicalarse, para irse de paseo con su novia.

Decidí perder unos minutos en poner orden a mis vestidos. Lo primero que hice fué sacar una de las camisas que asomaban por el borde del cajón entreabierto de la cómoda, para substituir a la mía deteriorada y hecha un harapo indecente después de las correrías de esa tarde. La cambié por la recién adquirida, abandonándola enrollada en un rincón del cuarto. Luego cepillé mi americana, producto también del robo, valiéndome de un cepillo que tampoco era de mi propiedad. Lo mismo hice con mis pobres pantalones, y por fin me limpié cuidadosamente los zapatos con el mayor cariño, para compensarles de los malos tratos a que mis andanzas les habían sometido.

Mientras estaba dando crema a mis zapatos se me acudió una idea que puse en práctica inmediatamente. Introduje un extremo del trapo de sacar brillo en el interior de la botella de tinte color canela y me embadurné bien toda la cara con él. Lo mismo hice con el reverso de mis manos. La luz de la lámpara que ardía en la habitación era muy débil y pensé que más o menos como ésa sería la que recibiría fuera de allí si pasaba en todo momento por el lado más obscuro de las calles.

Me puso otra vez el sombrero y me miré a un espejo que había encima de la cómoda. A primera vista, cuando menos, podía pasar

muy bien por un mulato.

Con mucho cuidado abrí la puerta. Ésta daba al pasaje, que en ese momento estaba desierto. Seguí adelante hasta llegar a la escalera de hierro, bajé rápidamente los escalones y crucé el patio, frenando mis pasos al cruzarme con dos policías que la entrada.

—¿Ha visto a un individuo con una pistola y la chaqueta rasgada? —preguntóme uno de los guardias.

—¡No! —contesté al pasar, negando con la cabeza.

Y apretando la barbilla contra el pecho para evitar que me vieran la cara, salí apresuradamente a la calle.

Un reloj que había en una relojería y casa de empeños en la acera de enfrente, me advirtió que me quedaba todavía una hora y media por delante antes de que fuera tiempo de acudir a la cita que el revientapisos tenía concertada con Dish Webster.

Por descontado que no podía acercarme para nada ni a mi casa, ni por la oficina ni por ninguno de los lugares que solía frecuentar, en el caso de que hubiese sido reconocido durante la aventura grotesca que había corrido con el coche de que me había apropiado. De haber sido así, tocaría por tercera vez, por mi causa, la campanada de rebato. Para colmo de contrariedades, se puso a llover y temí por la suerte de mi maquillaje de fugitivo.

Los próximos noventa minutos, que me parecían noventa horas, los consumí remoloneando por los portales y esquivando los policías, manteniéndome, en todo momento, en las calles escondidas, pero sin alejarme nunca demasiado del crucé de las calles Duncan y Beauchamp.

Por fin la hora señalada sonó y me planté en el lugar de la cita. A esas horas de la noche era un sitio poco concurrido y mi presencia allí, sólo sobre la acera reluciente de lluvia, era marcadamente ostensible.

La luz de los faroles arrancaba destellos a la superficie húmeda de la calzada. Un coche se acercaba lentamente. Al verlo me di cuenta que se trataba del «Buick» de la familia Webster.

En el asiento del chófer había una mujer con el ala amplia de su sombrero de fieltro caída deliberadamente sobre los ojos y unos pequeños guantes sobre el volante. El auto se detuvo a mi lado, pero el motor siguió en marcha runruneando.

El cristal de la ventanilla estaba echado y la conductora apoyó

un codo en su canto, asomándose al exterior. Pero me fué imposible ver su rostro todavía. Me eché para atrás el sombrero chorreando e hice una mueca de disgusto a través de la tintura de botas que embadurnaba mi cara y que con el agua se estaba escurriendo.

Con una mano saqué el cuchillo, envuelto todavía en mi pañuelo, mientras mantenía la otra en el bolsillo empuñando la pistola.

—¡Hola, Dish! —dije—. Tu compadre no ha podido acudir a la cita y me rogó que viniera yo en su lugar.

Creo que ese día estaba ya demasiado agotado y que mis impulsos me traicionaban. Fui demasiado tardo y estaba corriendo riesgos que nunca debí correr. La mujer que ocupaba el volante lanzó una maldición. Su mano salió por la ventanilla con la velocidad del relámpago y arrebató de la mía el cuchillo con mango de corcho. Fue cosa de un segundo, y en el mismo instante el motor, que había seguido runruneando sin parar, roncó como si cobrara vida y furor, y el voluminoso «Buick» salió disparado hacia adelante.

Di unos pasos tras él haciendo gestos tan locos como inútiles para que se detuviera. El ala del guardabarros de atrás me dió un golpe en el muslo que, por efecto del topetazo, me hizo caer hacia atrás. Las losas de la acera vinieron a mi encuentro dando contra mi pobre cabeza y produciendo una sonoridad musical.

Lo último que recuerdo de los segundos antes de que perdiera el mundo de vista fué la visión fugaz de la imagen del rostro de la mujer que conducía el coche de los Webster, que se había mostrado un breve instante al arrebatarme ella el cuchillo y que seguía danzando todavía frente a mis ojos, ya cerrados. No era Dish, en modo alguno. Era su hermana mayor, Amanda.

En las alucinaciones que se encendieron en mi cerebro, después de haber perdido los sentidos, me vi envuelto otra vez en la persecución del forzador de pisos, pero ahora éste y yo íbamos sentados en el «Buick» de la familia Webster y éramos perseguidos tenazmente alrededor de la piscina del viejo coronel. Nuestro perseguidor era Amanda conduciendo el coche de carreras inglés. Amanda llevaba puesta una gorra de policía y un correaje de pistola sobre su camisón de gasa azul celeste. Los ojos le centelleaban vivamente. El coche de carreras estaba equipado con una sirena que

bramaba cada vez con más intensidad a medida que íbamos saltando, más que rodando, en torno a la piscina. Finalmente, la sirena sonaba con tal estridencia, que no pude resistir más, y me desperté gritando, sólo para encontrarme con que la sirena seguía sonando.

El gemido de la sirena fué perdiendo fuerza viniendo a parar en un lamento al detenerse en el bordillo de la acera, junto a mí, un coche negro de la policía.
O'Rourke
se apeó saltando hacia afuera con notable agilidad, a pesar de su corpulencia. Se acercó y se inclinó sobre mí preguntándome secamente:

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Y cómo me explica usted este maquillaje que se ha hecho de vocalista de Color?

—Déjese ahora de hacer preguntas —gemí débilmente—. Súbame en su coche y partamos con la velocidad del rayo hacia la residencia del coronel Webster. Tengo la sospecha de que las cosas no andan demasiado bien.

Me senté en el asiento trasero del coche con el capitán
O'Rourke,
detrás del sargento conductor uniformado.

Durante el trayecto, que recorrimos a una marcha vertiginosa, como para rompernos la crisma,
O'Rourke
me refirió lo que hasta ese momento le había ocurrido.

—Detuvimos a un conocido y famoso revientapisos, en un bloque de viviendas, después de una furiosa persecución automovilística —dijo el capitán—. Había sido rudamente maltratado y estaba delirando.

Al llegar a este punto del relato, el capitán
O'Rourke
me dirigió una larga mirada llena de significación. Pero yo supe mantener la apariencia exterior impasible con una expresión de dulce inocencia.

—Farfullaba algo sobre un cuchillo —continuó
O'Rourke
—, y precisamente entonces algunos de nuestros muchachos llegaron para decirnos que aquel individuo era el que había

disparado sobre Sue Taylor en su piso. Empecé a darme cuenta de que todo lo ocurrido podía tener alguna relación con el caso del coronel Webster, de manera que nos llevamos a ese bribón al cuartel general de policía, donde le administramos unas drogas para ver de reanimarle y hacerle recobrar plenamente los sentidos y procurar sonsacarle. Al principio no podía hablar, pero más tarde confesó que había robado el cuchillo por cuenta de Amanda Webster, y que tenía que ir a su encuentro en la encrucijada donde estaba usted. Desgraciadamente la información que nos dió ese individuo llegó demasiado tarde.

En ese momento estábamos virando en dirección a la casa del coronel Webster. Con las puntas de mis dedos golpeé suavemente la espalda del sargento que guiaba el coche.

—Pare aquí —le dije.

Y luego, volviéndome hacia el capitán
O’Rourke,
expliqué:

—No sé cuál pueda ser su idea sobre todo esto, pero hay algunas cosas que no acabo de ver con claridad. Por esto creo que saldríamos adelante mucho mejor si procediéramos sin ruido.
O’Rourke
asintió con la cabeza y, sin esperar a más, saltó del coche. Yo le seguí, y el sargento abandonó también el auto, desabrochando la oreja de su pistolera.

Deambulamos sobre el césped como tres macizos fantasmas deslizándose por el suelo del jardín de Frankenstein. Entonces fué cuando al dar la vuelta a una de las esquinas de la casa vi una sombra que se acercaba viniendo por el camino que conducía a la piscina.

Levanté mi mano y los tres nos detuvimos en seco. La sombra iba en dirección de la terraza del edificio desde la cual podía divisarse la piscina.

En silencio,
O’Rourke
ordenó por señas al sargento que diera la vuelta al edificio por detrás y se deslizara hasta la otra esquina de la terraza.

Protegidos por la sombra qué proyectaba la casa,
O’Rourke

y yo nos acercamos de puntillas a la terraza por nuestro lado, hasta que entre nosotros y las puertas vidriadas abiertas del vestíbulo de entrada no hubo más que una espesa mata de azaleas.

En ese momento apareció otra persona que había salido por la puerta de la casa, y se quedó de pie al borde de la escalera de la terraza, mirando hacia el jardín.

La luz le daba en las espaldas, pero aun así no cabía error en su identificación, pues el tipo nos era familiar a pesar de que su rostro estaba vuelto del lado de la sombra. Era Dish Webster y llevaba un batín ligero de noche propio de la temperatura sofocante de esa noche tempestuosa. A causa seguramente del bochorno de la hora no se había preocupado siquiera de abrocharse los botones del escote.

Por entonces, la persona que venía del camino de la piscina llegó a la zona de luz procedente del vestíbulo. Como había previsto, era Amanda, alta y grácil, metida en un suéter y balanceando el sombrero de fieltro de alas anchas que llevaba en la mano.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Dish.

Y su voz era fuerte, pero animada de un temblor de miedo y vacilación.

Cuando Amanda contestó la pregunta de su hermana lo hizo con calma, dando la sensación de estar segura de sí misma y de detentar sin reservas el dominio de la situación.

—Allá abajo, en la piscina —dijo—, he encontrado una prueba entre unas matas… Y ahora voy a avisar a la policía.

—¿Qué… qué prueba? —balbuceó Dish, al tiempo que bajaba la escalera al encuentro de su hermana mayor.

—El cuchillo que mató a Jeff Leary —contestó Amanda con sangre fría—. Y en él debe de haber interesantes huellas dactilares.

Dish corrió hacia su hermana y la cogió, temblorosa, los brazos con ambas manos.

—¡No tienes por qué llamar a la policía! —gritó—. Ese cuchillo tenía mis huellas digitales… Pero yo no maté a Jeff. Te lo juro. No podía hacerlo porque le quería.

Amanda movió la cabeza con gesto de impaciencia.

—Me sé bien todo lo que ocurrió —contestó—. Y creo que ya es hora de que lo sepa también la policía. Tú estabas con Jeff cuando fué asesinado. Cuéntale a la policía que viste cómo le mataba Sue

Taylor. Ésta tenía motivos para hacerlo, y es posible que así puedas escurrir el bulto. Ésta es la única oportunidad que puedo ofrecerte.

Inesperadamente, Dish recobró la calma y habló serenamente:

—No pienso hacerlo. Sé perfectamente lo que, en realidad, ocurrió, pero no pensaba decir absolutamente nada sobre el asunto. Sin embargo, tú me has obligado a ello. Sabes bien que no podían fastidiar a Sue Taylor atribuyéndole el asesinato. Y no podían porque no lo cometió ella. Lo sabes y pretendías colgármelo a mí para recoger así toda la herencia de papá… ¿No era este tu plan?

—Si tú no mataste a Jeff y tampoco lo mató Sue, ¿quién lo mató? —preguntó Amanda con desdén.

Dish no contestó. Giró sobre sus talones y se metió en la casa dejando plantada a Amanda. Unos segundos más tarde regresó de nuevo, llevando una hoja de papel en la mano.

—¿Qué has ido a buscar? —preguntó Amanda con aire de suspicacia.

—Papá me dió esto antes de morir —dijo—. Te lo voy a leer. Dice así:

> «Mi querida Delysia: Espero que nunca tengas que utilizar esta carta. Cargando con la culpabilidad por la muerte de Jeff Leary, creo que he logrado mantener la investigación policial fuera de los límites de la auténtica pista: Pero tú cometes muchos errores y las cosas pueden ponerse mal para ti, después que yo haya desaparecido…, cosa que no tardará ya mucho en ocurrir. Ahora bien, si te encuentras en un verdadero apuro, te pido que enseñes esta carta al capitán
> O'Rourke,
> o a mi buen amigo Ricky Drayton, los cuales deben saber lo que tienen que hacer. Tienen que ir a ver a mi abogado y preguntarle por el sobre cerrado que le di, en su día, enseñando esta carta como documento de garantía personal. En dicho sobre, que debe ser destruido, sin abrirlo, dentro de diez años, si esta carta no ha sido exhibida, hay una declaración jurada

> firmada por mí, revelando que yo vi a tu hermana Amanda introduciendo un cuchillo a través de las tablas del fondo de la caseta de baño que ocupaba Jeff Leary. Ella le mató, Delysia. No la censures demasiado, ni te acuses tampoco excesivamente a ti misma por haber embrollado las cosas. Censúrame a mí, tu padre. Tal vez tenga yo la culpa de todo, no lo sé. Soy un viejo y en mi cabeza todo anda confuso. La sangre de los Webster es ardiente y mucho me temo que Amanda haya heredado este lado malo. Tu amante padre…»

Dish dejó caer abatida a un lado la mano que sostenía la carta.

—¿Por qué lo hiciste, Amanda? —preguntó, tranquila.

Me admiré en ese momento de la serena dignidad de la muchacha al hacer la pregunta.

Había sonado la hora de la verdad. De nada valían ahora las mentiras.

—Le amaba —dijo Amanda—. Le amaba desde hacía mucho tiempo, desde que tú estabas todavía en mantillas. Creciste y te desarrollaste. Yo estaba al acecho cuando él empezó a darse cuenta de ti, y tampoco te perdía de vista cuando exhibías ante él tus gracias con miradas y palabras incitantes y provocativas. Le dejé en tus manos, pero nunca creí que la cosa pudiera durar. No pude concebir nunca que un hombre como él fuera fiel y constante a una cosa tan insignificante y despreciable como tú. La noche de la fiesta intenté atraérmelo como fuera. Le supliqué que me llevara consigo. Eché por la borda todo mi orgullo, e imploré su amor. Y ¿sabes lo que hizo? Se rió en mis narices, y me comunicó que tomaríais el primer tren de la mañana. Y no pude consentir que un hombre que me había hecho esto se escapara con vida. Por esto le maté, Delysia. Y también quise matarte a ti… Y creo que todavía puedo matarte.

Anduvo unos pasos hacia su hermana hasta que no medió entre ellas la distancia de una pulgada.

—El cuchillo de la piscina te va a matar a ti —rugió—. Iré a avisar a la policía, y te voy a quitar la carta.

Se abalanzó súbitamente hacia la carta para arrancarla de la mano de Dish. Ésta lanzó un grito y se arrojó sobre su hermana,

agarrándola por el cuello. Ambas cayeron y rodaron por el suelo y escalera abajo, desde la terraza hasta la alfombra de césped. Una vez allí siguió la lucha; patearon, se arañaron y se mordieron. El suéter de Amanda se había desgarrado, dejando uno de sus hombros al desnudo, y a Dish le ocurría otro tanto con su batín. En la piel nívea de sus cuerpos maltratados aparecieron grandes rasguños.

De pronto, la carta salió flotando en el aire hacia un lado. Amanda alargó el brazo para cogerla y Dish le mordió en la muñeca. Amanda lanzó un alarido y soltó a Dish, que tenía aprisionada entre sus brazos. Ésta saltó, rápida, y recogió la carta, echando a correr hacia la mata donde permanecíamos ocultos
O'Rourke
y yo.

Amanda se incorporó sobre sus rodillas, y pude darme cuenta de la maniobra que realizó. Había sacado una pequeña pistola automática del bolsillo trasero de sus pantalones masculinos.

Dish vino corriendo hacia nosotros. Sus piernas blancas lucían bajo la luz de la luna, y su boca se mantenía con una expresión de miedo.

Amanda apuntó.
O'Rourke
y yo salimos de detrás de la espesa mata que nos ocultaba. El sargento apareció, a su vez, detrás de Amanda. Agarré a Dish por su flexible cintura y la obligué a tumbarse en el césped, detrás de mí.

Se oyeron a un tiempo cuatro disparos de pistola.
O'Rourke
se llevó una mano crispada a uno de sus hombros y la sangre brotó de entre sus dedos. A su vez, Amanda giró sobre sí como un trompo y se cayó de bruces.

Una de nuestras balas había dado de lleno en su hermosa cabeza, que dejó, para siempre, de ser bella. Por la manera como se cruzaron los disparos presentí que la bala que había derribado a Amanda era la mía. Pero Dish había corrido a mis brazos para su consuelo, de suerte que estoy seguro de que no tenía razón alguna de quejarme de lo sucedido.

FIN

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 342 - Carlos de Santander.
■ PELIGROSA CONFUSIÓN

Núm. 343 - Sergio Duval.
■ EL MESTIZO

Núm. 344 - Matilde Redón.
○ COMO UNA NUBE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 238 - Mercedes Muntó.
■ CONFIDENCIA

Núm. 239 - Enri Claveri.
■ MI PRIMO MILLONARIO

Núm. 240 - Corín Tellado.
○ UNA MAMÁ PARA ANA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 182 - Víctor Sanmartín.
■ SÓLO EL AMOR IMPORTA

Núm. 183 - María Carmen Rey.
■ BAJO EL CIELO DE NIZA

Núm. 184 - Carlos Santander.
○ QUIERO UN MILLONARIO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 68 - Marilyn.
■ RESURGIR

Núm. 69 - María Pilar Carré.
■ ESPERANDO AL DESTINO

Núm. 70 - Eva Millor.
○ CEGUERA ENCUBRIDORA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 283 - Ral Segram.
■ EL SANGUINARIO

Núm. 284 - Sam Fletcher.
■ AMIGO DEL PELIGRO

Núm. 285 - Fidel Prado.
○ UN ARMA DE DOBLE FILO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 26 - Arnold Briggs.
■ EL FANTASMA DEL VALS VIENÉS

Núm. 27 - Ricky Drayton.
■ PASIÓN SANGRIENTA

Núm. 28 - Vic Peterson.
○ EL CASO DE LA POBRE MILLONARIA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 147 - Alar Benet.
■ LUCHA EN LA SOMBRA

Núm. 148 - Tony M. Tower.
■ DOS CRUCES EN LA NIEVE

Núm. 149 - A. Roloeri.
○ CONVOY EN RUTA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 21 - M.ª Teresa Sosé.
■ HISTORIA DE DOS HERMANAS

Núm. 22 - Nylhamo.
■ A ORILLAS DEL GRAN KODOR

Núm. 23 - M.ª Adela Durango.
○ FLORES ESCARLATAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.

Luis Conde Velez, autor español que utiliza indistintamente los seudónimos de Ricky Drayton, Louis Earl Welleth, Karl Medusa. Como muchos otros autores fue también traductor de las editoriales en las que publicó. En sus obras encontramos una, tan clara como grande, preocupación teórico-crítica por la novela policiaca como género literario.

Con el seudónimo Ricky Drayton escribió:

- Llamad al
  F. B. I.
  Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 1).
- Alarma en Nueva Orleans, Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 3).
- Papeletas sangrientas, Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 9).
- Crímenes en Hollywood, Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 12).
- Pasión sangrienta, Barcelona, Bruguera, 1953, (col. Detective n.º 27).

Con el seudónimo Louis Earl Welleth escribió:

- Un crimen a la medida, Barcelona, Maucci, [1941], (col. Serie Detective).
- Dos paquetes de cigarrillos (lucky strike), Barcelona, Bruguera, [1942],(col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- El conflicto del inspector, Barcelona, Bruguera, [1943], (col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- El detective de papel, Barcelona, Bruguera, [1943], (col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- Función de circo, Barcelona, Bruguera, [1943], (col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- Cinco años después (continuación de El detective de papel), [Barcelona], Bruguera, 1943, (col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- El detective loco, Barcelona, Memphis, 1943,197.
- El enigma del cadáver sustituido, Barcelona, Mateu, [1950],

(col. Biblioteca Moderna Mateu).

Con el seudónimo Karl Medusa escribió:

- Espías atómicos, Barcelona, Bruguera, 1953.
- Yo, espía, Barcelona, Bruguera, 1953, (col. Detective n.º30).